"Ovalado el rostro, rasgados los ojos de mirar profundo, apenas apoyados en pómulos de ligera prominencia; diminuta la boca que disimulaba labios sensuales, al arremango imperceptible y gracioso de su nariz, se acentuaba al plegar los párpados en la sonrisa que no lograba disipar la sugestiva tristeza de su expresión. El marco de una cabellera negra, abundosa y lisa, peinada a lo Cleo sobre el pálido mate de su faz, hubiera hecho pensar en una "madonna" siciliana, de no tener tan cerca las "mapuches" de la frontera, de cuyo tipo era ella la estilización perfecta, digna de Goya o de Murillo."

De la novela corta

EL "CURANTO"

De
Mundin Schaffter

20 centavos en toda la República

Mundo Argentino

VERDADERA PRIMICIA:

En este número: Un reportaje exclusivo de BERNARD SHAW

El ESPEJO de la opinión PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO

El BALANCE de la POLITICA MUNDIAL

¿Qué saldrá de esta olla (1) de nuestra situación política en que se está cociendo el porvenir del país? El aumento de los impuestos, la desocupación y la politiquería andan en forma de nubes de humo alrededor del recipiente. ¿No malograrán todos ellos el buen gusto del puchero criollo?

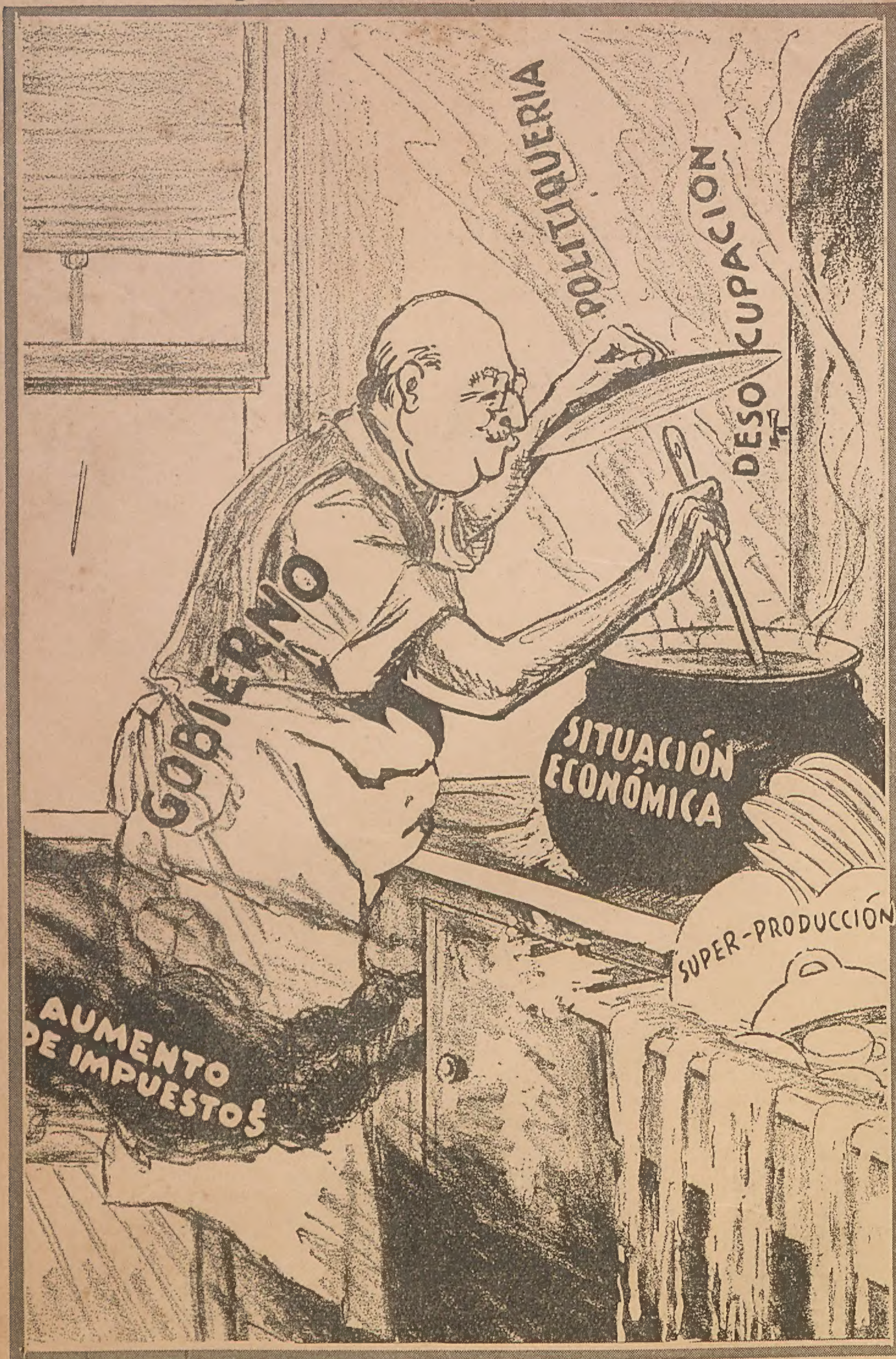
El pago de las deudas de guerra (2) de Inglaterra a los Estados Unidos, da la **impresión de un pobre que por dárselas de generoso u opulento, hace a otro donación del dinero** que precisaría para poder vivir él sin caer en la miseria.

En los Estados Unidos **los leaderes demócratas (3) quieren que el Congreso vote los nuevos impuestos; pero por más esfuerzos que hace, tal como un caballo desbocado, el Congreso no desea detenerse donde debiera hacerlo.**

La mayoría de los secuestros de niños (4) quedan impunes, pues siempre detrás de ellos están los protectores de los delincuentes. **Por eso la bofetada que la delincuencia organizada ha dado hace tiempo a la opinión pública,** es un desafío que nadie ha sabido recoger.

Mr. Hoover, sin hacer caso de los impuestos creados en la Unión para contrarrestar la crisis económica (5), **busca nuevas fuentes de recursos con su piqueta.** Pero ¿escuchará la voz del pueblo que le dice que cave más profundamente si quiere encontrar algo?

No obstante los llamados que se le han hecho al Japón en la Liga de las Naciones (6) para resolver, de una vez por todas, su conficto con China, **aquél parece dar largas al asunto, sin soltar del todo a su enemigo.**



1 **REPUBLICA ARGENTINA**
— ¿Qué saldrá de todo esto?



4 **EL SECUESTRO DE NIÑOS**
La cachetada que nadie devuelve.
(De "Herald Tribune", Nueva York.)



5 **LA PIQUETA DE HOOVER**
La voz del pueblo.—¡Cave profundamente, si quiere sacar algo!
(De "New York World-Telegram")



2 **DEUDAS DE GUERRA**
John Bull al Tío Sam. — Tome, aquí tiene lo que le debía. Me parece que usted lo necesita más que yo.
(De "Punch", Londres)



3 **ESTADOS UNIDOS**
El caballo desbocado sigue su carrera velozmente.
(De "Inquirer", Filadelfia)



6 **PRELIMINARES DE PAZ**

La paloma de la Paz. — Apúrense y vengan a mis conferencias!
El dragón japonés. — Ya vamos. Espérese que le dé un par de mordiscos más en la cola a éste.
(De "Punch", Londres)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES



AÑO XXII — BUENOS AIRES, JULIO 27 DE 1932 — NÚM. 1123

HENRY FORD escribe para "MUNDO ARGENTINO"

La SALVACIÓN del MUNDO ESTÁ en el VÍNCULO con la TIERRA

No se ha de ver peligro en la influencia de cosas nuevas, sino en el olvido del valor de las viejas. Muchas de las culpas que en la actualidad se le achacan a lo nuevo — la máquina — debieran tal vez achacarle al hecho de que hemos olvidado lo que teníamos antes de que llegara la máquina, es decir, la tierra. Ambas son inseparables; no pueden subsistir separadas. No existe antagonismo entre ellas. Deben ser reunidas.

No espero ni preveo menos, sino más empleo de la maquinaria. Si el mundo ha de tener una provisión mínima de productos, tendrá que utilizar la maquinaria. El pueblo jamás renunciará de buena voluntad a la ayuda que le presta la maquinaria en su trabajo.

Además, la maquinaria produce más colocaciones. Permite a cualquiera disfrutar a bajo precio de las comodidades de las condiciones de vida modernas. Por lo que hace a la superproducción, *aún no hemos tenido suficiente producción* de todas las cosas que necesita la familia. ¡Sería espléndido que el mundo tratara de superproducir todo lo que necesitan todos! Entonces nos percataríamos de que nuestras actuales facilidades de maquinaria ni siquiera podrían dar abasto a las necesidades. Si damos al mundo un sistema monetario que facilite el paso de las mercaderías y artículos de hombre a hombre, todas las fábricas del mundo no podrían empezar a suplir una décima parte de la demanda.

Es posible esperar de la máquina más de lo que puede hacer. No podemos comer o vestir con las máquinas. Si el mundo fuera un vasto taller, moriría. Cuando de mantener la vida se trata, acudimos al campo. La máquina podrá ayudarnos a plantar, cultivar, cosechar, moler y cocer el grano para el pan. La máquina podrá tejer, cortar y coser el paño. Podrá transportar todos esos artículos de primera necesidad para nuestro uso. Al hacerlo, sirve en asociación con la tierra. Y es esa relación y balanceamiento lo que indico al pueblo en nuestros días.

Hace diez años fundamos siete industrias de pueblo en pequeños sitios en que existía fuerza motriz hidráulica. Todos estaban situados dentro de un radio de veinte millas de Dearborn. Abrigábamos el propósito de combinar las ventajas de los salarios metropolitanos con la vida rural. El experimento resultó un éxito continuado. El costo de producción ha sido inferior al de las grandes fábricas, y los obreros no quieren oír hablar de regresar a los talleres urbanos. Como tienen libertad de cultivar la tierra en la estación de siembra, han permanecido manteniéndose a sí mismos al través de los tiempos difíciles que corremos. La seguridad de que disfrutan es producida por la *máquina y la granja*, no por una sola de ellas.

Aunque este experimento se ha justificado ampliamente, siento y pienso que es sólo un paso por la buena senda. Excelentes como lo son las industrias de aldea, en realidad no unen a la industria y la agricultura. Hace ya mucho tiempo que creo que la industria y la agricultura son, por así decirlo, socios naturales y que debieran empezar a reconocer y practicar su sociedad. Ambas padecen de males que la otra puede curar. La agricultura necesita mercados más amplios y firmes; los trabajadores industriales precisan más y más colocaciones. ¿Puede conseguirse que ambos provean lo que el otro necesita? Yo estimo que sí. El eslabón entre ellos es la química. En las cercanías de Dearborn cultivamos veinte mil acres, plantando desde girasoles hasta soja híspida. Muestras de las cosechas pasan por nuestros laboratorios para apreciar cómo pueden utilizarse en la manufactura de autos a fin de proveer un mercado industrial para los productos de los agricultores. Preveo el tiempo en que la industria deje de talar los bosques que requieren siglos para madurar, no use las minas de formación milenaria, y extraiga sus materias primas, principalmente del producto *anual* de los campos. La mesa en que come el mundo no es salida suficiente para los productos agrarios; debe encontrarse un mercado más vasto si se desea que la agricultura alcance a ser todo lo que puede ser. ¿Y dónde se halla ese mercado sino en la industria?



Estamos aún en una etapa inicial de la construcción social del mundo. Estabilizar las condiciones de vida en un punto dado o rechazar el progreso porque trae involucrados problemas graves, resulta imposible. Tenemos que planear la forma de pasar por las transformaciones y cambios necesarios con la menor molestia humana posible. Los cambios económicos tienen que producirse, y es factible que los hombres se hallen en situación de acogerlos como bienhechores más que de temerlos. Con la fábrica y la granja asociadas, con un pie en la madre tierra y el otro en la industria, estaríamos en situación de acoger con alegría y sin temor la nueva era. La tierra nos protegería contra toda ansiedad innecesaria. Esto sostiene, en forma, Henry Ford, industrial y sociólogo, en el artículo que publicamos y que, huelga señalarlo, constituye toda una primicia para nuestros lectores.

Estoy convencido de que podremos extraer de las cosechas anuales la mayor parte de las materias primas que ahora sacamos de los bosques y las minas. Vale decir, que anualmente *produciremos* muchas, si no casi todas las que necesitemos en la manufactura. Cuando llegue ese día, y es seguro que llegará, al agricultor no le faltarán mercados y al trabajador, ocupación. Vivirá mayor número de personas en el campo. El actual estado de cosas antinatural se balanceará de nuevo. *Nuestro basamento volverá otra vez, firmemente afianzado, a la tierra.*

Retornará otra vez el día de la pequeña industria aledaña a la fábrica, porque mucha de la materia prima industrial podrá experimentar su primer manipuleo por los hombres que la produjeron. El agricultor experto será, como lo fué antaño, amo, además, de una forma de la industria.

Un antiguo romano dijo que el trigo nunca fué tan abundante en Roma como en la época en que los hombres que gobernaban el estado eran, al propio tiempo, los que cultivaban la tierra. Tal ocurrirá con nuestro pueblo cuando los que fabrican los artículos manufacturados en el mundo sean también los que produzcan la materia prima en los campos.

Hay una cosa segura, indudable: debemos continuar, las condiciones actuales no pueden ser estabilizadas; la vida no puede ser detenida. Supongo que en 1632 había personas que sostenían que el mundo había progresado bastante, que se lo debía detener y moldearlo según el modelo de 1632. Nuevamente en 1732, a otros se les ocurrió que debía ponerse una valla y estabilizar las condiciones. En 1832 se hizo la misma proposición. Se la hace siempre; cada generación se alarma y propone lo mismo, la estabilización. ¡Es de suponer lo que habría ocurrido si el mundo se hubiera cristalizado en cualquiera de esas fechas! ¿Debemos declarar que 1932 es la fecha en que el progreso ha de cesar y el mundo estabilizarse tal cual es? No puede ser. La vida rompería cualquier barrera que se opusiera a su avance. Aún no controlamos todos los materiales de los cuales se pueda formar un mundo que valga la pena soportar sin cambios. Nuestra época es primitiva. El verdadero progreso está aún por venir. La era industrial apenas se inicia; sólo vemos sus primeros toscos principios.

Somos "pioneers", y esa calidad trae aparejadas dificultades. Nuestra generación se compone de peregrinos económicos, que van pasando de condiciones menos deseables a otras que esperamos que lo sean. Sería bueno y útil considerar las condiciones actuales desde tal punto de vista. Eso es lo que significan nuestros tiempos: un período de transición. No retrogradaremos y la falsa prosperidad no retornará tan pronto como se cree. Sería conveniente considerar las cosas bajo esa faz y ayudarnos los unos a los otros como en los buenos tiempos de los "pioneers" de antaño para pasar con bien las etapas sucesivas de la transformación que se está operando, la del retorno a la tierra. Debemos renovar nuestro vínculo con la tierra, porque es la base de la seguridad económica que buscamos.

Un HOMBRE EXTRAÑO

Un cuento de H. V. PORTER

En un ambiente montaraz, el destino pone frente a frente a los protagonistas de este cuento. Tanto él como ella son dos temperamentos completamente opuestos; se desconfían, se desprecian, y, sin embargo, el corazón los traiciona a los dos, porque, bajo esa máscara de desdén e indiferencia, el amor está gestando su delicioso poema.



A ELLA le había dicho que era un fracasado, uno de los tantos que por el mundo andan, y que había caído como un borrón en el paisaje de su montaña. A algunos les da por cruzar los mares, a otros por ir carretera adelante, no faltando quien se dedique a la bebida. A qué grupo de éstos pertenecía Darío Gerard, no lo sabía, pero sí estaba segura de que era a uno de ellos. La primera vez que hizo su aparición en Sierra Grande, presentaba un aspecto horrible con su vestimenta en mal estado y su aliento oliendo a whisky.

Dora Carson, que así se llamaba la joven, consideraba a Sierra Grande, la imponente montaña, como algo suyo, pues no en vano había construído en su ladera una cabaña de dos habitaciones.

En el corazón de la cordillera, Sierra Grande, alzaba su cumbre por encima de las colinas y valles circundantes. En su parte más alta, "El Chalet", grande y espaciosa villa, hormigueaba de huéspedes en la estación del turismo.

Pero no nos hallábamos en dicha estación. Así es que Dora se sintió agraviada ante la aparición de Darío Gerard, una tarde, cuando el sol se hundía en el horizonte.

Al verlo tan andrajoso y sin afeitar, dió un traspié en una masa de renuevos y enredaderas que cubrían la diminuta galería donde solía escribir. El la miró boquiabierto durante un rato, murmurando luego:

—¡Dios santo! ¡Pero si es una muchacha!

La aludida, temblando y roja de indignación, replicó secamente:

—No se equivoca Vd. Soy una muchacha que vería con agrado que tuviera la amabilidad de retirarse de aquí, pues su presencia no me es nada grata.

El hombre lanzó una carcajada. ¡Qué hermosa estaba! Ojos grises, cabello cobrizo y traje violeta como las brumas de la lejana montaña...

"¡Dios mío! ¡Qué buen gusto tiene esta chica!" — pensaba él, mientras la comía con los ojos. — "¡Vaya un vestido! ¡Y qué cabello!"

Y alzando la voz continuó:

—Perdone usted, señorita, si he venido a molestarla. — Y Dora notó rápidamente la diferencia entre su manera de hablar y su modo de vestir. — El caso es que ignoraba que alguien viviera aquí. — Y señalando la montaña, agregó: — Al ver esta cabaña me encaminé hacia aquí con la idea de pasar en ella la noche.

—Siento decirle que no será posible — repuso la joven. — Y aun cuando deseaba borrar la mordacidad de sus primeras palabras, no tenía, sin embargo, deseos de estimular al intruso, que era, además, un perfecto vagabundo. — A una milla de aquí — prosiguió Dora — hay una choza donde se refugian los viajeros cuando los sorprende la noche. Siguiendo el atajo dará con ella.

Y, volviéndole la espalda, entró en la cabaña, seguida por su enorme mastín, el fiel "Gyp", su compañero inseparable.

Darío, al ver tamaño perro, rió de buena gana, continuando su camino por la senda que la joven le había indicado.

—¡Vaya un perro! — pensó. — ¿Me recordarás cuando me veas otra vez?

Esa noche Dora no sólo cerró con llave, sino que atrancó puertas y ventanas. Por la mañana temprano se desayunó como siempre, dirigiéndose luego al arroyo para tomar su acostumbrado baño. Una vez bañada y secada al sol, sobre las peñas que formaban una especie de piscina, se vistió y paseó por la orilla.

A media mañana regresó a la cabaña, tomó un montón de hojas de papel y se sentó en la galería, donde trabajó con ahinco durante dos horas. Después, penetrando en la pequeña habitación, se dispuso a preparar el almuerzo.

Aquella tarde Dora recibió una nueva sorpresa: el visitante del día anterior apareció de nuevo. Ella lo miró con gravedad, e hizo una seña a "Gyp", que corrió al instante junto a ella, lanzando una mirada poco amistosa al intruso.

—No tenga miedo, señorita — dijo el hombre. — No pienso hacerle daño, pero... — dirigiendo la vista hacia el paisaje agreste que los rodeaba, para volver a posarla en la cabaña, prosiguió: — ¿Cree usted que es prudente vivir sola en estos parajes? No me sorprendería que hubiese otros viandantes que no tuvieran los escrúpulos de un servidor.

—Yo no tengo miedo — replicó la aludida, irguiendo su cabeza. — Con "Gyp" a mi lado, se guardarán muy bien de meterse conmigo. Además — agregó, dándose cuenta de la admiración que asomaba en los ojos del extraño personaje, — el único vagabundo en Sierra Grande es usted.

El intruso se sonrojó primero y terminó riéndose con esa risa corta y dura, que era su característica.

—Es de imaginar que soy merecedor del tratamiento de único vagabundo — replicó él. — Pero, ¿está usted segura? No hace mucho que me crucé con dos en el camino.

—No tengo miedo — repitió la joven.

Y no mentía. Dora Carson jamás supo lo que era tener miedo. Chica moderna e independiente, vivía su vida libre de prejuicios. La soledad, especialmente la salvaje e indomable soledad de estas montañas, era a veces para ella una verdadera bendición. Cuando lo deseaba, se lanzaba a la vida agitada de las ciudades. Y siempre que ansiaba paz y quietud, se retiraba a su pequeña cabaña de Sierra Grande.

Nuevamente habló el inoportuno visitante:

—Vine a comunicarle que voy a armar mi carpa en la colina opuesta, allí, al otro lado de aquellas acacias azules que son mías.

Y sus ojos parecían decir: "¿Qué te parece? ¿Tienes miedo ahora?"

Dora tragó saliva, y, dejando en libertad a "Gyp", al que tenía sujeto por el collar, dijo lentamente:

—Entonces, usted es el hombre que vino de Surrey, ¿verdad?

¡Qué desencanto! ¡De modo que ese viajero andrajoso y apestado a whisky era el hombre que había llegado de Surrey! ¡Oh, no era posible!

—Sin embargo, usted no sabía que existía este lugar hasta hace poco más o menos un año — le recordó la joven con cierto reproche. — Quizá antes no tuviera mayor interés para usted.

"Era verdad. Lo ignoraba. Pero desde ahora tiene un gran interés para mí" — pensó el hombre para sus adentros.

No había una sola persona dentro de los límites de Sierra Grande que no hubiera oído hablar del hombre que había venido de Surrey. Sabían que doce meses antes había heredado inesperadamente una propiedad allí, y con ella, la mitad de esta ladera. La gente decía de él que era un inservible, un disipador y un borrachín. Tanto bebió cuando recibió la noticia del fallecimiento de su tío y de la fortuna que heredaba, que casi se muere.

"Esta vez los rumores son exactos" — razonó Dora, justipreciando al hombre que tenía delante. — "¡Y pensar que este bello lugar agreste es suyo! ¡Qué irónica es la rueda de la fortuna!"

—Supongo que "Gyp" y yo tendremos que irnos, ¿verdad? — preguntó la muchacha con una voz y una mirada mezcla de desdén y de amargura.

Y se puso triste pensando en el arroyo donde se bañaba y en la glorieta de helechos y musgo que ella misma había construído. ¡Su montaña ya no le pertenecía!

—No es necesario que tome semejante resolución — replicó él, con buen humor. — A mi parecer — continuó hablando, al tiempo que señalaba con la mano — el lugar es bastante grande para que los dos quepamos. A no ser que le desagrade permanacer aquí, señorita..., señorita...

—Carson, Dora Carson.

— Pues bien, señorita Carson, tiene usted permiso para pasear y bañarse donde, como y cuando le plazca — agregó él como si leyera sus pensamientos.

Pero Dora no era de las que se ablandan en seguida. Y contestó ásperamente:

— Es usted muy amable, señor..., señor...

— Gerard — se apresuró a decir el aludido, no tardando en lanzar su típica carcajada. — Darío Gerard, servidor de usted. Muy buenos días.

Y alejándose, dejó a Dora como a una muchacha a quien le hubieran dado unos azotes por comportarse mal. Ella lo siguió con la vista hasta que llegó a la franja de acacias azules en la colina opuesta.

— Conque esas tenemos, ¿eh? — dijo ella acariciando las orejas de "Gyp", que ante un chasquido hecho con los dedos cedió en su actitud de rigidez y se acostó deleitado a la vera de su ama. — Al fin un hombre, un hombre grande y sucio llegó para estropear la belleza de mi paraíso. ¿Qué hacer, viejo "Gyp"? Echarlo, no podemos. Es terrible, ¿verdad? ¿Nos iremos? — Sus ojos se posaron amorosamente en las brumosas colinas y después en una figura, más bien en un punto de la lejanía, que lento, pero seguro, hacía preparativos para armar su carpa.—No—siguió ella.—¿Irnos? ¿Por qué? El no nos molestará.

Y así fué, en efecto. Y no sólo no los molestó, sino que la defendió de dos vagabundos que trataron de tomarse ciertas libertades, al descubrir que vivía sola. Tan pronto como Gerard hubo terminado su obra, el fiel mastín comenzó la suya, corriéndolos a mordiscos hasta la carretera que conduce al pueblo.

Al fin, después de unos días, Dora aprendió a considerar al hombre que había venido de Surrey como amigo y camarada. Él evitaba toda discusión. Y como prácticamente eran los únicos habitantes de este lado de la montaña, no podían menos que encontrarse casualmente, durante sus paseos por la comarca.

Darío le traía del pueblo todas las vituallas, y en ocasiones, pescado del río. Pero nunca pasó de la galería. Jamás cruzó la puerta de la cabaña.

— Por lo menos tiene buenos modales—admitió Dora, para sí. — Es una lástima que sea tan derrochador y se dedique tanto a la bebida.

Este pensamiento se hizo más firme la mañana aquella en que le regaló un balde de moras, pues había notado una vez más en su aliento el repugnante olor a whisky.

Y, sin embargo, al parecer, cada día tomaba menos aguardiente.

Bronceado y tostado por el sol, daba la impresión del hombre que hace vida al aire libre. Era, sin duda alguna, un amante vehemente de la naturaleza y de todo lo que significara belleza. Eso lo sabía Dora sin necesidad de adivinarlo. Este culto por lo bello, lo había visto ella en los ojos del personaje, cuando, mirándolo inopinadamente, lo sorprendió gozándose en la gloria de las montañas envueltas en la bruma púrpura, y en las puestas de sol que encendían el cielo cubriéndolo de matices rosados. Y en la mirada de completo deleite que le dirigió, cuando ella, un día, coronó su cabeza prendiendo en su cabello cobrizo una rama de clemátide.



— Perdone usted, señorita, si he venido a molestarla. — Y Dora notó rápidamente la diferencia entre su manera de hablar y su modo de vestir. — El caso es que ignoraba que alguien viviera aquí. — Y señalando la montaña, agregó: — Al ver esta cabaña me encaminé hacia aquí con la idea de pasar en ella la noche.

Sus manos también lo traicionaron, pues eran largas y bien cuidadas, a pesar de los avíos de pescar y de los encuentros con la espinosa maleza que a veces amenazaba obstruir el paso a orillas del arroyo.

"¿Qué hace en mi montaña este hombre que había venido de Surrey? — pensaba la joven. — ¿Habrá armado su carpa sólo para bañarse, pescar y vagar? ¿O será para obtener ganancias? ¡Oh, sí; con toda seguridad que dirige su vista hacia un futuro comercio." El solo pensamiento de que todo eso sería dividido en pequeños lotes donde más tarde se alzarían cabañas y se labrarían los campos, la ponía fuera de sí. "Mi cabaña no es una vulgar cabaña", argumentaba Dora jactanciosamente, admirándola en el lugar donde anidaba como una ardiente rociada de color contra los más profundos matices de las acacias.

Darío no tardó mucho tiempo en descubrir la pasión ambiciosa que tentaba a esta muchacha de cabello cobrizo. Durante meses deseó vivir como una monja en lo más agreste de su montaña. Desde que la vió por primera vez escribiendo en la galería, supuso que se trataba de una escritora.

— ¿Le agrada a usted escribir? — preguntóle un día.

— Sí — contestó ella sencillamente.

— ¡Es usted una mujer excelente! — prosiguió él, ocultando a medias el rostro en un ramo de culantrillo que había recogido en el valle y que ofreció graciosamente a Dora, repitiendo:

— ¡Es usted una mujer excelente!

El verano declinaba. En los días cada vez más cortos y en las mañanas de helada, se insinuaba el otoño. Dora quemaba leños en el fogón, y trabajaba hasta medianoche. Pero por una u otra razón misteriosa, su musa había desertado repentinamente. Las frases le salían incoherentes. Las ideas, siempre tan claras y preciosas, eran ahora vulgares y obscuras. Y, ¡horror de horrores!, no le era posible idear ningún argumento. En un pánico cruzaba las hondonadas y escalaba las alturas rogando a los dioses que la inspiraran. Su espíritu se volvió irritable, convirtiéndose de pronto en una mujer insociable.

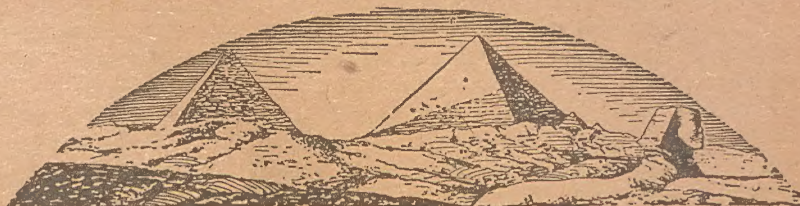
Durante varios días evitó a Darío Gerard, desairándolo cuando se le aproximaba y sintiéndose luego ofendida cuando él le pagaba con la misma moneda. Transcurrió una semana sin verlo. Y se diría que Darío había abandonado su refugio, a no ser por su pequeña carpa y por la luz que alumbraba todas las noches como una estrella en un cielo obscuro.

— ¡Es un snob! — bramó ella una tarde, cuando, vestida con bragas y sobrecalzas salió a dar uno de sus acostumbrados paseos. — Cree que porque es dueño de esta montaña va a ignorar mi presencia. ¡Va a ver! ¡Disipador! ¡Inútil!

No había caminado más que dos millas, cuando lo encontró sentado en el tronco de un árbol, al borde de un desmonte que daba a un valle que se extendía a sus pies.

La sorpresa de Dora no tuvo límites. El hombre que había venido de Surrey pintaba afanoso una tela. Tan ensimismado se hallaba en su trabajo que no oyó lo pasos de la (Continúa en la página 20)

Los FARAONES construyeron las PIRAMIDES
Hace 5.000 años TAMBIEN PREOCUPO a los GOBERNANTES



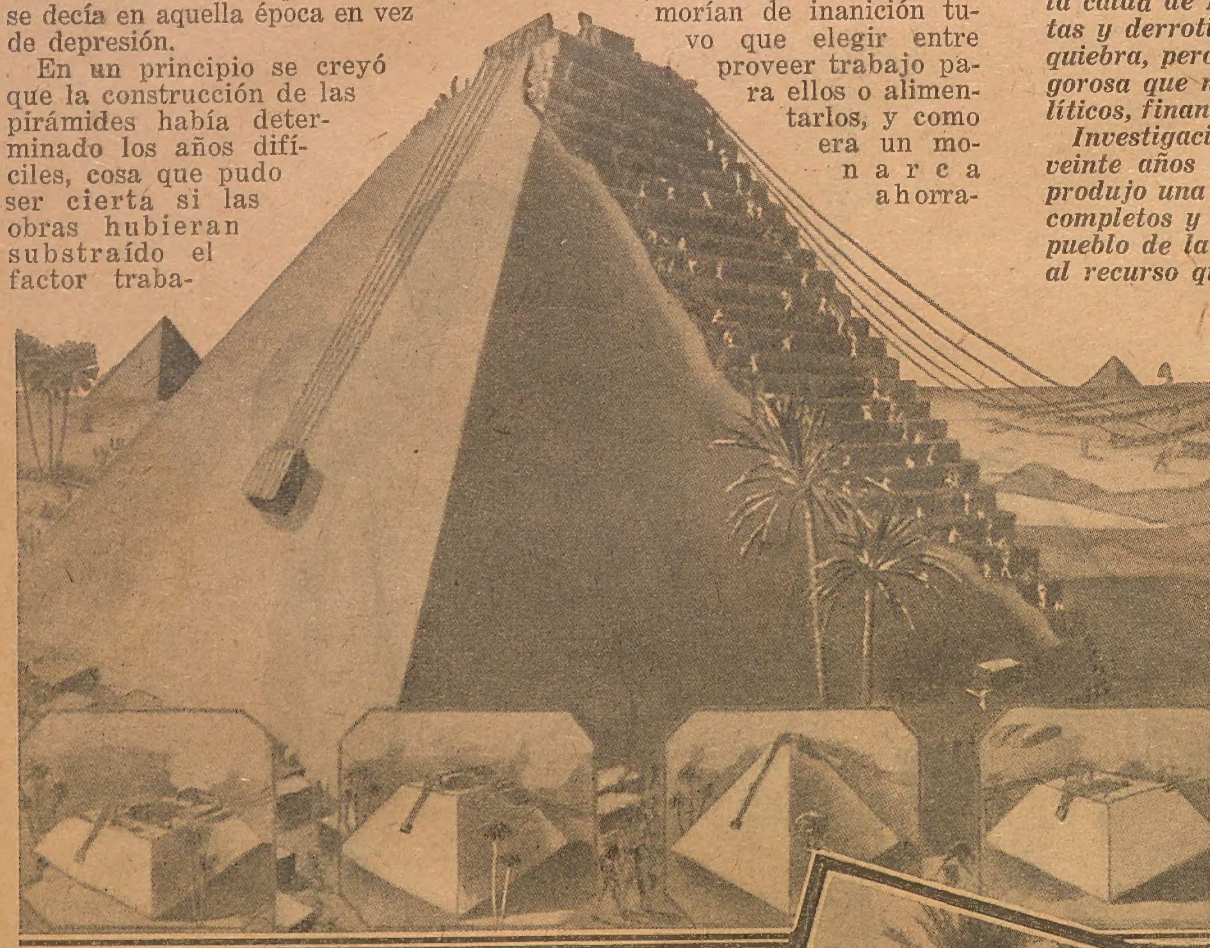
El fenómeno económico que conocemos con el nombre de crisis o depresión, no es nuevo en la historia del mundo. Las edades moderna y contemporánea registran varias crisis que tuvieron profunda repercusión y a veces influenciaron el desarrollo subsiguiente de los acontecimientos. Es curioso constatar que tales estados de depresión, más o menos prolongada, se producen a raíz de contiendas guerreras, como lo prueba el estado caótico y de indigencia en que quedó el mundo después de la guerra de los Cien Años y de la caída de Napoleón I. Entonces, como ahora, los pesimistas y derrotistas consideraron que la civilización estaba en quiebra, pero la verdad fué que resurgió más potente y vigorosa que nunca, renovados y reafirmados los valores políticos, financieros y sociales.

Investigaciones pacientes llevadas a cabo en los últimos veinte años revelan que en el Egipto de los faraones se produjo una crisis sin precedentes, que abarcó dos reinados completos y parte de un tercero. Empeñado en salvar a su pueblo de la miseria y el hambre, el faraón Quefrén apeló al recurso que en la actualidad se preconiza en casi todos los países para combatir la desocupación: un vasto programa de obras públicas. Producto de esa resolución habría sido, de acuerdo con las indagaciones de los egiptólogos, la construcción de las pirámides, consideradas hasta ahora un monumento a la vanidad del absolutismo de los antiguos soberanos del Nilo.

RECIENTES descubrimientos inducen a creer que las pirámides de Egipto fueron edificadas hace unos cinco mil años en el transcurso de un período de depresión, que no duró dos o tres años como los actuales, sino que abarcó casi siglo y medio.

Al parecer, desde el principio de aquella crisis de importancia, todo el mundo sabía lo que iba a suceder, o por lo menos creía saberlo, de modo que nadie esperaba que se produjera un restablecimiento de los negocios o que los tiempos de abundancia estaban cercanos. Tal convencimiento o conformidad obedecía a que un oráculo de gran prestigio había pronosticado que Egipto sufriría 150 años de opresión, como se decía en aquella época en vez de depresión.

En un principio se creyó que la construcción de las pirámides había determinado los años difíciles, cosa que pudo ser cierta si las obras hubieran substraído el factor trabajo humano a las industrias productivas para dedicarlo a labrar y arrastrar aquellas montañas de piedra.



En esta forma fueron izados los pesados sillares de las pirámides. El sillar va sujeto por cinco cuerdas que pasan por sólidos cabrestantes afianzados en lo alto de la obra y de cada una de las cuatro tiran dos mil hombres.

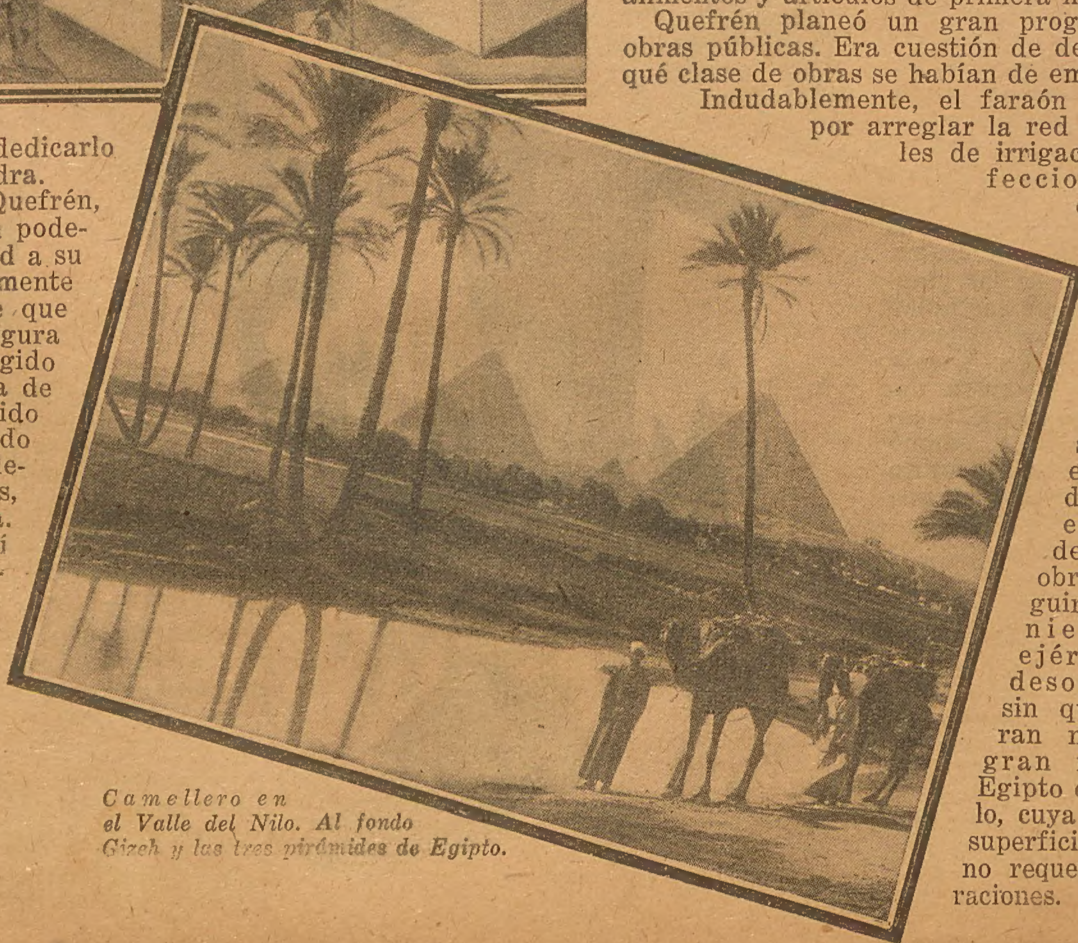
No se puede dudar de que los faraones Quefrén, Cheops y Micerino, padre, hijo y nieto, tenían poderío suficiente para infligir semejante calamidad a su pueblo y que pudieron haber sido lo suficientemente egoístas para hacerlo, pero no es concebible que cometieran semejante estupidez. Egipto aún figura como la nación más próspera en la historia. Surgido de la edad de piedra, sin nada que le sirviera de guía, sin antelación alguna, parece haber sido iniciador de la civilización y habérsela enseñado al resto del mundo, descollando en riqueza, poderío y progreso por lo menos durante 3.000 años, récord jamás igualado por ninguna otra raza. No es, pues, lógico suponer que una nación así fuera gobernada por tontos, ya que ni congresos les conviene gobernar un populacho desnudo y hambriento, al cual no sea posible gravar con impuestos.

POR QUE SE EDIFICARON LAS PIRAMIDES

Entre los egiptólogos se afirma la creencia de que las pirámides fueron el resultado y no la causa determinante de la antigua depresión citada. El ser humano sin trabajo ha constituído el mismo problema en todas las épocas; alguien ha tenido que encontrarle trabajo o alimentarlo. Eso fué lo que hizo el faraón Quefrén. Mandaba a 6.000.000 hasta 10.000.000 de súbditos establecidos en el valle del Nilo, que todos los años se desbordaba, regaba y fertilizaba una angosta franja de tierra que florecía en el desierto estéril.

Cuando le llegaron al faraón informaciones de sus 42 nones o estados de que hombres de trabajo morían de inanición tuvo que elegir entre proveer trabajo para ellos o alimentarlos, y como era un monarca ahorrativo resolvió hacer ambas cosas. Los alimentaría, y para ello empezó las grandes obras que perpetuaron su nombre, pues los griegos aún no habían enseñado al mundo a manejarse sobre una base monetaria y era necesario abonar el trabajo personal en alimentos y artículos de primera necesidad.

Quefrén planeó un gran programa de obras públicas. Era cuestión de determinar qué clase de obras se habían de emprender. Indudablemente, el faraón comenzó por arreglar la red de canales de irrigación, perfeccionarla y extenderla, pero terminados esos trabajos se le presentaba el duro dilema de emprender nuevas obras o seguir manteniendo el ejército de desocupados sin que hicieran nada. La gran ruta de Egipto era el Nilo, cuya extensa superficie limosa no requería reparaciones.



Camellero en el Valle del Nilo. Al fondo Gizeh y las tres pirámides de Egipto.

para COMBATIR la DESOCUPACION el MAS AFLIGENTE de los PROBLEMAS ACTUALES



Micerino, hijo de Cheops, el antiguo faraón, que terminó con la crisis que asolaba a su país.

El método vulgarizado y reconocido de combatir la desocupación consistía en que el rey los enrolara en su ejército y los lanzara en guerra contra el vecino. La aventura era siempre ventajosa para el soberano; si ganaba traía de vuelta suficiente botín para satisfacer a sus tropas, y si su ejército era destrozado, se libraba, por lo menos, de una respetable cantidad de desocupados. A Quefrén, por razones que se ignoran, no le convino reducir su exceso de población en la forma indicada, lo que prueba que no era un monstruo tan cruel como lo retratan algunos historiadores.

TRABAJO PARA LOS DESOCUPADOS

Quefrén preparó los planes de una pirámide tan gigantesca como no se conocía aún. La arquitectura no era nueva, porque ya existían tumbas en forma piramidal, pero el tamaño se salía de lo usual. Al parecer, se trató de erigir un monumento que perpetuara el recuerdo de la acción de Quefrén y sus sucesores de haber mantenido al pueblo durante tan largo tiempo.

Puede suceder que tanto el faraón como sus ingenieros creyeran que aquella sola obra bastaría para todo el período de depresión, y no les habrá importado mucho si la gente trabajaba o no, pero como el número de los desocupados iba en aumento se produjo la posibilidad de que la obra se terminara bajo su reino, lo que, naturalmente, le hizo desear verle el fin para consagrarla con su solo nombre. Impartió, pues, órdenes a sus empleados de apresurar los trabajos. Como no disponían de fuerza motriz y debían servirse únicamente del esfuerzo humano, la orden faraónica significó largas horas de sudor bajo un sol implacable en las canteras y hacer rodar las gigantescas moles de piedra desde las lejanas canteras hasta su emplazamiento en Gizeh.

La mayor premura, el impulso más vigoroso dado a las obras, hizo que lo que se inició como un acto de caridad pública aceptado con gratitud, no demorara en ser considerado persecución y opresión.

—¿Por qué — se preguntaron los egipcios — habían de trabajar como esclavos de sol a sol sólo por la comida durante toda su vida?

Es probable hasta que se produjera alguna sublevación, prontamente reprimida por el ejército del faraón.

Cheops, hijo de Quefrén, continuó el sistema implantado, con la construcción de una pirámide mayor aún, y el trabajo forzado prosiguió durante un largo reinado más.

Las inscripciones jeroglíficas revelan que ambos faraones tuvieron que hacer frente a las mismas dificultades económicas que aquejan a los gobiernos de la actualidad cuando se vacia el tesoro público, para realizar obras de importancia o adquirir armamentos. En Egipto no se trataba de dinero, sino de alimentos en vasta escala y que debían salir de algún lado. Una parte considerable del pueblo trabajaba más rudamente que nunca en la agricultura y demás explotaciones industriales. El gobierno del faraón, como lo hacen todos en casos análogos, cayó sobre los productores, cargándoles la mano en los impuestos, pero con todo no logró balancear su presupuesto. No existía banca internacional a la cual recurrir para lanzar un empréstito y ya nada se podía sacar de los contribuyentes demasiado expoliados.

VIEJOS RECURSOS FINANCIEROS

La única salida de la encrucijada era reducir los gastos oficiales en una forma u otra. El programa de economía forzada se imponía, y el faraón, como los gobernantes de hoy, se vió en la penosa necesidad de reducir su extravagancia y ceñirse a un presupuesto de la más estricta economía.



La entrada verdadera y la falsa de la más grande de las pirámides, la de Cheops. En la parte inferior se ve la entrada falsa, abierta por los exploradores y arqueólogos, y en la superior la que sirvió en tiempos del faraón y que fué cuidadosamente tapiada.

El gran drenaje que tenían que soportar los recursos de Egipto era el mantenimiento de sus numerosos templos y verdaderos ejércitos de sacerdotes, exentos de impuestos y ocupantes de valiosas tierras. Lo que es peor aún, los sacerdotes eran mantenidos a expensas públicas. Cheops y Quefrén tuvieron la prodigiosa audacia de clausurar los templos. La Iglesia era casi tan poderosa como el monarca, y el faraón nunca se hubiera atrevido a tanto si el pueblo hubiera estado con sus sacerdotes. El hecho de que hayan tenido éxito en su atropello a la religión, significa que ésta se hallaba huérfana de opinión. Las enormes rentas de la Iglesia se consideraban bien invertidas, sosteniendo que los sacerdotes, al consagrarse a la adoración de los dioses conseguían especiales beneficios para la tierra del Nilo. Bajo el reinado de Quefrén, empero, los dioses habían prevenido, por intermedio de su oráculo, que iban a castigar rudamente al país durante ciento cincuenta años. ¿A qué, pues, gastar todo ese dinero en deidades tan ruines o en sus representantes?

Odiados por el pueblo y por la clerecía, estos dos faraones eran, ciertamente, bastante impopulares.



Así se comenzaron, abriendo zanjones, las excavaciones para librar de la arena acumulada durante miles de años la entrada a la pirámide de Quefrén.

(Continúa en la pág. 17)

El "curanto"

NOVELA CORTA DE MUNDIN SCHAFFTER



MIRA que eres gallo de suerte — le dijo Arturo Romero esa noche al encontrarlo en el club. — Si hasta el viejo Pedro — agregó, — que ha sido más celoso de la chiquilla que un turco de la favorita, anda bobo con el sobrino que se va a echar.

Y Javier de Montesa, sin perder a través de su gracia andaluza y la democrática desenvoltura adquirida en sus andanzas por el mundo, el empaque de su clase, tuvo la respuesta pronta:

— ¿Y te has creído tú, *niño 'e la gloria*, que el hallazgo de un Montesa es p'andarse con remilgos? Echao a republicano, sí, porque los tiempos mandan, *compare*, pero sin perder nada de lo que fuimos. ¿Que la niña vale? ¡Y tanto!, que no la cambiara yo por una hija de mi rey, pero vamos, que habéis de reconocer que el mozo se las trae.

Joven, apuesto y simpático; dotado del amable don de gentes propio de educación superior, había conquistado en poco tiempo una posición envidiable en aquella sociedad provinciana. Se le sabía hijo de nobles, se le apreciaba digno heredero de su casta y como tal, se le aceptaba como honroso aporte a la heterogénea composición de inmigrantes enriquecidos, aventureros de varia suerte e híbridos descendientes de tales pobladores de la antigua Araucanía.

Reducidos por decadencia financiera los privilegios anacrónicos de clase, el condesito de Montesa debió emprender un día la peregrinación de la pobreza y la conquista, llevando en el alma el ansia y la quimera de sus antepasados y en la mente de hombre de este siglo, la conciencia de la necesidad positiva, a cuyo imperio han cedido todos los orgullos y todos los prejuicios de los rancios abolengos. Había abandonado su querida Sevilla, la de alegrías detonantes que sacuden la pereza melancólica de la moruna estirpe, después de entonar en la procesión de la última Semana Santa, ¡sevillano al fin!, la endecha impetratoria a la Macarena, como un emigrante cualquiera que sale a rodar tierras.

Y así, pasando por el aprendizaje penoso para su condición de "señorito", después de aplebeyar sus cuidadas manos de otrora en los trabajos a que le obligara su desconocimiento del idioma de los americanos del Norte, pudo obtener cuando llegó a poseerlo, el *job* inicial de su carrera en la gran empresa industrial en la que desenvolvía sus actividades. En Cristóbal, zona del Canal, primero; en El Cuzco después, había desempeñado puestos que, de ascenso en ascenso, le llevaran a gerente de la Singer en Valdivia. En el cumplimiento de sus deberes era el perfecto *businessman*, en la vida de relación su idiosincrasia mestiza, en la que chispeaba el andaluz limado por el *humour* anglosajón, le hacía hombre grato y hasta indispensable en el club o la tertulia familiar.

Fueron llegando los compañeros de la rueda habitual, y cada uno tuvo la frase que en la ocasión ratificaba la afectiva cordialidad de siempre. Hasta Lucho Contreras, el "huaton" (2) Contreras, que alimentara ilusiones por la Luz Valenzuela, pareció alegrarse, o disimuló al menos el despecho si lo había.

— *¿Qui hubo* niños, *estai* pronto ya pa mañana? Buenas cuecas se han de bailar entre "potriyo" (3) y "potriyo" de la chica baya nueva qui he traído del fundo.

Estrechando manos y dando palmadas y golpeando la mesa, llegaba así a la reunión don Pedro Valenzuela, el más chileno de los "cabayeros" de Valdivia, que vestía con distinción jaquet y "tarro de pelo" para misa de once y visitas de cumplido y lucía con donaire de verdadero "huaso" chaqueta, ponchillo y sombrero "alón" cuando recorría señorialmente su fundo de Panguipulli.

Feliz estaba, no podía dudarse. Había mirado a Javier con simpatía desde que lo conoció, y aceptaba con entusiasmo tenerlo por sobrino. Por eso había querido ser él quien organizara la cele-

(1) Chozas. — (2) Gordo, barrigón. — (3) Vaso de asta.

No se ha extinguido aún, pese al avance de la civilización, cuyos primeros representantes sucumbie-ron a su legendaria resistencia, la raza autóctona de aquel reino de Chile que inmortalizó con e sacrificio a Pedro de Valdivia y cuya fama se perpetúa en las estrofas de Alonso de Ercilla Viven sus descendientes en las "rucas" (1) primitivas, hoscos y aislados del blanco rebeldes en la derrota, y hasta sus mujeres, cuando pasan por las calles lugareñas sentadas a la turca en sus carretas "chanchas", grave el rostro y erguido el busto parecen aquellas reinas de los pasados tiempos que desde la carroza de gala triunfales mandaban sus prisioneros a la muerte o al martirio de la esclavi-tud. Y vive en ellos latente el odio atávico transformado en instinto por evolución del ardor bélico de Lautaro y Caupolicán.

bración del compromiso, y para darle carácter extraordinario había proyectado el "curanto" a realizarse el siguiente día.

Espumosas y adornadas con canela, fué sirviendo el mozo las "vainas" (4) y, en alto los vasos, cuando don Pedro dijo: "¡Hagamos salud!", se brindó con efusión por la felicidad y buena suerte de los que se amaban.

Vos *sabís* hacer el "curanto"?

—Hago, iñor.

—Bueno, *ti* vas a venir conmigo al pueblo pa prepararme uno, *¿lois?*

—Sí, iñor.

Breve el diálogo, había quedado resuelto por don Pedro Valenzuela el punto importantísimo de la preparación de esa forma culinaria indígena, propia de tribu, y en la vida civilizada interesante y curiosa para picnics, siempre que se tenga la mano hábil y experimentada que asegure el éxito. ¿Cómo es? A buen seguro que la mayoría de los chilenos de las generaciones actuales lo ignoran. En una excavación cuadrada o circular, de un metro de profundidad y diámetro variable, según el volumen y cantidad de los elementos del conjunto, se colocan como base fundamental varios trozos de cuarzo calentados al rojo blanco. Sobre las piedras se cruzan venablos destinados a aislarlas, y sobre éstos, en camadas separadas por capas de ramas y hojas especiales, aves, pescados, carne de vaca, cordero y cabrito, legumbres y todo en fin, lo que sea susceptible de ofrecer agradable combinación de sabores. Coronando el contenido, la última capa vegetal y la tierra extraída, en cantidad suficiente a asegurar el hermético encierro del calor que, en varias horas, hará una cocción perfecta.

Calicán, el indio de las "rucas" vecinas, a quien don Pedro confiaba el "curanto", era hijo de cacique. Hijo menor, sin derechos de herencia, pero hijo de cacique, heredero del indomable orgullo de la raza, de la fiera altivez de los indios de Arauco. Taciturno y sombrío siempre, corto de estatura y recio de cuerpo, adquiría contornos de estatua cuando, saliente el pecho e impasible el broncíneo rostro, contemplaba en los atardeceres lánguidos la "solitaria" del Pacífico alzándose por Occidente. Trabajaba, era peón del fundo y en las horas libres, en la época, arañaba con un tosco arado de madera la tierra que en derredor de su "ruca" dejara libre el "roce" (5).

—¡Dios *ti* guarde 'el agua mansa! —había dicho de él alguna vez Cerrudo, el capataz, cuando uno de los peones, bromeándolo, quiso sacarlo del mutismo y ensimismamiento inalterables de su carácter.

El teatro convertido en "skating ring", centro de diaria reunión social con que contaba la ciudad en esa época, estaba animadísimo. Numerosas chiquillas y jóvenes alegraban el ambiente. Faltaba Luz Valenzuela, y entre los hombres, naturalmente, faltaba Montesa.

—¿A qué hora saldrá el vapor?

—A las nueve, chiquilla, y a no dormirse, que me ha dicho don Pedro que no esperará.

—Pues mira, si no espera, se comerá solo el "curanto", porque sé de muchas que a las nueve se estarán haciendo el "moño".

—Y a obscuras no saldremos, y la Luz se mostrará a las diez o más...

—¿Sabes lo que me han dicho?... Que la Luz dará mañana una sorpresa.

—Agradable será, sin duda, con lo "dije" que es ella.

—De seguro, chiquilla, que no ha de ser para darle razón a la gitana.

Varias amigas de mayor o menor intimidad de la que iba a celebrar su compromiso de esponsales, habían sostenido esta conversación. La última se había

Fácil la explicación al descubrir la causa de tal actitud en el vestido de su novia Montesa, no se cuidó de celebrar risueñamente el encuentro con el indio Calicán.

(4) Cocktail de huevo. — (5) Incendio de bosque.

(Continúa en la pág. 11)

La CRISIS nos OBLIGA a GASTAR nuestros AHORROS

Una nota de BENIGNO HERRERO ALMADA

UN HABITO EDIFICANTE

EL *ahorro es la base de la fortuna...* Ya lo sabíamos. Lo aprendimos desde los bancos del colegio. Cuando una conclusión es positivamente verdadera, pasa a la categoría de proverbio. El mal consiste en que los proverbios no se practican...

—*El que guarda halla* — dice otro refrán. Si todos economizáramos, no habría tanta miseria sobre la tierra, porque es evidente que los pueblos, como los individuos, son ricos en la medida de sus ahorros.

Francia después del setenta, dió en este sentido un espectáculo soberbio al mundo. Su grandeza y su fuerza estaban contenidas, en gran parte, en la media de lana de sus pequeños burgueses. La crisis por que atravesamos, bien podría ser la consecuencia del derroche. Hemos vivido treinta años derrochando dinero y optimismo. Ha llegado la hora de apretarnos el cinturón y de leer a Smiles, ese "filósofo para almaceneros" como dicen despectivamente los poetas que todo lo esperan de la divina Providencia...

INDEPENDENCIA ECONOMICA Y EMANCIPACION ESPIRITUAL

Hasta hace pocos años los criollos nos reíamos del espíritu ahorrativo de los europeos. El drama vulgar — porque era un drama — de la sirvienta gallega a "quien le birlaba sus economías un cuentero", nos producía irresistible gracia. Teníamos la jactancia de los seres venidos al mundo en una tierra privilegiada. Vivíamos en la abundancia. Afortunadamente los tiempos han cambiado y hemos mudado el espíritu.

Como todas las virtudes, también esta del ahorro exige una larga disciplina. Y una voluntad inquebrantable y a menudo heroica. Hay que empezar por comprender que el símbolo más elocuente de la emancipación económica es una alcancía. Aunque parezca un consejo sórdido, debemos habituarnos los argentinos a regalarles alcancías a nuestros hijos. Por el camino de la independencia económica se asegura la conquista de la emancipación espiritual. Es un hecho.

¿A QUE CIFRA ASCIENDE EL AHORRO POPULAR EN NUESTRO PAIS?

No es una operación sencilla la que pueda conducirnos al descubrimiento de esta cifra. Hay que empezar por considerar el balance de las cajas de ahorro de todos los bancos particulares y oficiales, incluyendo la Caja de Ahorro Postal que representa una contribución no despreciable. Hay que agregarle lo que suman las pólizas de seguro de vida, que son, asimismo, una expresión de ahorro. Y luego añadir los descuentos sobre sueldos o salarios que van a engrosar el fondo de las cajas de jubilaciones, y que representan en cada caso, con el andar de los años, una economía real para sus dueños. Y aun habría que computar el valor de los bienes muebles e inmuebles que se adquieren muchísimas veces con el importe de módicos ahorros.

Pero sea como fuere, bastaría la cifra que corresponde al fondo depositado en las instituciones bancarias, para adquirir una idea de cómo ha arraigado en la Argentina durante estos últimos diez y siete años el hábito que preconizamos.

El año 1915 había 423 millones 248 mil pesos depositados en las cajas de ahorro de todo el país. Ahora bien: el 31 de marzo de este año aquella cifra ascendía a 1571 millones 800 mil pesos en números redondos. Vale decir que casi se ha cuadruplicado.

¡1571 millones!... He aquí un testimonio impresionante de la previsión popular. Podemos sentirnos orgullosos de comprobarlo.

"*El ahorro individual* — dijo el general Justo en trance de recomendar el empréstito patriótico al pueblo — *es un índice de cultura y la mejor póliza de seguro existente.*

Nuestro primer magistrado tiene razón. La historia demuestra que los pueblos más previsores son los más felices. Por eso, entre nosotros, la cifra que representa el porcentaje de ahorro por habitante, revela un fenó-

(Continúa en la página 46)



Centavo sobre centavo, llega el día en que los proyectos que parecían inaccesibles están al alcance de la mano. Entonces se respira. El sol calienta con más fuerza, la vida se desliza con más blandura.



El ahorro escolar con estampillas de 1, 2 y 5 centavos fomenta en la infancia un hábito que será, con el correr de los años, de provecho individual y de beneficio para el país. En 1931 se distribuyeron en las escuelas públicas 545 mil boletines como el que aparece en manos de este futuro "capitalista".



El laborioso inmigrante que finca el cumplimiento de sus más caras ilusiones en las virtudes del "risparmio" y que podrá algún día asegurarse la venida de su familia economizando abnegadamente sobre el modesto producto de su trabajo.

MUNDIN SCHAFFTER

AUTOR *de la* NOVELA CORTA *que se* PUBLICA *en este* NUMERO

EL "CURANTO"

hace para los lectores de

Mundo Argentino

su AUTOBIOGRAFIA

¿Autobiografía? Considero muy reducido el número de hombres habilitados para escribirla. Y yo no estoy entre ellos. No obstante, y para cumplir con un requisito apechugaremos con algo que se le parezca.

Como a nadie puede interesarle, no quiero acordarme del lugar donde nací; pero no es de La Mancha, es de Entre Ríos.

¿Infancia? Muy breve, porque pronto nomás despuntó la definición de una psicología de aventura y trashumancia que muchas veces me ha restado el concepto de esos graves personajes que se llaman hombres serios, cuya gran mayoría sirve para maldita la cosa.

¿Acción? Variada y múltiple hasta satisfacer lo que fueron mis ensueños y ansias de muchacho. Puedo decir que he cumplido aquel precepto del Corán, que manda plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Este no ha aparecido aún, pero no por falta de material laborado. Más de uno se llenaría con el trabajo disperso y especialmente con el de mis años periodísticos.

La interesante peregrinación de mi vida me ha puesto en contacto con los más variados aspectos y modalidades de la ajena. Eso me ha hecho gustar de la novela, aunque sin aficionarme a ella. Es que le oí decir a Blasco Ibáñez una vez que, así como la historia es la novela de lo que fué, la novela es la historia de lo que pudo ser. Y hay que ver cómo se las trae la formulita si se la estabiliza como base de crítica para todas las novelas que se escriben. Ese "pudo ser" es peligrosísimo para quienes pretenden crear figuras, definir caracteres y describir ambientes sin otro bagaje que la turbulenta imaginación de los años mozos. Así muchas novelas resultan historias de cosas que "no pudieron ser".

¿Que a alguien no le basta con lo del Corán? Pues diré como el cesante aquel de la comedia española: "Hago carambolas y monto en bicicleta." La comedia era de mediados del siglo pasado, se trataba de un chico muy a la moda. Yo manejo automóviles y piloteo aeroplanos. Estamos ya en el segundo tercio del siglo XX. Ya queda muy poco o nada por explorar o descubrir.

¿Algo más? ¡Basta, por favor! Dije que para cumplir con un requisito procuraría hacer algo que se pareciera a una autobiografía; que la intención valga. ¿Que no se parece? Pues me ha ocurrido lo que a los pintores retratistas modernos: al original hay que adivinarlo. Según ellos eso es la nueva escuela. Sea, pues, también esta una autobiografía de escuela moderna o de nueva sensibilidad.



referido a una incidencia que relativamente olvidada, había impresionado mal en su momento hasta al mismo Javier de Montesa, despreocupado e incrédulo de agoreras gitanerías. Una mañana de sol tibio y acariciante, lo disfrutaban en amena charla varias parejas jóvenes en la Plaza de Armas, cuando se acercaron al grupo dos gitanas decidoras de la buena ventura. Fueron varios los exámenes manuales y las predicciones, más o menos repetidas y triviales todas, pero hubo una que produjo estupor y dejó en todos el indefinible malestar de las cosas misteriosas, mezcla de duda, temor e impotencia: la de Javier de Montesa. Con su mano entre las suyas, la gitana había palidecido y con visible emoción habló de desgracia, sangre, muerte, en el atropellamiento característico de ese su "modus vivendi". Las energías morales de Javier, libre pensador intuitivo, habían reaccionado de la impresión deprimente del primer momento; Arturo Romero, chistoso de buena ley, había contribuído a ello; tácitamente se había convenido en olvidar al asunto y así parecía haber ocurrido hasta el recuerdo de Lilia, vivaz y pizpireta, quien, como para borrarlo, agregó con expresión cómica!

—¡Cuánto me alegra que la Luz se case, chiquillas!

—¿......?

—Porque ahora podemos abrigar esperanzas nosotras; ¡soltera ella, los hombres ni nos ven!

Javier de Montesa, el noble emigrado a buscar en Indias la prosperidad y el bienestar, se rindió como los héroes de la conquista antes las "ñustas", a los encantos de Luz Valenzuela, bella y delicada como los "copihues" de los bosques regionales.

Pequeña y de apariencia frágil, había no obstante algo en su

(Continúa en la pág. 13)

Las peripecias de PANCHO



... ...

...que la quiero ver bailar,
saltar y brincar, andar por los aires,
moverse con mucho donaire.
Déjenla sola, solita y sola...

... ...

EL "CURANTO"

(Continuación de la pág. 11)

personalidad, de imponente y de relieve inconfundibles. Ovalado el rostro, rasgados los ojos de mirar profundo, apenas apoyados en pómulos de ligera prominencia; diminuta la boca que disimulaba labios sensuales, al arremango imperceptible y gracioso de su nariz, se acentuaba al plegar los párpados en la sonrisa que no lograba disipar la sugestiva tristeza de su expresión. El marco de una cabellera negra abundosa y lisa, peinada a lo Cleo sobre el pálido mate de su faz, hubiera hecho pensar en una "madonna" siciliana, de no tener tan cerca las "mapuches" (6) de la frontera, de cuyo tipo era ella la estilización perfecta, digna de Goya o de Murillo. Y en su continente todo, la dulzura felina y desmayada de las mujeres de Chile, que acarician cuando miran, adormecen cuando hablan y enloquecen cuando besan.

—Tiene sangre — solían decir de ella como elogio máximo los entusiastas del criollismo nacional. Intérprete fiel del romanticismo de su época, conmovía diciendo los dolientes versos de Gutiérrez Nájera, mientras el teclado, a la caricia de sus manos, desgranaba como un murmullo la música de Schubert.

Ilustrada en grado superlativo en relación con las mujeres de su medio, en aparte grato y propicio a la expansión de su modalidad un tanto retraída, sorprendía la revelación de un intelecto que abarcaba horizontes muy lejanos de los que circundaban el lugar y la región de su nacimiento.

—Razón tienes Lilia — aprobó Mimí — bueno es que se case. — Y su ceño apenas contraído denunciaba una intención menos inocente que la de su interlocutora.

Y así como en este grupo, en la sala y en los palcos y en el "meson", la Luz y Montesa, el compromiso y el "curanto", don Pedro y el viaje, daban tema al parloteo incesante de jóvenes y viejas.

Había pasado la estación invernal y terminado con ella el período de extraordinarias precipitaciones pluviales que hace decir a los chilenos que en el Sur "llueve trece meses al año". La vegetación magnífica de la región de los ríos, lucía ya sus galas florales y cada rincón era un nido propicio al amor y la poesía. Los árboles agostados por el "roce", justificaban la impresión de Jules Huret que vió aquellas selvas como "inmensos cementerios con sus muertos de pie", pero a la vera de su desolación, el verdor incomparable y los detonantes matices, afirmaban en el contraste, el triunfo de la naturaleza sobre la destrucción del hombre. Y las ninfas de las aguas y los silfos de los bosques, entonaban en misterioso murmullo de eólica armonía, el eterno cantar de la belleza y de la vida.

Silencio y quietud dominical. Los muelles, la Avenida Arturo Prat, hormigueante y bulliciosa siempre en la actividad del comercio y la industria locales, se mostraban casi desiertos. De los buques atracados, sólo se oía el son de algún gramófono, ronco ya de vejez, mientras de la Isla Teja llegaba el alegre vocerío infantil de un gran recreo, en lugar del zumbar de calderas y motores de la cervecería en los días de labor.

En el muelle de pasajeros preparaba su partida un vapor que, con buen número de personas a bordo, ponía una nota de inusitada animación en el lugar. A bordo y en el muelle, inquieto, movedizo en el ir y venir cuidadoso y vigilante de cada detalle, don Pedro Valenzuela destacaba su figura airosa, completada por el noble rostro barbado, parecido al de Amadeo de Saboya.

—Abusadora la chiquilla — decía sacando a cada momento el reloj. — Ya van a ser las diez, y ni miras.

—No hay que apurarse, ño Pedro — defendió Arturo Romero; — nunca es tarde cuando... lo que se espera es la "luz". ¡Y hoy, ño Pedro, que ella tiene derecho a todo!

En ese momento desembocaba de la calle próxima una de aquellas viejas berlinas que hacían el servicio de alquiler, barquineando lamentablemente sobre las vigas transversales de las calles valdivianas. Mientras se aproximaba el coche, un movimiento de afectuosa expectativa reunió en la borda el numeroso concurso del paseo organizado en honor de Luz Valenzuela y Javier de Montesa.

Una ruidosa exclamación de entusiasmo y alegría saludó la aparición de la niña cuando, descendida su madre a quien dió Javier la mano, puso en el estribo su pie calzado con ojota, apareciendo toda ella con la túnica, la vincha y los collares de las "mapuches" en una caracterización que las idealizaba en el recuerdo de antiguos idilios conservado por la tradición. Y así vestida pisó la cubierta conducida del brazo por su chilenísimo tío que enmudecía de orgullosa emoción.

Entre resoplidos de vapor y la algarabía de quienes se prometían vivir horas de inolvidable solaz, se inició el viaje.

En las alturas de Mancera, junto a las ruinas del templo jesuítico, testimonio de la estabilidad que el aventurero de España quiso dar desde el comienzo a su conquista, el indio Calicán contemplaba el pequeño montículo que cubría el "curanto". Desde la tarde anterior había acampado en el lugar y con la ayuda de dos mozos del vecino puerto de Corral, había pescado, preparado el producto de la pesca y todo lo enviado por don Pedro. Esa mañana había armado el "curanto" y desde que lo cubriera no dejaba de contemplarlo en silencio, impenetrable la faz, como si le fascinara ese motivo de recuerdos y de quién sabe qué reminiscencias intuitivas de otras edades y de otras vidas. Cuando un breve toque de silbato anunció el arribo del vapor, Calicán, sin conmoción visible, abandonó su posición para tomar un balde y dirigirse a la orilla. Descendía lentamente la senda culebreante, cuando los alegres excursionistas pisaban tierra.

Todos contentos, dispuestos a la celebración reidera del chiste o la simple palabra intencionada, las pequeñas dificultades del desembarco en puerto primitivo, se prestaban a tal estado espiritual. El equilibrio difícil sobre el taco Luis XV, la falda larga enganchada por una zarza o la impotencia de precarias fuerzas femeninas en un repecho de la senda, se comentaban entre alegres carcajadas. Así fueron subiendo y así fueron llegando en parejas y pequeños grupos a la meseta de las ruinas.

Serenamente, sin prisa, dulce la expresión al mirar la senda que quizá se les antojara simbólica de la que habían de empezar a recorrer y que no habría de resultarles pesada si la seguían como está en amoroso y recíproco apoyo, Montesa y Luz fueron detrás de los otros. Por la mitad andaban, cuando a la vera de la senda, en una eminencia saliente del cerro, se presentó a sus ojos la figura sugestiva y recia del indio Calicán.

Cruzadas las manos sobre el pecho ancho y palpitante a impulsos de su agitado corazón; dilatados los ojos como si contemplaran una aparición extraterrena, bajólos de inmediato en

(Continúa en la pág. 17)

(6) Mujer araucana.

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

Debemos saber emplear el maquillage para causar buena impresión

EL ROUGE Y EL SOMBREADO DE LOS OJOS CREAN FACCIONES FEAS CUANDO NO SE APLICAN CORRECTAMENTE



Fotografía de la modelo sin arreglo de ninguna especie.



Esta fotografía demuestra la diferencia entre el arreglo bueno y malo. El lado izquierdo está correctamente arreglado y el derecho demuestra los efectos devastadores de demasiada sombra en los ojos.



El rostro está perfectamente arreglado, excepto los ojos, que tienen demasiada sombra.



Esta fotografía demuestra lo que puede hacer el rouge de las mejillas y de los labios cuando se aplica con exageración y sin esfumarlo debidamente.



Esta fotografía demuestra el maquillage perfecto. Nótese que ninguna facción se hace resaltar por demasiado color.

DURANTE mucho tiempo he deseado conseguir un juego de fotografías que demostrase gráfica y completamente, las fases buenas y malas del maquillage.

Los epígrafes que acompañan a cada grabado se explican a sí mismos, y como deseo discutir otros puntos sobre el maquillage, seremos breves en los comentarios sobre los grabados.

La modelo que se prestó para posar es algo más atrayente que la mujer corriente. La única irregularidad de facción que podría causarle una preocupación sobre su belleza, sería si se acentuase la leve inclinación de pómulos altos que son parte de su estructura facial.

Esta fotografía ilustra el efecto encantador de un maquillage correcto con el cabello peinado atrayentemente para enmarcar el rostro y realzar la belleza de las facciones.

Esta estructura facial es tan leve que la mayoría de las personas no la notarían a no ser que ella se aplicase el rouge en tal forma que acentuase la condición.

En uno de los grabados pueden observar lo que es posible hacer a un rostro agraciado cuando no se sabe aplicar el rouge y los pómulos son un poco pronunciados. Todo lo necesario para conseguir el efecto deseado de pómulos hundidos es aplicar el rouge a lo largo de la estructura natural del pómulo, extendiéndolo un poco hacia los ojos, en vez de aplicarlo en el centro de la mejilla.

Por tales pequeñas equivocaciones al aplicar la pintura (la mejor amiga de la mujer o su enemiga más acérrima) se acentúa el lado desagradable y charro del maquillage, en vez de la belleza que todas deseamos.

Quizá se pregunte también cómo hicimos para conseguir que apareciesen tan pequeños y arrugados los ojos de la modelo. La simple curvatura hacia abajo de la línea de la ceja y la centralización del sombreado sobre el párpado superior consiguieron este resultado poco atrayente. La línea de la ceja debe extenderse un poco sobre el contorno del ojo y el sombreado debiera esfumarse hacia los costados.

Los labios redondos, llenos, expresan juventud. Es con el correr de los años que los labios enseñan tendencia a afinarse, perdiendo ese contorno suave que los caracteriza durante los primeros años. Las mujeres cometen sus errores más serios de maquillage al tratar de reconstruir ese aspecto suave.

Podrán observar en el grabado que tiene el rostro dividido por una línea, que el labio superior del lado derecho ha sido redondeado en un arco de Cupido perfecto, y luego, cuando se pintó el inferior, se le tomó tan poco en cuenta, que únicamente se ve una pequeña área con rouge, haciendo con ello que el superior aparezca demasiado grueso para el rostro. Muchas mujeres se pintan los labios en esta forma, creyendo que hace aparecer más chica a la boca. Lo consiguen, pero en una forma muy poco atrayente.

Las bocas pequeñas no son la esencia de la belleza. A muchas de las bellezas famosas, tanto de la antigüedad como modernas, se las describe como poseedoras de bocas grandes, generosas. Por supuesto, hay casos de mala conformación donde hallamos la boca demasiado gran-

(Continúa en la página 23)

LOS PRIMEROS PASOS DEL GRAN BUFO
CARLITOS CHAPLIN

He AQUI su gran VIRTUD: VIVIA sus PAPELES





De izquierda a derecha: Alf Reeves, Bert Williams, Frank Milroyd, Arthur Webb y Carlitos Chaplin, que integraban la compañía de los "Mumming Birds". Esta fotografía fué obtenida en la puerta del teatro Empire, de San Francisco de California, donde actuaban hace nada menos que 21 años.

CAPITULO II

EL haber entrado Carlitos en la compañía Karno, se lo debe a su hermano Sid. Tomaba Sid parte en una comedia de Karno titulada "The Hydro" (El agua).

Un día le dijo a Karno: "Desearía que tomara usted a prueba a un hermano menor mío, que se llama Carlos; debo decirle que aunque es casi un ñino, es mucho más inteligente que yo. Actualmente trabaja con la compañía "Eight Lancashire Lads" (Los ocho muchachos de Lancashire).

Los Lads (muchachos) era un grupo de buenos bailarines. Carlitos era uno de los más destacados; tomó también parte, accidentalmente, en la producción "Sherlock Holmes".

Karno tuvo deseos de conocerlo. Carlitos se presentó, y le dieron una parte en el sketch "Ehe Goalkeeper". Un buen comediante hacía el papel del goalkeeper, y Carlitos el de un muchacho que tenía que entorpecer y marear al goalkeeper, antes de empezar el match. Karno pronto vió las cualidades de Carlitos, dándole un puesto con nosotros en "Mumming Birds", donde tenía que emborracharse durante una cena; ganaba el sueldo de tres libras por semana, que pareció a Carlitos principesco.

La manera de caminar de Carlitos no era natural en él. Quien la introdujo en escena fué un buen comediante llamado Wolter Groves, y Karno lo introdujo por primera vez en una pieza titulada "Perkins P. C.". Y Kitchen la perfeccionó. Carlitos la aprendió de Kitchen, el gran comediante, y la hizo mundialmente conocida.

El genio de Chaplin empezaba a notarse ya durante la gira que hicimos por las provincias de Inglaterra. A menudo he visto a Karno tratar de inculcar a los artistas de la compañía gestos o mímicas que había inventado, y cuando al final se quedaba rendido de dar explicaciones sin ser comprendido, una voz decía: — "Si me permite ensayar, le demostraré que creo haber entendido lo que usted desea."

Y el joven Carlitos pasaba al escenario, hacía un movimiento, un gesto, o una mueca, o ejecutaba un baile, y la compañía entonces comprendía. Tenía el sentido de la comprensión, de lo que valía en ciertos momentos una mirada o un movimiento de las espaldas.

¡Qué jira la nuestra, por las provincias! Siempre la recordaré. Una semana en unos teatros viejos o en carpas por calles poco transitadas, viajando en tren todos los domingos; la mayor par-

Continuamos la publicación del trabajo de Bert Williams, en que se revelan aspectos interesantes y desconocidos del gran animador de la pantalla. Como nos dice Williams, Carlitos Chaplin puso siempre toda su alma en los papeles que se le encomendaban. Esta era una de sus virtudes, que aún conserva, pues sigue imprimiendo todo su entusiasmo en las partes que se le reservan en las películas modernas.

(Continúa en la pág. 23)

EN EL PROXIMO NUMERO: ERA UN GRAN VIRTUOSO DEL VIOLIN

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

LLEGO A LA CONCLUSION de que usted no ama a ese hombre, y en ese caso no debe unirse a él; tenga la franqueza de decírselo y no se haga desdichada llevando esas relaciones más adelante.

Cdo. a "Corazón caprichoso", de Intendente Alvear (Pampa Central).

● ●

ES NECESARIO que exija a su novio que sea más explícito, y si realmente nota en usted, recién ahora, "algo" que cree será un obstáculo para su felicidad futura, es mejor tener la valentía de separarse a tiempo, aléjese; puede sonreírle la dicha encaminando sus pasos hacia otro lado como me indica.

Cdo. a "Noviecita indecisa", de capital.

● ●

1º Los gastos del buffet corren por cuenta del padre de la novia.
2º No es obligatorio que obsequie a su novia el día de la boda, pero si así lo desea, regálele una alhaja.
3º El vestido de la novia debe ser comprado por los padres de ésta.
4º El novio comprará la mantelería y ropa de cama; lo demás lo llevará la novia.
5º La madrina le puede regalar una alhaja o, si lo desea, consultar el gusto de la novia para obsequiarla con algo de su predilección.
6º En una buena sastrería le informarán sobre lo que desea.
7º Los gastos de la iglesia serán pagados por los padres de la novia o puede ser un regalo del padrino.

Cdo. a "Marcelo", de capital.

En amor, la mujer virtuosa se dice "no"; la apasionada, "sí"; la caprichosa, "sí" o "no"; la coqueta, ni "sí" ni "no".

No se publicarán las poesías que enviaron:
"J. N. Q.", de Rosario.
"M. A. G.", de Loreto.
"H. S.", de Sunchales.
"P. A. G.", de Córdoba.
"O. O.", de Gral. Pico.
"A. S. B.", de Arroyo Seco.
"Tatiana", de Godoy Cruz.
"D. A.", de Puerto Madryn.

● ●

NO CREO EN UN ENOJO DEFINITIVO si es que realmente lo amaba, pero supongo que la lección recibida le enseñará a dominarse en circunstancias análogas; a usted le corresponde iniciar la reconciliación que indudablemente los dos desean.

Cdo. a "N.", de Jardón (Pampa).

● ●

1º Es preferible que para la fiesta se quite el sombrero.
2º Puede sentarse al lado de cualquiera de los contrayentes; es indiferente.
3º No tiene por qué permanecer durante toda la fiesta al lado de la novia; es natural que las distintas convidadas se acerquen a ratos para hacerle compañía.

Cdo. a "Indecisa", de Talitas.

LOS DOS MIEDOS

Al comenzar la noche de aquel día,
ella, lejos de mí,
— ¿Por qué te acercas tanto? — me decía. —
¡Tengo miedo de ti!

Y, después que la noche hubo pasado,
dijo, cerca de mí:
— ¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin ti!

CAMPOAMOR

DEBE DAR ESE ASUNTO POR TERMINADO; busque en otro cariño la felicidad que éste no supo darle.

Cdo. a "Princesita triste", de Rosario de Tala (Entre Ríos).

● ●

SI HA OBSERVADO que su predilecto prefiere a la rubia y usted es morena, en las diversas oportunidades que lo encuentre despliegue todos los encantos que pueden contribuir a aumentar la belleza de una mujer, y entonces, quizá, compruebe que el ser morocha no es un obstáculo para conseguir el caro ideal. Si pierde la batalla, renuncie a su ensueño y tenga confianza que ya la elegirán morochita.

Cdo. a "Morocha de ojazos negros", de Curuzú-Cuatiá.

ENLACE DE LA SEMANA



Señorita María Angélica Bernasconi, cuyo enlace con el doctor Alejandro Iturriaga se ha realizado recientemente.

NO SE IMPACIENTE porque ese joven aún no la haya hablado; estará esperando una ocasión propicia, y segura estoy de que venciendo su habitual timidez, sabrá sobreponerse para expresarle lo que tanto ansía; espere.

Cdo. a "Rubia de 15 abriles", de Mendoza.

● ●

PUEDE USTED CONTINUAR atendiéndolo, pero trate de que él comprenda que deberá verla en su casa y que su padre debe tener conocimiento cuanto antes de esas relaciones.

Cdo. a "Esperanza", de Chivilcoy.

● ●

EL CARIÑO QUE USTED INSPIRO posiblemente se ha ido enfriando, y ése es el motivo del alejamiento de su pretendiente que, por lo visto, se ha dejado llevar por un nuevo entusiasmo. Después de lo que le ha manifestado, poco puede usted esperar, olvídelo; ya encontrará otro amor que la consuele.

Cdo. a "Nora", de Rosario.

● ●

1º Tuvo razón usted en reprochar su mal proceder a quien se fingía buena amiga; me extraña la actitud de su novia.
2º No creo en la sinceridad de los sentimientos de esa niña; su respuesta debe ser para usted la mejor revelación, olvídela.

Cdo. a "P. G. R.", de Rosario.

La gracia del amor y la fuerza de la vida, dan a la mujer el encanto que tanto sugestiona: la feminidad.

NO TITUBEE; acepte a su pretendiente sin vacilar; si se aman esa diferencia que menciona no impedirá que puedan ser muy felices, pero, eso sí, ponga a prueba su cariño; convénzase de su sinceridad.

Cdo. a "Chocolate hervido", de Las Perdices.

● ●

NO SEA FRIVOLA Y ROMANTICA. ¿Cómo puede tener esperanzas de que el "divino Ramón Novarro" se fije en usted? Confórmese con mirarlo y admirarlo como astro de la pantalla y atienda a su modesto mecánico, que con él puede llegar a formar ese nidito con que sueña. Vuelva a la realidad; no se deje llevar en alas de la fantasía, que le hará perder la buena oportunidad que se le presenta.

Cdo. a "Pienso en Ramón", de Villa Ballester.

● ●

IGNORO EL DOMICILIO de esa señorita, por lo tanto no puedo acceder a su pedido. Por otra parte, debo comunicarle que no envío correspondencia a particulares; todas las consultas las contesto por intermedio de esta revista.

Cdo. a "I. M. R.", de O'Brien. F. C. O.

NADIE AMA SIN LA ESPERANZA DE SER CORRESPONDIDO

EL "CURANTO"

(Continuación de la pág. 13)

respetuoso acatamiento al encontrar la mirada que Luz posaba en él. En el arcano de su imaginación primitiva y sensible veía surgir, seguramente, una deidad de sus tradiciones raciales, hada anunciadora de redención o realidad de soñados amores, acariciados largamente en sus soliloquios de ser contemplativo y huraño.

Fácil la explicación al descubrir la causa de tal actitud en el vestido de su novia, Montesa no se cuidó de celebrar risueñamente el encuentro, felicitándola por su prestigio oborigen. Y siguieron, mientras Calicán, inmóvil, adusto el gesto, hundía su mirada en los bosques, evocando la sangre quizá y la venganza de otros tiempos.

Había terminado el almuerzo y se comentaba con entusiasmo la excelencia de sabores obtenida en el horno subterráneo. En grupos y parejas los paseantes se diseminaban lentamente, yendo unos a examinar los detalles interesantes de las ruinas, otros a contemplar el panorama de los cerros y los ríos, escenario lleno de evocadoras sugestiones de la tragedia de la conquista.

Javier de Montesa y Luz Valenzuela escucharon hasta el final la "vidalita" cantada por el "cuyano" aquél, periodista que un día llegara a Valdivia a incorporarse a uno de sus diarios, y luego, siguiendo el movimiento general, se encaminaron también a mirar los ríos y los cerros y los montes y las ruinas recogiendo flores mientras sus labios musitaban promesas. Aunque discreto y medido, el sorbo de los jugos generosos de las viñas del valle central, había puesto en sus ojos el brillo chispeante de la felicidad.

Habían llegado al muro posterior de la vieja y derruida iglesia. La suave opresión en la cintura estrechábase en el momento propicio a la amorosa expansión. Palpitaba en él la fuerza de la especie acrecida por los atavismos de siglos de galantería y aventura. En ella como un ensueño, se realizaba el entregamiento a la caricia en la romanza sin palabras que se reduce a un acorde: el beso. Y sus labios se unieron larga y apretadamente.

Un gemido gutural y un agudo grito de dolor y espanto atrajeron violentamente a los demás. Llegaron hombres y mujeres. Javier en el suelo, sacudíase en movimientos estertorosos que le hacían arrojar bocanadas de sangre. Luz, con una rodilla en tierra, lívida, temblorosa y deshecha en llanto, ora se inclinaba sobre él mientras buscaba, ansiosa, la herida en su pecho o elevaba al cielo los ojos y las palabras entrecortadas de un ruego.

Junto a la pared, erguido, el pecho recio y saliente agitado apenas por los impulsos de su corazón, el broncíneo rostro sereno y grave y en la diestra el corvo con la hoja tinta en sangre, el indio Calicán, ante la presencia de don Pedro Valenzuela, trémulo de indignación y de coraje, explicó:

—¡Ispañol, iñor, abrazando mapuche; no nunca, iñor! — y sus ojos miraban a lo lejos como en pos de una visión que se alejara, mientras leves pero enérgicos movimientos de cabeza ratificaban sus palabras.

Era la Araucania rencorosa e indomable que resurgía en él.

FIN

LOS FARAONES...

(Continuación de la página 7)

Para demostrar su resentimiento, según lo demuestran viejos papiros, el pueblo se negó a referirse a las pirámides con el nombre de sus constructores, dándoles, en cambio, irónicamente, el de algún pastor de la comarca.

Ascendió al trono Menkaure, a quien los griegos llamaron Micerino, hijo de Cheops y nieto de Quefrén. Dicen las inscripciones que amó a su pueblo y que no tuvo valor para hacerle construir una tercera pirámide mayor que las otras dos. Se contentó con una más pequeña, pero revestida de granito rojo, lo que la hace notable por su diferente color. También reabrió los templos, y tal vez sea ése el secreto que explique que las palabras bondadosas que sobre su actuación pública se transmitieron a la posteridad por intermedio de la leyenda y las inscripciones. Es de notar que toda la sabiduría de aquella remota edad estaba exclusivamente dentro del dominio del sacerdocio, y es muy natural que se preocupara de consignar elogiosamente en los anales de la historia egipcia el nombre del faraón que les devolvió sus templos y sus rentas.

EL FINAL DE LA CRISIS

Es posible que Micerino haya hecho algo mejor que restablecer al culto en sus antiguos privilegios, pues parece como que hubiera descubierto la causal de la prolongada depresión, poniéndole fin mucho antes de que hubieran expirado los 150 años. Naturalmente, desde el punto de vista religioso, tal acto fué impío, porque los dioses habían fijado término preciso y fatal al sufrimiento del pueblo. Si la depresión terminó por sí sola, siempre se le culpó al faraón de ello, y su reinado fué breve y desgraciado.

El profesor Reisner ha descubierto que el templo del valle de Micerino contiene cuarenta y dos tríadas, o grupos de tres estatuas. En cada uno de ellos hay una efigie del propio Micerino y su esposa, representando a la diosa Hathor y el "nome" dios o diosa, representativo de una de las cuarenta y dos circunscripciones políticas de Egipto.

La primera de esas estatuas fué descubierta en 1906, pero sólo este año el doctor Reisner ha publicado toda la lista de los descubrimientos y su significado. El revestimiento de granito de la pirámide de Micerino no se terminó nunca, así como tampoco algunas de sus cámaras. Hasta algunas de sus estatuas se hallan sin terminar, faltándoles los últimos toques. Aún muestran las marcas de pintura roja colocada por el maestro escultor para guía de sus discípulos, que eran los encargados de desbastar y cincelar la piedra. No cabe duda de que Micerino falleció antes de que se terminara su pirámide.

Menkaure o Micerino perdió a su hija favorita, que, por razones que no han llegado hasta nosotros, se suicidó. El faraón se negó a dejarla enterrar en una tumba común, e hizo colocar su cuerpo admirable dentro de una figura hueca que representaba una vaca, emblema de la diosa Hathor, recubriéndola de oro.

LA VACA DE ORO

Refiere Herodoto que cuando el estuvo en Egipto vió la vaca de oro en el palacio real. Hallábase en una cámara fastuosamente alhajada y decorada. Los sacerdotes quemaban incien-

(Continúa en la página 23)

cuarenta años cazando hombres

Por ARTURO F. NEIL

Londres, como toda gran capital, es una ciudad de secretos. Detrás de la fachada tranquila y vulgar de cualquiera de sus edificios, en el momento en que nuestra mirada se posa, al pasar, sobre él, puede estar haciendo crisis algún extraño drama; puede estar preparado el escenario para el desarrollo de alguna tragedia sombría, comedia amargamente irónica o farsa alegre, para el crimen o el castigo del crimen. El drama se desarrolla generalmente con cortina baja; sólo a veces se levanta para el epílogo; se encienden las candilejas y alumbran a los actores y a sus comparsas.

Recuerdo una casa, verdadera cueva de ladrones, lugar de cita de rateros y depósito de cosas provenientes de robos. Al parecer era una casa que no tenía diferencia apreciable con ninguna de las del barrio; de aspecto tranquilo, habitada por gentes pacíficas. El agente de policía y el sereno que recorrían la cuadra de noche jamás notaron nada anormal, así como tampoco los vecinos. Pero cierto día una serie de largas y prolijas investigaciones me condujeron hasta la puerta de aquella finca, y recién entonces se conoció y supo lo que ocultaba en su interior.

EL DESTELLO DELATOR

Entre los productos de cierto robo figuraba una antigua sortija de marcasitas, que tenía en su centro un gran rubí. Al perderla, su dueño se mostraba ansioso por recuperarla, pues la tenía en alta estima. Me vió y rogó encarecidamente que se la encontrara. Prometí hacer todo lo posible, peró, francamente, abrigaba pocas esperanzas de éxito, pues no habían dejado los ladrones el más leve rastro para orientar la pesquisa.

Unos seis meses después de ocurrido el robo, tenía yo cita, un sábado por la noche, en la antigua taberna del "Elefante y el Castillo". Allí debía encontrarme con un "entregador" de la policía. Conversaba con él, que me suministraba ciertos datos sobre algunos tipos que nos interesaban, cuando llamó mi atención cierta pareja sentada a una mesa cercana. Bebía vino. De repente la mujer llevó su copa a los labios, y al hacerlo brilló con raro fulgor una sortija en sus dedos. No dejé ya de mirarla, y no tardé en convencerme de que la alhaja era de marcasitas, al parecer, muy valiosa, e idéntica como la robada y que se creía modelo único.

Yo conocía al hombre, comerciante de alguna significación. Me levanté, y acercándome a ellos, me disculpé con su compañera, y le rogué que me concediera dos minutos a parte. Nos apartamos y, con todo el tacto posible, le expliqué la situación.

El hombre se manifestó sorprendido y molesto. Con no poco trabajo conseguí tranquilizarlo:

—¿Me considera usted sospechoso, acaso? — indagó indignado.



¿QUE DESEA USTED?

Supe que hacía pocos días que había adquirido la sortija. Había abonado buen precio por ella, y el vendedor era persona de cuya buena fe no le era posible dudar. Se comprometió, empero, a llevar el anillo a la comisaría al día siguiente para que pudiera ser identificado por el legítimo propietario.

Era el mismo anillo; no había duda. Aclarado el punto, me correspondía investigar qué había sido de él desde el día en que fué robado. Me encontré con que había pasado por varias manos en poco tiempo, y que cada una de las personas que lo habían adquirido, lo había hecho de buena fe. Por fin llegué al último eslabón de la cadena. Cierta mujer me dijo que lo había comprado a otra que yo conocía y que era "esposa" de un criminal conocido, que se hallaba en libertad bajo fianza.

Dos días después di con el paradero del "matrimonio" sospechoso. Vestía bien y, al parecer, disponía de dinero. Indiqué a un detective que me acompañaba que detuviera a la mujer después de haber "procedido" yo con el hombre.

—¿Qué quiere conmigo? — me preguntó. — No he hecho nada de que se me pueda acusar.

— Ya lo veremos — respondí. — Por lo pronto, lo acuso de haber robado esta sortija... — Y le mostré el anillo de marcasitas que conservaba en mi poder.

Nos encaminamos tranquilamente hacia el puesto de policía de Rodney Road, pero yo lo vigilaba de rabo de ojo, pues sabía que se trataba de un sujeto peligroso. Estuve acertado al hacerlo, pues al acercarnos al destacamento, él, que marchaba dos pasos adelante, se volvió con presteza, y enfrentándome, llevó la diestra al bolsillo zaguero. Lo aferré de la mano, y un agente de uniforme acudió a ayudarme. Se debatía y luchaba desesperadamente, pero logramos introducirlo a la oficina de guardia. Allí lo inmovilizamos y le encontramos un revólver de siete tiros con la carga completa en el bolsillo del pantalón.

Ordené que se lo encerrara en un calabozo, y él se fué mirándome con odio salvaje.

GUARDIANES FEROCES

— Si se propone requisar mi domicilio, le aseguro que va a tener un rato de agradable diversión — me gritó.

No era una amenaza en el aire la que acababa de hacerme el bandido. En cuanto lo puse a buen recaudo, acompañado por otro agente, me encaminé a su casa. Llevaba un manojo de llaves que le había secuestrado. En cuanto empecé a probar las llaves, se oyó un tumulto en el interior y un cuerpo pesado se lanzó contra la puerta. En seguida se oyó un gruñido feroz.

Abriendo el buzón con mi maza, iluminé el interior por medio de la linterna eléctrica, y vi dos perrazos furiosos.

— ¡Hágase a un lado — le dije a mi compañero — y manténgase listo para la embestida!

Acababa de encontrar una llave que venía bien.

A veces los criminales toman raras precauciones.

LA SORPRESA DE LOS LADRONES

Oía a los perros venir otra vez contra la puerta, y cuando llegaron a ella, la abrí y me hice a un lado. En su embestida furiosa, los animales enloquecidos pasaron de largo, y antes de que hubieran podido volverse, nos metimos adentro y cerramos la puerta.

Los perros no regresaron; se perdieron en la obscuridad de la noche y no los vi más ni oí hablar de ellos.

Cuando recorrimos la casa, descubrí que era un verdadero depósito de artículos robados.

Cada habitación estaba llena de objetos robados. Muchas de las joyas aparecían en sus estuches de terciopelo con los nombres de las casas vendedoras.

—¡Y pensar — dije — que todo esto estaba casi bajo nuestras narices!

En ese momento sonó un golpe a la puerta. La abrí, y un hombre retrocedió horrorizado al verme. Era un ladrón a quien yo vigilaba desde hacía un tiempo.

— Entre — le indiqué tomándolo del brazo. — Nuestros amigos han sido detenidos inesperadamente, pero yo los reemplazo, mientras re cobran su libertad.

Es de advertir que el hombre no me conocía. No bien lo tuvimos adentro, cerramos la puerta, y dándonos a conocer, lo "requisamos". Le encontramos en los bolsillos alguna platería antigua de Sheffield y como treinta cucharas y cuchillos de postre y de oro. Despaché a mi colega con él hacia el destacamento. Apenas regresó, hubo otro llamado a la puerta. Esta vez eran dos, que también apresamos.

En conjunto, y como resultado de nuestra guardia, tomamos cuatro ladrones con objetos robados en su poder. La casa aquella era una verdadera "cueva de ladrones".

Nos propusimos mantener montada la trampa. Desgraciadamente, después de la primera noche debe haberse desparramado la noticia de nuestras actividades en forma que no pudimos aclarar, o hubiéramos realizado otras capturas... No podíamos quejarnos: habíamos destruído la banda, incluso el hombre y la mujer que capturamos al principio, apoderándonos de seis hábiles ladrones y recobrando objetos avaluados casi en 7000 libras esterlinas.

Cuando se hubo completado el caso contra ellos, se probaron cuarenta robos efectuados por la pandilla, que era una de las más audaces que yo haya visto jamás.

Una más cínica, empero, y casi de tan buena suerte, fué la que se especializaba en vinos y alcoholes. Realizaba sus robos abiertamente, y en determinada ocasión escapó con una buena carga, mientras, un agente contemplaba cómo lo hacía sin sospecharse nada.

UN ENCUENTRO CASUAL

Habían llegado a una casa de negocio hacia las seis de la tarde, en un camión. Abrieron la puerta y cargaron el vehículo de cascos de vino y alcohol, empleando, al efecto, el equipo y aparejos que existían en el sótano de la casa. Manejaban las bordelesas en forma tan correcta y todos ellos ostentaban el delantal de cuero característico de los hombres de su oficio, que el agente no tuvo ni la más mínima sospecha y se detuvo a contemplarlos.

Se habían sucedido varios robos,



En pocas horas nos apoderamos de seis ladrones.

pero aunque sospechábamos de dos o tres hombres de hallarse asociados con la banda, nunca pudimos obtener pruebas contra ellos, hasta un sábado a la tarde, en que vi a uno de los sospechosos acercarse a un depósito de vinos. Obrando casi institivamente me oculté en un portal, desde el cual podía observar sin ser visto.

La puerta del negocio estaba cerrada con una gran barra de hierro, por la cual pasaba una gruesa chaveta de acero rematada por un candado. En cuatro minutos el sospechoso había terminado lo que estaba haciendo y se marchó, echándose algo al bolsillo, pero el cierre de la puerta aparecía tan seguro como antes.

De repente comprendí lo que había estado haciendo: había substituído el candado por uno nuevo, dejando, así, expedita la entrada a sus compañeros.

Con un poco de suerte, tenía una brillante oportunidad para apoderarme de toda la banda. A aquella hora era imposible telefonear a un destacamento de policía, como no fuera por un aparato policial especial. Tuve, pues, que hacer lo único factible en el caso; enviar una nota. Afortunadamente, encontré a un hombre a quien conocía, le di una esquela y lo despaché a la carrera.

No perdió tiempo; a los dos o tres minutos tres detectives más y un oficial de particular se me reunieron, y poco después un carro de caballos se detuvo frente al negocio. Cuatro hombres iban en el vehículo; llevando todos ellos el delantal de cuero habitual y los gorros de picos de paño azul. El sospechoso a quien yo ya viera proceder descendió y se acercó al candado. Los otros quedaron al lado del vehículo, como a la espera de lo que él hiciera.

Aquella era la señal para que procediéramos. Embestí al que estaba en la puerta y mis compañeros se ocuparon de los que ocupaban el carro.

(Continúa en la pág. siguiente)

Los ladrones estuvieron demasiado sorprendidos para resistir. Haciendo a un lado al cerrajero experto, lo empujé y obligué a subir al carro y los condujimos a todos al próximo destacamento. En el curso de cuatro días descubrimos robos por valor de 2.000 libras esterlinas en vinos, alcoholes y licores. Los ladrones habían afectuado sus incursiones por todo Londres, llevándose el producto a un s ó t a n o ubicado bajo uno de los pequeños arcos del ferrocarril, cerca de Lambeth Road, donde lo guardaban.

Indudablemente, en robos de esta índole, la combinación y la organización son necesarias.

El violentamiento de las cajas de hierro es también, a veces, obra de una banda.

Cuando los ladrones de cajas de hierro resuelven "dar un golpe", la pandilla puede invertir meses en perfeccionar sus planes. Descubren todo lo referente a las costumbres del personal, hora de apertura y salida, cómo se puede penetrar al interior, etc.

En ocasiones les es necesario romper un cielorraso para llegar a la habitación en que pueda hallarse la caja de hierro. En tales casos la caída del revoque puede producir la alarma, y se adopta un método muy ingenioso para evitar esto.

Se levanta una tabla del piso y se practica un pequeño agujero con mucho cuidado, por el cual se introduce un paraguas cerrado, que luego se abre para que caiga en su interior el yeso o lo que fuere, mientras se prosigue el trabajo.

En un caso que tuve que investigar, cuatro hombres descendieron por medio de una escala de cuerdas de seda y un gancho hasta la caja de hierro de un joyero. Abrieron un agujero en el techo en la forma descrita, y procedieron con tanto sigilo que, aunque el cuidador de la casa y su esposa dormían en el piso bajo, ninguno de los dos se percató de que ocurriera nada anormal. Los ladrones abrieron la caja en una hora y se llevaron 3.000 libras esterlinas en efectivo. Los únicos indicios que dejaron eran el paraguas y un botón de puño.

Ninguna de esas cosas fué útil hasta algunas semanas después, en que un hombre fué conducido a la comisaría por haber provocado un escándalo en el music-hall de Bedford y haber faltado al respeto a un agente. Estaba en mangas de camisa cuando entró, y observé que le faltaba uno de los gemelos.

—¡A ver ese botón de puño! — le dije.

Confrontados ambos gemelos me di cuenta de que eran exactamente iguales, y en seguida lo acusé.

—¿Cómo se dió cuenta usted? — me preguntó sorprendido.

— Ese botón de puño lo perdió — le respondí. — Usted dejó el compañero extraviado cuando cometió el robo.

— Es cierto — dijo, — y voy a confesarlo todo. Estoy preso y ellos me traicionaron.

En seguida declaró que él era el experto violentador de cajas de hierro y que la banda de ladrones lo había tomado por eso mismo. Le habían prometido una buena participación en las utilidades, pero no había recibido nada. El lío en el music-hall se produjo porque quiso atrapar a los jefes de la pandilla, con quienes se encontró accidentalmente allí.

Fácil me fué detener a todos los ladrones y recuperar casi todo el dinero robado.

FIN

Anónimos



Martín Punzón, que continúa en el presente número sus colaboraciones en "Mundo Argentino", ha desempeñado por espacio de largos años un cargo en la oficina de descifradores del correo de Calamuchita. Esta oficina llena un cometido interesante y curioso a la vez: todas aquellas cartas mal dirigidas o con direcciones ininteligibles pasan por las manos de sus empleados, verdaderos maestros del jeroglífico. La mayor parte de aquéllas quedan en esa oficina como un osario, y cuando los casilleros están llenos y ha transcurrido de un tiempo prudencial, deben quemarse. Pero Martín Punzón prefirió leer esas cartas, y como advirtió que muchas tenían gran interés, las coleccionó. Declarado cesante por una de esas explicables eventualidades del momento actual, ha creído oportuno sacar provecho de tales cartas, y nos las ofreció. "Mundo Argentino" ha adquirido los derechos de esta colección que irá publicando semanalmente.

Señora Marta:

Una persona que tiene por Vd. profundo respeto, pues ha recibido de sus manos, toda clase de beneficios en otras épocas; que aprecia su infinita bondad y que se halla muy cerca de su corazón, se permite enviarle estos renglones para llamarla a la realidad.

Su casa, señora Marta, se derrumba... Está Vd., la niña Carmencita y los nenes, expuestos a quedarse en la miseria a pesar de la fortuna enorme que dejó el señor al morir. Aunque le parezca mentira, créame, por Dios, señora Marta. Y lo terrible del caso es que el único culpable es el niño Roberto, su único hijo, el que Vd. tanto adora.

Tengo miedo que mi anuncio llegue tarde y todo sea inútil, pero no puedo callarme; un deber de conciencia me obliga hacia Vd., señora Marta.

Le diré cómo han llegado a mis oídos esas noticias: el chofer de una casa cerca de la suya, conversando con el almacenero de Corrientes al 5000 que hace tantos años los sirve a Vds., sacó el tema del lujoso tren en que vivía el niño Roberto, que tenía un espléndido departamento, que jugaba fuerte en los clubs, que la amiga de él andaba en vitureta mientras Vd. había suspendido el auto para economizar. El almacenero se quedó con la boca abierta contestándole que eran chismes porque a él le debían más de seis mil pesos y estaba seguro de cobrar. Entonces el chofer le contestó que él sabía positivamente que todas las propiedades de la señora mayor (por Vd. señora Marta) estaban hipotecadás hasta los techos y que seguramente la señora (usté) no sabía nada porque era una infeliz (¡qué bruto de hombre!) y es claro porque el niño Roberto corría con todo desde la muerte del padre. Y además el chofer le contó que el otro chofer de la vitureta sabía cosas peores y que lo llamaran si querían saberlo. Señora Marta, antes que pase algo espantoso hable con su hijo y pídale cuentas. Vd. es una santa y si por el destino se quedara en la calle — lo que Dios no ha de permitir — mis poquitos ahorros serán para Vd. y los nenes y la niña Carmen.

La saluda con todo respeto y mucho cariño

UNA AGRADECIDA.

UN HOMBRE EXTRAÑO

(Continuación de la pág. 5)

intrusa, ni siquiera la vió alejarse corriendo montaña abajo, cual si fuera un conejo asustado perseguido por la jauría.

¿Conque era un artista? ¡Oh, ya lo creo! ¡Ya lo creo! Pero ¿cómo iba a adivinarlo? Aquellos vestidos..., y su aire de perfecto aburrido... ¡Cuán veleidoso es el rumor! ¡Cuán falso! ¡Y pensar que lo había tratado con todo desprecio porque los charlatanes habían dicho que era un disipador y un fracasado!

—¿Por qué no trabaja? — preguntóle ella a boca de jarro, una mañana cuando, al volver de su cotidiano baño en el arroyo, lo encontró junto a la glorieta cubierta de helechos que ella misma en persona había construído. La respuesta no se hizo esperar. Y le dijo, bromeando:

— El excesivo trabajo y la falta de diversiones hacen que, en estos días, Dora, se vuelva torpe.

— Todo hombre que se considere como tal, debe trabajar. Yo no tengo tiempo que dedicar a los holgazanes.

— Me levanté al amanecer — replicó Darío al tiempo que se tendía sobre el fresco musgo. — ¿No le parece que tengo bien merecido un descanso? — Pero al notar que las hojas del manuscrito estaban sobre la mesa, le dijo: — ¿Debo irme?

— No es necesario — fué la respuesta. No podía escribir. La musa había volado. Estaba nerviosa. Me sentía molesta. ¿Tiene usted alguna ambición en la vida? — continuó, vapuleándolo de palabra. — Con su riqueza y sus oportunidades, podía hacer tanto... ¡Tome mi ejemplo! ¡Ya lo ve, siempre en la brecha! Luchando por un lugarcito en la escala del éxito. ¿Torpe, diría usted? ¡Ay, quizá! Pero prefiero la torpeza a la holganza.

Por toda contestación, él apoyó su cabeza broncínea en el regazo de Dora, comenzando a cantar canciones de Surrey. Y su voz derramaba un bálsamo en el espíritu de la joven cuya mano, inconscientemente, descansaba sobre la cabeza de Darío.

— Dora, ¿me ama usted? — le preguntó de pronto.

— Sólo amo el trabajo — respondióle ella.

—¿Podría usted amarme?

Y Dora, con un sollozo ahogado, huyó para encerrarse en la cabaña.

Resbalando, saltando, y deslizándose por la ladera de la montaña, Dora llegó eventualmente a su nido. Ya sabía dónde él pasaba las mañanas frías y húmedas. "He estado en pie desde el amanecer", es lo que él le había dicho para recibir, en cambio, el escarnio de sus palabras. ¡Qué pensará de ella, tan jactanciosa y soñadora con uno o dos libros en su haber, en tanto que sus telas, famosas por la maestría del diseño y del color serían dignas de ser exhibidas en los lugares de honor de las galerías! ¡Oh, ahora sí que que lo veía claro! Aquella semana no se preocupó de ella porque estaba pintando, inspirado, en la cumbre de su montaña. Era una pintura que, probablemente más tarde, figuraría en uno de los salones de la academia para que todos los entendidos la admiraran.

Luego, súbitamente, velozmente, como un relámpago, la idea que por días y semanas la traía desconcertada, fué develada en su mente. El corazón de Dora latía muy agitado. Sus ojos bailaban. Había rogado a los dioses que la inspiraran. Sus deseos fueron satisfechos, y revelados en toda su simplicidad y esplendor, ante la visión de Darío Gerard pintando en la cumbre de su montaña.

Llegó la noche profunda y larga. En su cabaña, indiferente a la fatiga y a la hora, Dora escribía furiosamente como una posesa, trabajando en su libro hasta muy tarde.

Amaneció. La mañana era fresca, clara, bañada de sol. Los campos estaban cubiertos de escarcha. Los hojas de los árboles y los helechos se hallaban enguirnaldados con los diamantes de la helada.

Un sol glorioso inundaba la ladera. Con una canción en su corazón, aunque fatigada por el exceso de la noche anterior, Dora se vistió y se desayunó más tarde en la diminuta galería desde la que dominaba el lejano valle envuelto en la bruma.

—¿Dónde estará Darío? — pensó ella al tiempo que dirigía la vista a las distantes acacias azules en busca de la manchita que señalaba la carpa. Entonces, respirando profundamente, se puso en pie llena de confusión. ¡La carpa ya no estaba! Aturdida, muda de emoción, la pobre cuitada se agarró fuertemente de la barandilla para no caer. ¿Se habría marchado? ¿Terminado su cuadro se iría como un ladrón en la noche, sin despedirse de ella? "Dora, ¿me ama usted?". Le había preguntado no hacía mucho. ¿Cómo iba, pues, a irse sin decirle adiós? Los ojos de la joven se cubieron de lágrimas, de lágrimas desenfrenadas y dolorosas que rodaron por sus ardientes mejillas. El hombre que había venido de Surrey la había abandonado, aparentemente, en la soledad de su montaña. ¿Qué se le iba a hacer? Afortunadamente ella había terminado también su trabajo.

Pero no tardó en verlo. Allí estaba en el suelo, acurrucado, en un estado de debilidad extrema, en el sendero que conducía a la cabaña. Por primera vez en su vida el temor, un temor frío y estrangulador, se apoderó de las más

(Continúa en la página 26)

Madres que crían



Las madres que crían tienen en TODDY el mejor y más agradable lactógeno. Toddy crea leche rica y abundante para el bebé y mantiene vigoroso el organismo de la madre.

TODDY es por si mismo un alimento integral y completo, porque contiene en proporción correcta las vitaminas, carbohidratos, sales minerales, proteínas, potasio calcio y fósforo, elementos que nutren a las madres y llegan al bebé en la rica leche materna que desarrolla niños sanos y robustos.

TODDY es el ALIMENTO MALTEADO más puro, el más delicioso y el más económico para aumentar y enriquecer la leche materna. Tome Toddy y verá con legítimo orgullo de madre que su bebé se cría sano y gordito. Dos cucharaditas de Toddy, tres veces por día, representan mayor beneficio a las madres que lactan a sus bebés que cualquier otro producto conocido.

El éxito asombroso de TODDY se debe a la alta calidad y científica dosificación de sus componentes. Los imitadores solo pueden copiar el color y apariencia de Toddy, pero nunca podrán igualar sus cualidades nutritivas. POR ESO TODDY NO TIENE NI PUEDE TENER SIMILARES.

HOY

a las 21.30 escuche por RADIO NACIONAL el nuevo repertorio de Azucena Maizani.

TODDY

Productores: Toddy Co. of Argentina, Moreno 1249, Bs. As.

ENVASE DE PRUEBA

Sres. TODDY Co. of Argentin.
MORENO 1249 – Bs. Aires

Según oferta, sírvanse remitirme un envase a prueba TODDY de 55 gramos. Para gastos de envío acompaño 0 40 en estampillas

Estos pedidos se atienden únicamente por correo

Nombre ....

Calle .... Nro ....

Localidad .... F. C. .....

TODDY se vende en todos los almacenes y farmacias en tarros de media y una libra.

TODDY ES EL UNICO LACTOGENO QUE CONTIENE EN ABUNDANCIA EXTRACTO DE MALTA LEGITIMO
UN SOLO MES DE PRUEBA CONFIRMARA LA ACCION BENEFACTORA DE TODDY

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

¿Obtener una foto de **RODOLFO VALENTINO?** ¡Imposible! Ningún estudio se la enviaría sin permiso de él. Y como él, en eso de dar permiso, va muerto.. .

a **R. Gallardo.**

Paciencia, amiguito, mucha paciencia es lo que hace falta. Con ella se gana el cielo. Conformémonos por ahora con ganar los astros y las estrellas...

a **Un b. con 4 patas.**

Queda perdonada la caligrafía y la ortografía. Que a un enamorado cualquier cosa se le perdona... Su Julieta, estimado Romeo, o sea **MARIA ALBA**, anda ahora haciendo jiras por Centro América con una compañía teatral. Hace un par de meses regresó a Hollywood luego de haber filmado con **DOUGLAS FAIRBANKS** una película en las selvas. ¡Imagínese! ¡Con **Douglas**... y en las selvas! No, no tiene novio ni se ha divorciado de nadie. ¿Si piensa seguir en el cine? Pensar sí..., lo malo es que los directores no piensan de igual forma. Mi consejo es que trate de olvidarla y hacer que ella no "ocupe más su pensamiento por completo" como sucede ahora. Mire que a lo mejor **MARIA** le resulta una alba demasiado borrascosa...

a **Zar y poeta.**

BORIS KARLOFF es quien hace el monstruo en **Frankestein.**

a **Don Juan.**

Mujeres que matan y **El horror del matrimonio** son las últimas de **LEWIS AYRES**, y tiene veintidós años (Lewis, no la película). **WILLIAM COLLIER** cumplirá 31 años el próximo 12 de febrero, y su nombre se pronuncia **Uiliam Cólier.**

a **Ojos negros.**

Me inclino ante su innegable habilidad de pescadora. En efecto, era aquella una perla del más legítimo oriente, de esas que no admiten réplica. Primero dije que **JUAN TORENA** no actuaba en **El precio de un beso**, y luego dije que sí, que actuaba. Más claro no puede estar el error ni más limpia la perla.

a **Cristal.**

Charles Rogers, el famoso ex galán cinematográfico, que ahora actúa en las tablas.

Ninguno de los artistas que usted cita le enviará sus fotos si no les remite el importe de las mismas. Más o menos el noventa por ciento de ellos las mandan cuando reciben el franqueo. Del lío **GRETA-MARLENE** opino que es un fósil digno de ser enterrado y olvidado por los años de los años. Amén. Esos tornillos que el monstruo de **Frankestein** tiene en el cuello son pegados. Los que le faltan en la cabeza los tiene ahí.

a **Domingo Cutri.**

EN AGOSTO CUMPLEN AÑOS

Madge Evans (23)	el	1
Dolores del Río (27)	„	3
Anita Page (22)	„	4
Charles Delaney (35)	„	4
Charles Farrell (27)	„	5
Silvia Sydney (22)	„	8
Carmel Myers (31)	„	9
Dorothy Jordan (22)	„	9
Norma Shearer (28)	„	10
Eleanor Boardman (36)	„	10
Regis Toomey (30)	„	13
Charles Rogers (27)	„	13
Mary Duncan (27)	„	13
María Calvo (40)	„	15
Mae Clarke (22)	„	16
Kenneth Mackenna (33)	„	19
Ruth Roland (40)	„	26
Alice White (25)	„	28
Joan Blondell (23)	„	30
Fredric March (34)	„	31



Johnny Weismuller, campeón mundial de natación, que hace su primera, y tal vez única, presentación en la pantalla con "Tarzan, el hombre mono".

MADGE EVANS cumplirá 23 años el 1 de agosto de este año. Como mujer me parece piramidal y como actriz la considero una digna rival de **ANITA PAGE.** Creo que si le pide su foto ella le enviará una tarifa de precios, pero si usted tiene la precaución de enviarle el importe junto con el pedido, es muy probable que la reciba. Esta carta, que tal como usted me lo pide, es un poco más cariñosa que las demás, puede dirigirla a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California: Dear madam; this is another letter to the large number you must recive and with it I am asking you to be good enough to send me one of your photos. I am sure you will aceede to my wish. I remain yours sincerely** (firma). Y después de enviarla dedique su tiempo a pensar en **MADGE**, que así se le harán más cortos los dos o tres meses que tardará en recibir contestación.

a **¿Me amará?**

LARRY KENT es acuático, vale decir, nació en el agua. O mejor dicho, en el agua no, sino en un vapor, que dos días antes había partido de Liverpool (Inglaterra). Su nombre verdadero es Henri V. Trumbul. **RALPH GRAVES está casado y tiene 32 años, cumplidos el último 23 de enero.**

a **Gioconda.**

A **JOAN CRAWFORD** y **NEIL HAMILTON** escríbale a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.** A **LORETTA YOUNG** a **Warners First-National Studios, Burbank, California (EE. UU.).** Sí, ya veo que es usted muy alegre a pesar de los once años que dice tener. Lo que necesitaría saber es si esos once años son de edad o de frescura...

a **Federalita.**

Esa equivocación sobre **MARIAN MARSH** ha sido puramente de aritmética y no de cinematografía. ¡Qué quiere! ¡La falta de práctica en esta materia me resta facilidad para el cálculo, me divide las facultades mentales, me multiplica los embrollos y acaba por sumarme a la crecida cantidad de ciudadanos que aún debíamos estar estudiando la tabla... Quien acompaña a **HARRY CAREY** y **EDWINA BOOTH** en **Trade Horn** es **Duncan Renaldo**, un actor novel.

a **The queen of s.**

CAROL LOMBARD nació en Fort Wayne, (EE. UU.), el 6 de octubre de 1909. Se llama en realidad Jane Peters, mide metros 1.55, tiene ojos azules, cabello rubio, y está casada con **William Powell.** Descendiente de actores teatrales, ocupó las tablas por vez primera a los doce años. Sus estudios no le permitieron actuar en ellas muy a menudo, pero una vez finalizados se dedicó al teatro. Ingresó directamente al cine, ocupando un lugar privilegiado. **FRANCES DEE nació en Los Angeles (EE. UU.), un 26 de noviembre.** Mide m. 1.58, tiene ojos azules y cabello obscuro. Fué extra durante dos años, hasta que actuando al lado de Maurice Chevalier se destacó en **Petit Café** (Versión inglesa). **CHARLES ROGERS nació en Olathe (EE. UU.), el 13 de agosto de 1905;** mide m. 1.80, tiene ojos castaños, cabello negro y está soltero. Fué músico de jazz hasta que ingresó en el cine. Es otra de las víctimas de las parlantes y actualmente actúa en una compañía de revistas junto con Lupe Vélez. **JACK HOLT es de Winchester (Estados Unidos) desde el 31 de mayo de 1888.** Mide metros 1.80, tiene ojos castaños, cabello negro y está casado. Es hijo de un cura, y luego de haberse graduado en el Instituto Militar de Virginia se dedicó a la pantalla, iniciándose en 1914. Actualmente no filma con mucha frecuencia. **Locura de rico** me pareció bastante buena. Gracias por los elogios.

a **La chica de las camelias.**

A **CHARLES CHAPLIN** puede escribirle con estampilla simple de diez centavos, nomás. La carta tardará veinte días, más o menos, en llegar a Hollywood y otros tantos en volver, suponiendo que se produzca el milagro de que el bufo la conteste.

a **Futuro actor.**

Esa película de **JOSE BOHR** se titulaba **Hollywood, ciudad de ensueño,** y eso de los afiches no es cierto. Esa actriz de **El gaucho,** con **DOUGLAS FAIRBANKS,** se llama **EVA SOUTHERN.** Veo, y eso me alegra, que son ustedes tres chicas de esas tipo 1932. Juguetonas, humoristas, alegres, etc., etcétera, por lo que las felicito. Lamento, sin embargo, comunicarles que es muy difícil que lleguen a ver mi efigie reproducida en esta página. Ya les he dicho que la única forma de obtener esa foto es conduciéndome a lo **Maurice Chevalier:** cobrando tanto por centímetro y por pose...

a **Tres marí. de C. Suárez.**

CONCHITA MONTENEGRO viaja actualmente con una compañía teatral, en la que también está **RAQUEL TORRES. DENNIS KING** es inglés, **RITA LA ROY** francesa y **JEAN HERSHOLT** dinamarqués. El autor del monstruo en **Frankestein** es **COLIN CLIVE,** nacido en **Saint Malo (Francia), el 1º de enero de 1900 y casado.**

a **Héctor Monfrt.**

Frances Dee, una de las damitas jóvenes que surgen en el firmamento de las películas sonoras.

A **NITA NALDI** probablemente la veamos en varias parlantes. Me dice usted que el espectador ha evidenciado su favoritismo por **MARLENE** debido a sus piernas, y eso me parece una gran tontería; en seguida me pregunta si **IMPERIO ARGENTINA** ha muerto, y eso ya me parece una inocentada más grande que el Aconcagua, y, por último, me pide perdón por la mala letra, pues la escribió en pocos segundos, cosa que no había necesidad de hacer. Aparte de la caligrafía, por las cosas que dice me di cuenta en seguida que la había escrito en tan poco tiempo... Y perdone la franqueza.

a **Lirio azul.**

Como ni **BARRY NORTON** ni **JOSE MOJICA** tienen a estas horas dirección fija, tendrá usted que esperar a que el cielo les depare algún contrato y les proporcione con ello "domicilio propio"...

a **María Inés.**

TIM MC COY nació en Saginaw (EE. UU.), el 10 de abril de 1891. Mide m. 1.78, tiene ojos azules, cabello castaño y está casado con Agnes Heron Miller. Está vivo en este valle de lágrimas, pero en lo que concierne al cine fué muerto hace rato...

a **Emocionado.**

Me pregunta usted si **JOSE MOJICA** se ha retirado definitivamente del cine o si se ha marchado de Hollywood para tomar un descanso, cosa que me hace recordar a aquel ladrón que cuando en los tribunales fué condenado a cinco años de prisión, exclamó filosóficamente: "¡Y bueno, después de todo me viene bien! ¡Así descanso un poco!" Con lo que quiero decirle que el pobrecito de **JOSE** ha tenido que tomarse ese descanso también forzosamente...

a **Loca por Pepito.**

Hace varios números, en una contestación dirigida a usted le comunicaba no recordar alguna película en que hubieran actuado juntos **LON CHANEY** y **POLLY MORAN.** Sin embargo, otro lector que firma **Fan Cordobés** se

ha apresurado a rectificarme diciendo que en **Londres después de medianoche** aparecen juntos **Lon y Polly.** Queda hecha la rectificación y expresado mi agradecimiento a **Fan Cordobés.**

a **Río Kid.**

Ya en trance de rectificaciones, agradezco también a usted que me haya hecho la advertencia de que un retrato publicado hace poco en esta página con el nombre de **NORMA SHEARER** era de **GRETA GARBO.** Por supuesto, creo de buena fe que el retrato era indigno del epígrafe...

a **Uno de Rosario.**

LOS FARAONES CONSTRUYERON...

(Continuación de la pág. 17)

cio todos los días en honor de la princesa deificada. Una lámpara pendiente del techo ardía día y noche. En una cámara adyacente se encontraban las imágenes de las concubinas de Micerino, talladas en madera. La vaca de oro se hallaba cubierta por un paño de púrpura, pero la cabeza y el cuello estaban descubiertos y recubiertos con espesa capa de oro. Entre los cuernos se veía una órbita solar de oro batido a martillo.

Todos los años la vaca, que tenía el tamaño de un bovino común, era conducida a la luz del sol, de acuerdo con el deseo expresado por la princesa en su lecho de muerte, a fin de contemplar el astro rey en su esplendor.

Seis años había gobernado el faraón Micerino cuando falleció su hija, y un oráculo declaró que iba a vivir sólo seis años más, muriendo en el séptimo. El monarca se quejó al dios del santuario real de que "su padre y su abuelo que habían cerrado los templos y oprimido a los hombres habían vivido largos años, mientras que a él, que había procedido bien, se le acortaba la vida".

El oráculo respondió que él, Micerino, había procedido mal, porque los dioses habían proclamado que Egipto sería oprimido ciento cincuenta años, y sus dos antecesores habían contribuído a que se cumpliera ese vaticinio, mientras que él lo había anulado. No quedaba, pues, más remedio que morir.

Entonces Micerino, viendo que la sentencia era irrevocable, resolvió hacer de la noche día, manteniendo numerosas lámparas encendidas durante las noches, probando así que el oráculo estaba equivocado, pues se proponía vivir doce años en los seis que le quedaban de vida.

La leyenda de que los dioses castigaron al faraón bueno por hacer el bien, presta verosimilitud a la suposición de que en realidad logró terminar con la crisis que aquejaba a su país.

FIN

HE AQUI SU GRAN VIRTUD: VIVIRA SUS...

(Continuación de la pág. 15)

te de las veces teníamos como asiento nada más que nuestras maletas.

Trabajábamos mucho en aquellos días; tuvimos también algunos accidentes. Una noche, en Boscombe, justo en el momento de comenzar la pieza, estando ya nosotros en el tablado, el cajón que sostenía uno de los lados del escenario se rompió, y el actor que hacía la parte del muchacho en el cajón, sufrió algunas heridas; pero Carlitos se salvó milagrosamente.

En muchas ocasiones Carlitos y yo hemos compartido el mismo dormitorio. Ha sido Chaplin siempre muy reservado para con los desconocidos: muchos son los que lo llamaron snob. La verdad es que es excesivamente sensible, y ha tratado en lo posible de protegerse contra lo que le podía hacer sufrir. Para nosotros, sus íntimos compañeros, era un hombre variable; tenía su día alegre y su día malo, y se pasaba todo su tiempo libre en el ensayo de sus papeles, tranquilo, pensativo; sus ojos parecían estar soñando siempre, con suma facilidad para enrojecerse, cosa que nos hacía mucha gracia. Este era el Carlitos Chaplin de 1910.

Su papel de borracho en la obra lo hacía tan bien que muchas veces el auditorio lo tomó en serio. Realizaba su trabajo desde un palco, cerca del escenario, vestido intachablemente de fiesta y fingiéndose completamente ebrio.

Aplaudía violentamente cuando no debía hacerlo, parándose en el palco, insistiendo en discursear, y cayendo por fin del palco al escenario, del cual era echado por uno de los artistas que se hacía el indignado.

El público empezaba a sentirse molesto y a gritar: "¡Que lo saquen!" "¡Llamen la policía!" "¡Orden!" "¡Que haya orden!"

Pero luego, cuando el público se daba cuenta de que aquello era parte de la obra, todos se morían de risa.

(En el próximo número se publicará el tercer capítulo)

DEBEMOS SABER EMPLEAR...

(Continuación de la página 14)

de para estar en proporción agradable con las otras facciones, y es únicamente en tales casos cuando se debe hacer una tentativa para hacerla más pequeña de lo que es su línea natural.

Y ahora discutamos algunos otros puntos que son necesarios para conseguir un arreglo o maquillaje atrayente.

Todos los cosméticos debieran seleccionarse para el tipo de una. Esto de tratar de hacerse enteramente distinta a lo que concertó la naturaleza, a menudo resulta un desastre más que un éxito. Si usted está insegura a qué clasificación de tipo pertenece, le convendrá el consejo de un experto en esa materia.

Al elegir polvos, deben ser de un tono que corresponda al colorido básico de la piel, lo que resultará mucho mejor que unos que queden bien por el momento. Eligiendo el polvo que matiza con el colorido natural básico de la piel, se conservará el conjunto verdadero o natural del cabello, ojos y piel.

Un punto del cuerpo que rara vez es afectado por los años o condiciones, es la parte interior del brazo, mismo encima de la muñeca. Seleccione su polvo comparándolo con este punto y hallará el polvo perfecto para su rostro, cuello y hombros.

Debe seguirse la misma idea básica respecto al rouge. Aquí, sin embargo, se debe hacer juego con la sangre que corre por las venas. Por supuesto, todas las sangres son de un rojo vivo, pero adquieren distintas tonalidades cuando se las ve a través de las capas de piel. En general resultan dos tonos de rojo cuando se observa la sangre a través de la piel... un rojo azulado y un rojo amarillo. El tono azulado se encuentra cuando la piel es rosada, y la piel amarilla o mate, a su vez, da ese tono anaranjado a la sangre.

No es difícil colocarse en el tipo correspondiente de piel rosada o amarilla, porque ya sea una tiene el tono rosado o sino pertenece a la clasificación general de piel amarilla.

(Continúa en la pág. 52)

RESUMEN DE LO PUBLICADO

A bordo del "Argus" regresan a la patria varios argentinos: Florencia Bulmer de Salazar, viuda del coronel Salazar, y su hija Alicia, el doctor Fournier y su señora, Lucio Araujo, Julito Yáñez Palma, los Funes, el matrimonio Almanza, el general Gutiérrez Pinto y un enigmático inglés, Mr. Silverton. Viaja también un camarero singular, Paul, que es poeta, y cuya vida encierra un misterio para todos. Alicia y Lucio parece que se atraen mutuamente. Una noche, al entrar éste en su camarote, encuentra a la viuda de Salazar, pálida, pero muy serena, con el índice en los labios implorando silencio. Julián Almanza le contó a Lucio Araujo la historia de las Salazar. Florencia Bulmer de Salazar había sufrido mucho por el carácter violento de su finado esposo, el coronel Salazar. Así fué que la muerte de éste resultó un verdadero alivio para toda la familia. Lucio Araujo no se había repuesto aún de la sorpresa que le causó la presencia en su camarote de la hermosa viuda, quien le entregó una cartera guardapapeles y le rogó que se la conservara discretamente. Mr. Silverton, que sorprendió a la viuda de Salazar cuando entró en el camarote de Araujo, se presenta a éste y quiere sobornarlo para que le entregue los papeles que le confiara aquélla. Totona Funes y Julio Yáñez Palma escuchan una noche una violenta discusión que dos personas sostienen en un camarote. Poco después ven aterrados huir a un hombre sobre cubierta. La bruma de la noche no les dejó ver la cara. Ese hombre era Mr. Silverton, quien acababa de tener una violenta discusión con Lucio Araujo. Aquél, en vista de que no pudo arrancarle las cartas ni por el soborno ni por la violencia, apeló a la confidencia: le dijo que esos papeles guardan el secreto de sus relaciones con la viuda de Salazar, y que ésta se los ha dado porque sabiendo que su hija comienza a sentir inclinación por Mr. Silverton, quiere desilusionarla cuando llegue la oportunidad, mostrándole esas cartas reveladoras. Lucio Araujo comprende el drama de Mr. Silverton, pero no quiere faltar a la palabra empeñada con una dama. Hay un baile a bordo, y en él se da cuenta la viuda de Salazar que su hija también se siente atraída por Mr. Silverton. Como éste le exige que esa misma noche le devuelva las cartas que ella le dió a guardar a Araujo, la viuda de Salazar se las pide, y cuando iba a [illegible]rselas se encuentra con que han desaparecido misteriosamente. Alicia se entera de los amores de su madre y Mr. Silverton por una carta que halló casualmente y que se le cayó a Paul, el camarero, al sacar el paquete del camarote de Araujo para que no fueran a manos de Mr. Silverton. La hija le pide a la madre que la olvide, y ésta se dá cuenta de que Alicia también siente la terrible influencia del hombre fatal. Pasado el peligro, el paquete de cartas vuelve a Araujo. Mr. Silverton recuerda ahora que Paul se le interpuso, hace algún tiempo, en cierta ocasión en que estando Florencia de Salazar en un sanatorio de insanos recluída por su marido, él quiso burlar la vigilancia y aprovecharse de la situación. Fué Paul quien le retorció las muñecas y lo redujo a la impotencia. Paul perseguía a Mr. Silverton porque éste, años atrás, había seducido a su hermana y provocado su muerte. Cuando se enteró que el hombre siniestro rondaba el sanatorio donde estaba Florencia de Salazar, como era amigo del director del establecimiento, pudo entrar en él fingiendo que era enfermero. Conoció la mujer a la que asediaba Mr. Silverton, y lo que empezó por ser un sentimiento compasivo terminó por amor. Mas al darse cuenta de que ella amaba a ese hombre, abandonó la idea de venganza para no herir el corazón de la mujer querida.

EL FOLLETIN

El HOMBRE de los

CAPITULO OCTAVO, *escrito por* ENRIQUE RICHARD LAVALLE

VIII

¿MUERTO?

SILVERTON aguardó a que Paul estuviera lejos y salió del camarote dirigiéndose rápidamente a la cámara del comandante. Entró sin llamar, y cerrando la puerta tras sí, le dijo muy agitado:

—Comandante, el camarero Paul acaba de amenazarme de muerte.

—¿Cómo dice, señor? — preguntó, asombrado, el comandante.

—Ese hombre debe estar loco — aseguró Silverton. — Yo no lo conozco. Entró en mi camarote y a boca de jarro me dijo que si me acerco a la familia de Salazar, me matará. Evidentemente, está loco.

El comandante oprimió un timbre llamando al mayordomo, y cuando apareció éste, le dió orden de traerle inmediatamente al camarero Paul.

Transcurrió una larga media hora.

—Comandante — informó el mayordomo, inquieto, — el camarero Paul no aparece por ninguna parte.

—Me lo imaginé — exclamó Silverton. — Ese hombre tiene las trazas de ser muy listo.

El comandante lo miró un instante, y amable, pero enérgico, le dijo:

—Puedo asegurarle que si no se arrojó al mar, aparecerá inmediatamente.

Oprimió varios timbres y aparecieron el segundo comandante y tres oficiales, a quienes ordenó buscar al camarero Paul, que se ocultaba para cometer un atentado, y, como si se tratara de una acción de guerra, a cada uno indicó la parte del buque que debía revisar.

—En cuanto a usted, señor Silverton, creo que lo más prudente es que se quede en esta cámara.

—¡Oh! No, comandante — exclamó éste con suficiencia. — Hago la denuncia, pero eso no significa que tema a ese pobre loco. ¡Tengo muy buenos puños!

—Como usted quiera, señor, pero será mejor evitar todo escándalo. Yo me atrevería a rogarle que me aguardara aquí para ayudarme a interrogar a ese hombre. Aquí tiene periódicos y revistas: le traerán lo que usted necesite.

—Bueno, si usted lo cree así, me quedo. Pero no tarde, comandante.

—Cosa de un momento — aseguró éste, y salió con los demás a buscar a Paul.

Silverton tomó un periódico, luego una revista, e iba a tomar un libro, cuando llamó con el timbre, ordenando al camarero que acudió:

—Tráigame whisky y agua, y un vaso grande.

Vuelto el camarero, Silverton se sirvió el whisky, y apurándolo a pequeños sorbos, se puso a hojear otra revista.

El comandante y los oficiales salieron en busca del presunto loco; mas, como se debía evitar el escándalo a toda costa, cada uno partió seguido de varios marineros a distancia, con orden de traer sin ruido a Paul.

Por cuidado que se pusiera, pronto se supo en todo el barco lo que ocurría: que se buscaba a un loco. La noticia cayó como una bomba.

En el salón los alarmistas hallaron descreídos.

—¡Qué loco ni que demonios! — aseguró Araujo. — Son comisiones que andan inspeccionando el buque, como lo hacen cada tantos días.

La señora de Salazar entró muy agitada, y llamando aparte a Totona Funes, le preguntó:

—Pero ¿es verdad que el camarero Paul ha querido asesinar a Silverton y lo están buscando?

—No, Florencia. Lo que ocurre es que un pasajero de segunda estranguló a su mujer en un ataque de locura y se ha escondido tan bien, que no pueden encontrarlo. Ahí está Julito. ¡Aquí! — lo llamó a su gran amigo Yáñez Palma.

—¡Qué sofocón — — exclamó éste, sentándose, y disimuladamente les dijo:

—Siéntense y escuchen sin alarmarse. ¡Acabo de ver al comandante que tomaba preso a Almanza!

—¡Oh! — exclamó Totona.

—¡No puede ser! — dijo la de Salazar.

—¡Lo he visto con mis ojos! — aseguró Yáñez Palma.

—Pero ¿no es que un pasajero de segunda...?

—¡No, señora! El hecho es éste — la interrumpió Yáñez Palma: — Almanza sospechó que Silverton cortejaba a su mujer, y quiso matarlo. El inglés pudo escapar y le pidió amparo... ¿Cómo? ¿Pero?... — Y Yáñez Palma se calló, atónito, viendo entrar sonriente en el salón al propio Almanza.

—No sería él... — dijo Totona.

—Alguno que se le parece... — apuntó Florencia.

—Pero ¡es que yo lo vi y lo oí! — insistió Yáñez Palma. — ¿Cómo puede ser otro?

Almanza se dirigió al grupo que formaban el general Gutiérrez Pinto y Araujo, y les dijo riendo:

—¡Canarios! Acabo de tener una magnífica sorpresa. Iba a salir de mi camarote cuando se abrió la puerta violentamente y se me echaron encima unos marineros. Tomado de sorpresa, no pude ni moverme, y ya me sacaban en el aire, cuando apareció el comandante y les ordenó soltarme. Aquellos bár-





ENRIQUE RICHARD LAVALLE escribe el presente capítulo de EL HOMBRE DE LOS OJOS DE ACERO, en el cual ocurre un misterioso episodio que da un nuevo motivo de interés a este ya sensacional FOLLETIN DE LOS DIEZ.

DE LOS DIEZ

OJOS de ACERO

e ilustrado por **EUGENIO ABAL**

baros, que andan en busca de un loco, me confundieron con el mozo Paul...

—¡Ah! Pero ¿es a Paul al que buscan?— interrogó el general Gutiérrez Pinto.—¡Caramba, compadre! Y usted se le parece... ¡como un huevo a una castaña!

—¿Cómo, es Paul el loco? ¡No puede ser! —dijo Araujo.—Es el tipo...

Yáñez Palma se acercó, seguido de la de Salazar y Totona, y bruscamente le preguntó a Almanza:

—Dígame: ¿lo tomaron preso a usted?



Durán hizo el examen, pidió luego que pusieran a Silverton en un diván, y después de estudiarlo bien, de pie, intrigado, dijo:
—Parece muerto...—Y volviéndose a Fournier, le preguntó:—Usted, ¿qué opina, compañero?

—Pero ¡sí, hombre!—afirmó éste.—Resulta que me han confundido con el camarero Paul.

—Pero ¿Paul está loco?—preguntó alarmada la señora de Salazar.

—¡Paul loco!—exclamó al mismo tiempo Araujo, incrédulo.—Me parece una mala fantasía y voy a aclararla.—Y salió del salón a buen paso, y al enfilar el corredor se cruzó con el segundo comandante que venía con prisa.

—¿El doctor Fournier?—le preguntó éste.

—Está en el salón—le contestó Araujo sin detenerse. Y llegando a la cámara del comandante, como viera la puerta entornada, entró y se detuvo en suspenso.

—¡Ah! Usted—dijo el comandante.—Entre y cierre.

—¿Qué le ocurre?—preguntó Araujo, viendo a Silverton caído en un sillón, como dormido o desmayado.

—No lo sabemos.

Se abrió la puerta para dar paso al doctor Fournier y el segundo comandante.

—Quiere examinarlo, doctor—le pidió el comandante a Fournier, indicándole a Silverton.

Fournier se puso a la tarea en tanto hablaba:

—¿Cómo lo dejó usted, comandante?... Cuénteme los detalles.

—Lo dejé muy bien—afirmó éste,—leyendo unas revistas. Salimos en busca del camarero Paul, que él me dijo lo había amenazado de muerte. Cuando regresé, luego de dos horas de revisar todo el buque, lo hallé así, con esa copa de whisky a medio tomar. Me pareció dormido, pero al sacudirlo... me ha parecido que está desmayado.

Fournier, en tanto, había buscado las reacciones más elementales para comprobar la existencia de la vida, y cada vez contraía más el entrecejo, y al cabo de un prolijo y repetido examen, levantó la cabeza y dijo confuso:

—Comandante, estamos ante un caso muy extraño. Este hombre *parece* muerto, pero yo no me atrevería a asegurarlo.

—Si no respira, si el corazón no late, ¡es que está muerto!—afirmó el comandante.

—Hay casos—arguyó Fournier, perplejo—en que la respiración es un hilito imperceptible, en que el corazón late tan apagado que no se oye.

Se abrió nuevamente la puerta para dar paso al médico de a bordo, doctor Durán, que lo traía un oficial.

—¡Ah! ¡Bienvenido!—le dijo Fournier.—Haga el favor, colega, de examinar a este enfermo.

Durán hizo el examen, pidió luego que pusieran a Silverton en un divan, y después de estudiarlo bien, de pie, intrigado, dijo:

—Parece muerto...—Y volviéndose a Fournier, le preguntó:—¿Usted qué opina, compañero?

—Como usted. Parece muerto, pero tengo la sensación que está vivo. ¿Catalepsia? Quizá. Es un caso rarísimo...

—¿Examinó lo que haya bebido?—preguntó Durán.

—Whisky, que no tiene asiento alguno en la copa, ni mal gusto. Para más seguridad, necesitaríamos un análisis...

—A bordo no tenemos elementos para eso —dijo Durán.

—Ante tal imposibilidad, no hay más que conjeturar. Yo creo—afirmó, dirigiéndose al comandante—que este hombre *puede* no estar muerto, y aconsejo que se le cuide y atienda como bajo un ataque. Nosotros lo vigilaremos, con el doctor Durán, hasta llegar a Buenos Aires.

Durán asintió en un todo, agregando:

—Que lo trasladen a su camarote y lo cuiden constantemente. Nosotros lo vigilaremos.

—Sí..., sí...—dijo el comandante, indeciso.—Eso es lo que hay que hacer... Pero a los pasajeros hay que explicarles. ¿Y cómo se les explica? Si no se les dice nada, van a inventar mil disparates y son capaces de crear una situación desagradable...

—Aquí está el señor Araujo—indicó el doctor Fournier,—que puede desempeñar esa misión con toda felicidad.

—¿Usted querría, señor?—le pidió el comandante.

—Con todo gusto—le aseguró éste, y con alguna precipitación preguntó:—¿De modo que Silverton vino a quejarse de que Paul quería matarlo?

—Sí..., sí...; pero convendría que no dijera nada de eso—le pidió el comandante.—Explique el extraño caso de esta muerte, nada más, así evitaremos las mentiras...

—Ni una palabra más. Voy corriendo.

Con vigor y colorido EUGENIO ABAL ilustra la escena en que el doctor Durán examina a Mr. Silverton, que ha sido hallado desvanecido en su camarote, sembrando la alarma a bordo, pues parece ser víctima de una venganza.

Y salió con verdadero apuro del salón.

Era cerca de medianoche y el salón estaba lleno de gente. Araujo compuso un poco su expresión, y con desenvoltura avanzó hasta el centro, y alzó la voz diciendo:

—Señoras... Señores... En nombre del comandante, vengo a explicarles el extraño suceso que acaba de ocurrir a bordo...—Todos acudieron en torno de Araujo, quien explicó con sencillez el suceso, y terminó diciendo:—Esto se hace saber oficialmente para que no se propalen mentiras que siembren la intranquilidad y molesten a los pasajeros.

—¿De modo que el camarero Paul es quien ha matado a Silverton?—reflexionó imprudentemente en voz alta Yáñez Palma.

Alicia, tomada del brazo de Florencia, sintió que ésta tambaleaba.

—Valor, mamá, ¡por Dios!—le pidió. Y la hizo sentar en un sofá.

—¡Qué horror!—murmuró Florencia.—Ese hombre...

—Mamá, ¡por favor!... Trata de dominarte... No te desmayes...

Florencia cerró los ojos, y murmuró:

—Ya pasa... ¡No tengas miedo! Será posible que Paul...

—Yo no sé si Paul ha matado o no a Silverton—contestó Araujo a Yáñez Palma.—Como es una acusación muy grave, yo no la haría con tanta ligereza...

—¡Esa es diplomacia!—exclamó el general Gutiérrez Pinto.—Pero los que estamos acostumbrados a las atropelladas, ¡atropellamos al bulto nomás!

—¿Y si hacen caer a un inocente?—observó Totona Funes.

—¡Que se queje y se defienda, que en las cárceles la mitad son inocentes!—afirmó el general.

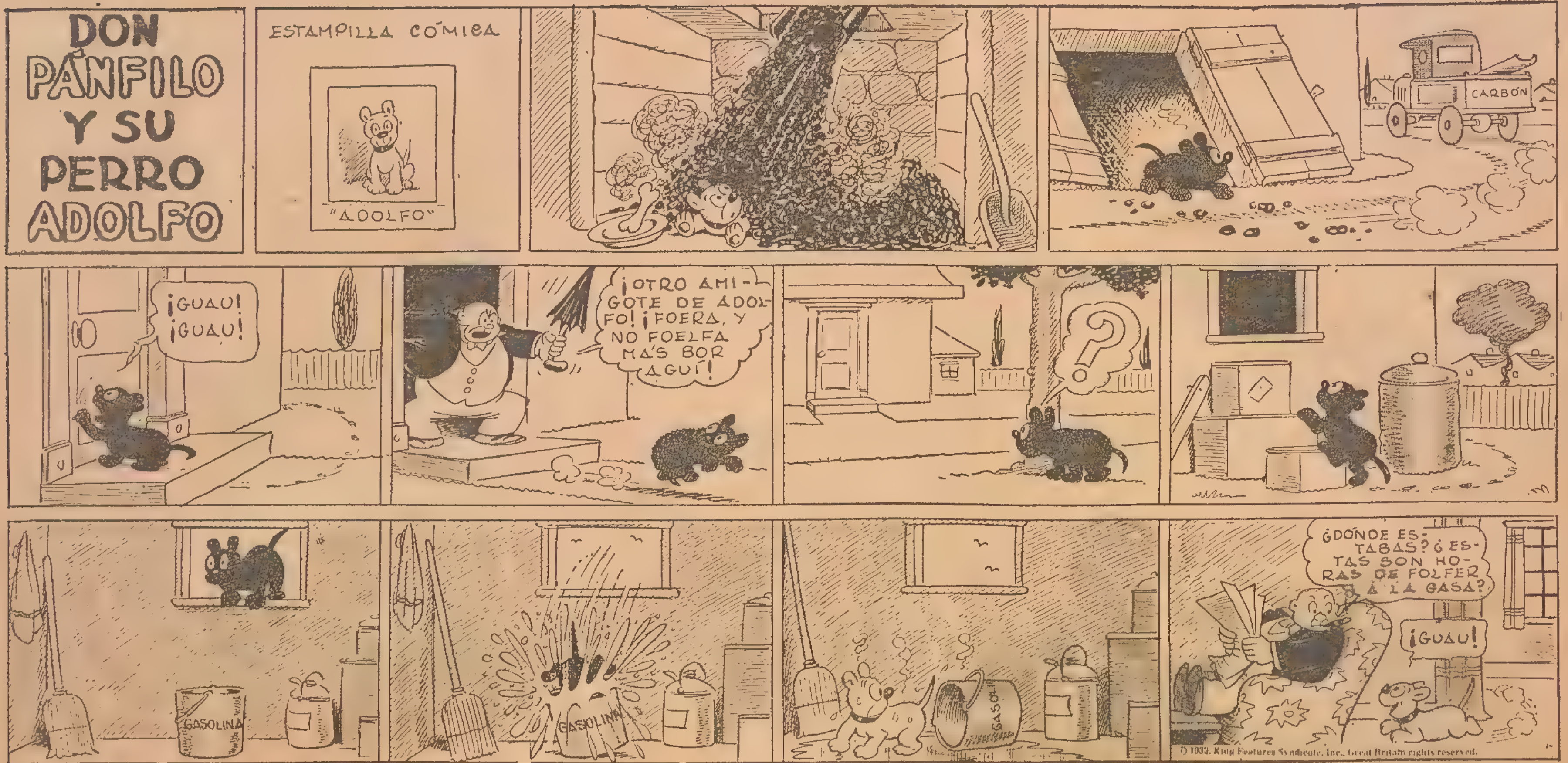
Araujo se acercó a las Salazar, y cambiando una mirada con Florencia, dijo:

—¡Voy a buscar noticias y vuelvo. Espérenme aquí.

Araujo, inquieto sin saber por qué, se dirigió a su camarote para tomar su revólver. Estaba buscándolo en el armario cuando lo tocaron en el hombro, y al volverse se halló frente a Paul, que le hizo señas de guardar silencio.

—Al lado ya está Silverton...—le dijo muy quedo.—Necesito esconderme en su ca-

En el próximo número: el noveno capítulo: Mr. SILVERTON DA SEÑALES DE VIDA, escrito por MERCEDES BUNGE GUERRICO DE LOPEZ e ilustrado por DANTE QUINTERNO.



marote hasta llegar a Buenos Aires. Como tardaremos seis días, yo le ruego que tenga paciencia... — Viendo que Araujo no respondía, pareciendo mal dispuesto, agregó: — Haga este sacrificio por Florencia y Alicia, que... yo lo hago por todos ustedes.

La situación era curiosa e incómoda, todos eran amigos, pero todos se desconfiaban y vigilaban, y es que el doble misterio comprometía a todos un poco.

La muerte de Silverton, si es que estaba muerto, ¿quién la habría realizado? ¿A quién podría interesar?

Esa es una ventana demasiado ancha, abierta al campo de la fantasía — exclamó Almanza. — Para mí, Silverton ha muerto de un síncope cardíaco, y se mantiene sin descomponerse debido a las inyecciones que le dan para alimentarlo.

— Creo lo mismo, mi amigo — le aseguró el general Gutiérrez Pintos. — El inglés tomaría más de la cuenta y... ¡zas!

— Bueno, eso será así; pero, ¿y el camarero Paul? ¿Por qué ha desaparecido? ¿Dónde está? — preguntó Yáñez Palma, que estaba desesperado por el fracaso de sus investigaciones.

— Ese francesito tenía cara de traviso — aseguró el general. — Para mí, que lo robaría al inglés, y de ahí que haya desaparecido.

— Esa hipótesis es buena — aceptó Yáñez Palma. — Pero, ¿por qué se va a ocultar, si el otro está muerto y no puede acusarlo? ¿Y dónde está?

— Paul temerá que lo tomen porque el inglés lo había acusado — reflexionó Almanza, — y estará más cómodo en uno de esos mil escondites que tienen estos pícaros para traer contrabandos...

— ¿Ve? Ahí tiene otra hipótesis — le apuntó el general a Yáñez Palma: — que lo de Silverton sea venganza de contrabandistas. Que el inglés fuera jefe, Paul segundo, y éste lo matara...

— ¿Sabe que tiene razón? — exclamó Yáñez Palma preocupado.

— Y mire — le indicó el general con un gesto: — aquél que va allá debe saber más de lo que parece...

— ¿Araujo?

Araujo se volvió a saludarlos como si hubiera escuchado que lo nombraban, y llegando frente a su camarote, le dijo al comandante, que se venía a su lado:

— Pase...

Entraron los dos y se hallaron con la señora de Salazar, que los aguardaba.

— Mañana por la mañana llegamos a Buenos Aires, y hay que poner algunas cosas en claro... — Abrió la puerta del tocador contiguo y ordenó: — Adelante.

Apareció Mauricio de Luiseye, el camarero Paul, saludó sencillamente, y dijo:

— Señora, permítame que explique al comandante, que es mi jefe y el más perjudicado por estos sucesos... Comandante, es usted un hombre de honor, y no necesito hacerle juramentos... El señor Silverton, que tiene un extraño poder de fascinación que a muchos parecerá sobrenatural, pero que es muy sencillo, venía ejerciendo su imperio sobre dos mujeres. La desgracia sería irremediable si caía una de estas mujeres, y para salvarla no había más medio que substraerla al influjo de ese miserable. ¿Cómo se podría hacer esto? Matándolo. Es muy fácil arrojar un hombre al mar. Yo no debí hacerlo. Enfermero de isanos, conozco muchos narcóticos poderosos que tranquilizan por muchas horas. Administré uno a Silverton y le repetí la dosis todos las noches... Los médicos se equivocaron... como se equivocan siempre... Comandante, mañana, a la tarde Silverton recobrará sus facultades. Ahora quiero una cosa de usted: que me perdone por el daño que pueda haberle hecho.

El comandante pareció meditar, y de pronto le tendió su diestra, diciéndole serenamente:

— Ha procedido usted bien; cuente con mi amistad.

— Gracias, comandante — dijo Paul emocionado, y volviéndose a Florencia: — Señora...

— Con permiso — pidió el comandante, saliendo para no escuchar.

— Señora — dijo Paul, conteniéndose, — no debo ni puedo explicarle más que lo dicho al comandante. ¿Merezco su aprobación?

Florencia reflexionó hondamente, y mirándole de frente, le dijo al fin, como sin fuerzas:

— Gracias...

Paul hizo una inclinación de cabeza, y murmuró tembloroso:

— Señora, sólo deseo que lea despacio esos versos, y crea en la sinceridad que encierran...

— ¿Qué tal se encuentra, señora?

— ¡Oh! ¡Magníficamente! Pero ¿cómo es que hemos llegado y recién me avisa?

— Señor Silverton, ¡usted tiene el sueño muy pesado! Lo llamé esta mañana a las ocho, a las diez y a la una...

— Pero, ¿qué hora es ya?

— Las tres de la tarde.

— ¡Diablos! ¿Y los pasajeros?

— ¡Oh! Volaron tempranito. A las diez ya no había ninguno a bordo.

— ¿Araujo, las Salazar?

— ¡Volaron! — afirmó el camarero.

Silverton se asomó a la puerta de su camarote y vió la gran urbe, esa Buenos Aires, enorme y desconocida, donde "ellas" habían desaparecido como dos agujas en un montón de paja...

(Continúa en el próximo número)

UN HOMBRE EXTRAÑO

(Continuación de la página 20)

recónditas fibras de su corazón, haciendo que la sangre se le helara. Volando llegó a su lado, y tomando su cabeza, que apoyó cuidadosamente en su regazo, púsole la mano sobre el corazón. Latía. ¡Respiraba!

— ¡Darío! — murmuró ella temblorosamente. — ¡Darío!

Al conjuro de su voz el hombre abrió los ojos y la miró agradecido.

— ¡Dora! — susurró retorciéndose de dolor. — Es el corazón... En mi botella... hay whisky.

Mujer práctica en primeros auxilios, Dora, que no ha mucho lo había despreciado por su olor a whisky, sostenía ahora la botella en sus labios. Con habilidad lo acostó hasta que volvió en sí y pudo sentarse y explicar el porqué de su repentino desmayo en el séndero cercano a la cabaña.

— Debí haber forzado mi corazón — dijo él — al levantar mi carpa esta mañana. ¡Pobre de mí! Nunca me deja en paz. — Después de mirar a Dora, que estaba sentada a su lado con los ojos húmedos y la cara pálida, iluminada por la luz solar, continuó, tranquilamente.

— Venía a despedirme de usted y a preguntarle al mismo tiempo algo antes de irme... por última vez, Dora. También quería decirle algo que oculté de usted. Yo no soy un disipador, como usted creía, ni tampoco un fracasado, pero...

Las pálidas mejillas de Dora se cubrieron de rubor. Bajó la vista y con una mano fría como la nieve le tapó la boca.

— Ya lo sé — le dijo con sencillez. — Ayer lo descubrí a usted... cuando pintaba.

Dicho esto, sus ojos se cubrieron de lágrimas otra vez y preguntó llena de humildad:

— ¿Me perdona usted?

— Amor mío — murmuró él acariciadoramente — ¿Y qué tengo que perdonarle?

En el otoño siguiente, dos acontecimientos semejantes llenaron de alegría y felicidad el corazón de Dora y de Darío. Al mismo tiempo que él obtenía un gran éxito con su cuadro, que se exhibió durante muchos días en la academia y frente al cual desfilaron millares de personas, el nombre de ella volaba en alas de la fama a raíz de la publicación de su nuevo libro...

Mientras el cuadro representaba una preciosa mujer de cabello cobrizo, la novela describía un idilio amoroso al pie de la gran montaña.

Unidos para siempre, por lazos de amor y de espiritualidad, Dora y Darío, unieron también sus entusiasmos y su gloria. Sanos, jóvenes y llenos de ilusiones, el porvenir — brillante como un nuevo sol — se les ofrecía tentador y generoso.

FIN

EMPRESTITO PATRIOTICO

Sea Vd. lo que sea,

haga Vd. lo que haga,

piense Vd. lo que piense,



NO PUEDE VD. QUEDAR AUSENTE!

• No hay edad, ni sexo, ni clases, ni partidos cuando se oye el llamado de la Patria.

• Ud. se debe al país en este momento y si Vd. no responde a ese llamado, la voz de su conciencia y el rubor de sus hijos se lo recordarán en el futuro.

• En la medida que pueda y como pueda, compre títulos del Empréstito Patriótico. Si ya lo hizo, vea si no le es posible un esfuerzo mayor.

• Su recompensa no será sólo la de haber cumplido como buen ciudadano: su ahorro recibirá el 6.67 % de interés anual, garantizado por la República.

6.67 %

Buena renta, la garantía del Estado y la satisfacción de haber sido útil al país.

• La suscripción popular terminará el 31 del corriente: no espere el último día y preséntese hoy mismo a un banco, - o al correo donde no haya banco, - para comprar sus títulos.

EMPRESTITO PATRIOTICO

1 9 3 2

Informes y venta de títulos en cualquier Banco o sucursal de Correos. - COMISION NACIONAL HONORARIA DE PROPAGANDA

ESPACIO CEDIDO POR "MUNDO ARGENTINO"

Algunos encantadores *modelos* infantiles



1. — Vestidito de viyella moteada con nido de abejas en la cintura. Adornado con un cuello y puños de piqué blanco, festoneados con seda negra.

2. — Muy encantador este vestido de crêpe de Chine, adornado con un cuello de piqué blanco y cerrado en el escote con dos botones fantasía blancos.

3. — Vestido de crêpe rosa con una sola tabla que termina cerrada en el escote con tres botones fantasía. El cuello redondo de crêpe blanco.

4. — Delicioso vestido de viyella jaspeada blue con un bonito adorno de viyella roja en el cuello y en los puños.

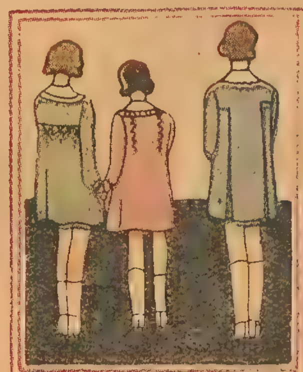


5. — Muy bonito este vestido de crêpe de Chine verde con nido de abejas en la cintura. El cuello y los puños de crêpe de Chine blanco tienen un borde plegado.

6. — Delicioso vestido de lana liviana roja con nido de abejas en los hombros. El cuello y los puños de crêpe de Chine blanco.

7. — Vestido de lana madiana blue con cuello y puños de crêpe de Chine blanco, adornados con un borde del mismo género cortado en dientes.





EL CENTRO GALLEGO *de* BUENOS AIRES *en sus* BODAS *de* PLATA



La actual Junta Directiva del Centro Gallego de Buenos Aires, la asociación cultural y mutualista que acaba de celebrar el 25 aniversario de su fundación.



Proyecto del futuro edificio que ocupará el Centro Gallego de Buenos Aires, y cuya piedra fundamental fué colocada solemnemente el día 25.



Doctor Avelino Barrio, director del cuerpo médico.



Señor José Neira Vidal, secretario de la institución.

Solemnemente, y coincidiendo con la tradicional conmemoración del Día de Galicia, el Centro Gallego de Buenos Aires, institución mutualista que congrega a más de treinta mil asociados de la región residentes en la Argentina, celebró el 25º aniversario de su fundación con un programa de festejos que revelan el grado de su prosperidad actual. En efecto, de la representación oficial de la colectividad, fué colocada la piedra fundamental de dos magníficas construcciones que proclaman el extraordinario progreso desarrollado por la institución en este primer período de su vida. Uno de ellos es el edificio cuyo proyecto reproducimos.



Don José Villamarín, actual presidente del Centro de Buenos Aires.

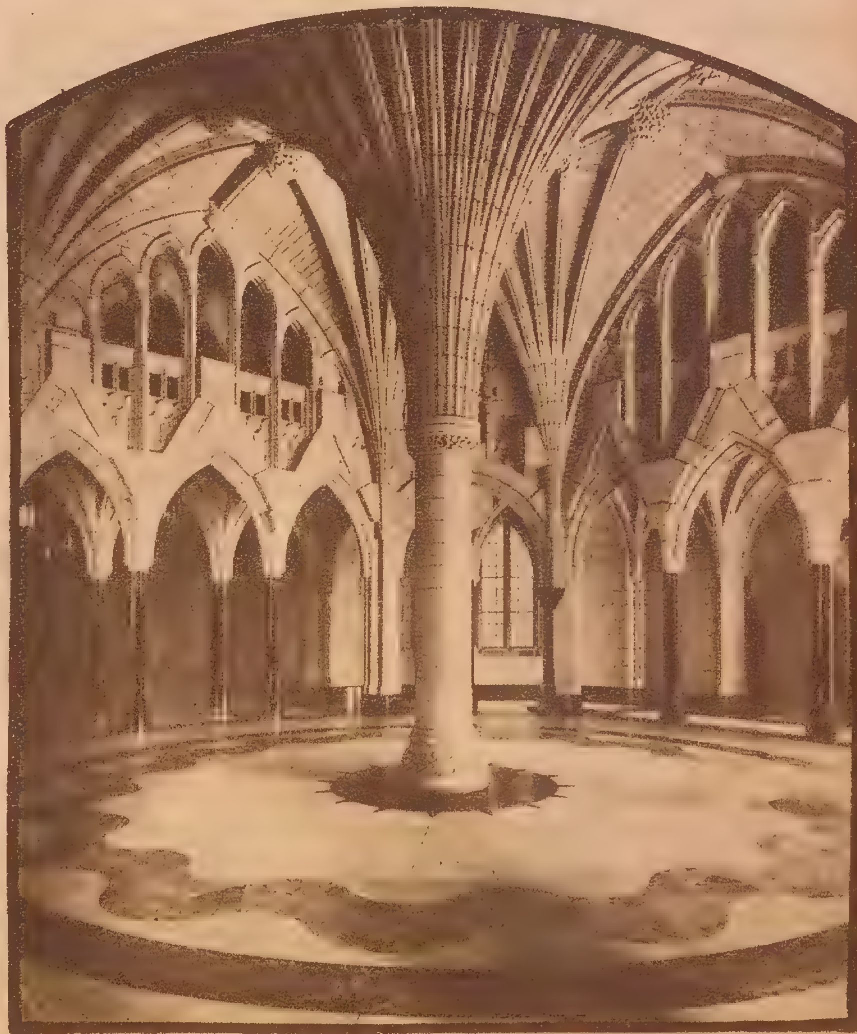
AQUI se REUNE la CONFERENCIA de OTTAWA



Vista a vuelo de pájaro de Ottawa, la capital del Canadá, donde sesiona la conferencia que tanta relación tiene con la producción argentina, pues con ella se busca una comercialización más perfecta de los productos similares a los nuestros provenientes de los dominios británicos.



La Cámara canadiense en sesión. En el mismo recinto se realizan las reuniones de la conferencia que habrá de decidir la política económica del Imperio Británico.



Interior de la entrada principal del Palacio del Parlamento Canadiense, todo en mármol y piedra pulimentada, con sus columnas de clásicos capiteles. El palacio está edificado sobre una colina. Al frente tiene una gran plaza y por fondo el río Ottawa.

Arduas cuestiones, de las cuales se ha ocupado extensamente MUNDO ARGENTINO, se debaten en estos momentos en Ottawa, la coqueta capital canadiense, en la cual se halla reunida la Conferencia Imperial de los Dominios británicos, que tiene por objetivo determinar la implantación o el rechazo de una política aduanera de absoluta exclusión de la producción extranjera de los mercados del Imperio. Tal es el programa de los Dominios y el mandato que llevan sus representantes a la Conferencia.

¿Triunfará el exclusivismo cerrado que se pretende imponer? Dentro de poco lo sabremos, aunque todo induce a creer que las deliberaciones no serán fáciles ni su resultado terminante.

Ottawa es una de las ciudades más bellas del mundo. Moderna, limpia, de calles rectas y de una limpieza arquitectural difícil de igualar, se alza a orillas del río de su nombre. Entre sus edificios notables se destaca el que aparece en estas fotografías.



Frente del Palacio del Parlamento, del más puro y sobrio estilo gótico, considerado uno de los más hermosos edificios del mundo. Destruido por un incendio fué reedificado hace algunos años, dándosele la amplitud y dotándolo de las comodidades que impone nuestra época. Desde su torre se domina un maravilloso panorama de lagos, ríos y montañas.

LLEGO al PAIS el DOCTOR ALVEAR



Ante un micrófono colocado sobre un camión en el puerto, el doctor Alvear habló a los partidarios que fueron a saludarlo con motivo de su regreso al país, del que se había alejado a raíz de una resolución del gobierno de "facto" que presidió el general Uriburu.



En medio de aclamaciones y aplausos, el doctor Alvear descendió del "Cap Arcona" para caer en brazos de sus amigos. Helo aquí, custodiado por los marineros de la prefectura, en el momento de llegar al desembarcadero.



Por su parte, la señora Regina Pacini de Alvear, esposa del ex presidente, fué objeto de cariñosas demostraciones que le tributaron sus amistades personales, que fueron a saludarla al puerto.

Sigue en pie el viejo problema: ¿RACING o SAN LORENZO?



El halfback Massey, de San Lorenzo, alejando la pelota en circunstancias que los delanteros de Racing habían, en una incursión, trasladado el juego hasta las inmediaciones de la valla defendida por Lema. En este avance actuaron Devinzenci, que está casi sobre Lema, el back Pacheco, imposibilitado de actuar, por hallarse caído, más atrás Closas, Del Giudice, Bellomo y Fassora en último término.



Un salto espectacular en lucha por apoderarse de la pelota. Cantelli, Stagnaro y García de espalda forman el pelotón, que brega por alejar la pelota. Mientras que a la expectativa se hallan el forward Devinzenci y el centro half Closas.



Para contener la acción avasalladora de García, el arquero Bottaso abandona su puesto y agachándose logra entrar en poder de la pelota en el mismo instante que García la iba a shotear, anulando así su intención. Este también es molestado por el half contrario Pompey.





Una de las intervenciones de Bottaso, en la cual abandona su arco para ir en busca de la pelota, y logra alejarla de un manotón mientras es obstaculizado por García, quien de un salto pretendió con la cabeza introducir la pelota en el arco. Estaban a la expectativa en esta ocasión los jugadores Villalba, Closas, Stagnaro y Perinetti en último término.



Un fuerte shot alto de Cantelli requiere la intervención del goalkeeper de Racing, y a fin de que el mismo pueda actuar sin ser molestado, Scarcella contiene a los forwards rivales Villalba y García, quienes en el deseo de conquistar un tanto marchan decididos a evitar la libre acción de Bottaso.



Disputándose la pelota en el medio de la cancha. El centro forward de San Lorenzo en el instante que pretende organizar una incursión, es obstaculizado por Della Torre y entre ellos se origina una interesante lucha.



También Lema debió trabajar mucho, y en verdad que lo hizo con gran satisfacción de sus admiradores, pues salvó a su valla de muchos momentos de peligro, y así contribuyó a que, otra vez, el match contra Racing finalizara empatado. Lo vemos aquí saltando en procura de la pelota enviada al arco por Del Giudice.



Sin mayor dificultad Lema, que, como dijimos, se lució, al entrar en poder de la pelota amparado por su compañero Bellomo da unos pasos con ella y mediante un fuerte shot la envía al medio del field.



Otra incidencia en el medio de la cancha. En ella intervienen los delanteros sanlorencistas García y Arrieta y el fullback Della Torre, quien alejó la pelota de un cabezazo. A la espera de su acción se encuentran Gil y Pompey.



Frente a un serio y peligroso avance de los delanteros racinguistas, Lema y Pacheco saltan a la vez para alejar el peligro. Ambos compañeros, en salto espectacular, cortan el avance, por cuanto Lema logró apoderarse de la pelota.

ACTIVIDADES ARGENTINAS



FINA BUSTAMANTE

Esta intérprete de la canción criolla, que en corto tiempo alcanzó entre nosotros una envidiable notoriedad, emprenderá una jira por el Brasil, donde a no dudar conquistará nuevos laureles para su arte.



ELECTRA O. CORDOBÉS

En el salón "La Argentina" ofreció un concierto de guitarra que señaló para la joven ejecutante un brillante éxito.



EXPOSICION DEL PINTOR HARRY SOLON

Bajo el rubro "Retratos de Damas Argentinas", el prestigioso pintor norteamericano Harry Solon ha reunido en la galería Müller un conjunto de telas que acreditan su prestigio de artista.



EXPOSICION. DE FRUTAS CITRICAS DE ENTRE RIOS

Concurrentes a la exposición de frutas cítricas, organizada bajo los auspicios de la Asociación Entrerriana General Urquiza, que ha permitido reunir cien variedades de naranjas, limones y pomas.

NUESTROS MUCHACHOS EN LAS OLIMPIADAS



NUESTROS MUCHACHOS EN LAS OLIMPIADAS

Los muchachos argentinos que se entrenan en la Villa Olímpica de Los Angeles, aparecen reunidos en el momento de tomar posesión del lugar que les ha sido destinado, enarbolando el pabellón nacional.



El cordero al asador ha de ser en tierra extraña como una prolongación de la patria misma; nuestros atletas olímpicos y algunos amigos, han podido saborear un cordero "ensillado" del "far-west", tratado a la usanza criolla.



He aquí reunidos en torno de la mesa común a los jóvenes que deberán defender los colores argentinos en las próximas Olimpiadas de Los Angeles. La muchachada está sometida a un régimen de comida que es una prolongación del que han seguido en su patria, para evitar así los trastornos que se producen a causa de los cambios.



Héctor Berra, el atleta completo, aparece en la presente fotografía confraternizando con el "canillita" José Ribas, que se propone asombrar a los corredores de todo el mundo.



Sardella y Azar, a bordo del barco que los condujo a los Estados Unidos, resolvieron retratarse en actitud de boxeadores, pero sin perder de vista al objetivo, como hacen todos los campeones cuando les llega el turno de posar. Van llenos de optimismo.

Fotos de la International News, recibidas por avión.

Los ESTUDIANTES BRASILEÑOS en LA PLATA



Grupo de estudiantes brasileños en el teatro Argentino de La Plata, acompañados por el presidente del Concejo Deliberante, en la fiesta que tuvo lugar en dicho teatro.



Señoritas de Elicabe, Da Silva, Cisneros y Ouer, que participaron de la fiesta ofrecida en honor de los visitantes.



El doctor Ricardo Levene, presidente de la Universidad, saludando a los estudiantes brasileños que fueron a visitar a sus colegas argentinos.



Aspecto que presentaba el gran salón de recepciones de la municipalidad, que también los agasajó, durante la fiesta ofrecida a los brasileños.

EL TEAM NORTEAMERICANO DE POLO QUE PRONTO NOS VISITARA



El presidente de la delegación, veterano jugador Charleton F. Burke. Hombre de mucha experiencia y reconocido como gran conductor de equipos por sus vastos conocimientos del juego.



Elmer J. Boeseke, juega de número dos. Su handicap es de ocho goals. Jugador internacional, pues actuó en París en 1924, su prestigio y fama son grandes en los círculos del polo mundial. Pertenece al Midwick County Club de Los Angeles, que ganó el Campeonato Abierto del Pacífico en 1930.

El Campeonato Abierto Argentino contará este año con un gran aliciente. La participación en el mismo de un conjunto de jugadores prestigiosos y de alto handicap de los Estados Unidos, pondrá en su desarrollo la nota más emocionante del concurso. Volverán a repetirse las escenas del de 1930, cuando en la final inolvidable el cuarteto de Santa Paula se impuso por la mínima diferencia al de militares norteamericanos. El team que este año actuará tendrá valores destacados. Hombres de prestigio mundial como Guest y Boesek con ocho goals de handicap y Rathborne e Iglehart con siete, demuestran que los visitantes conocen la calidad y pujanza de los equipos argentinos con quienes tienen que medirse, y por lo mismo han formado un conjunto de jugadores excelentes, ya que son los mejores y más prestigiosos de su país.

Y si consideramos que los teams de Santa Paula y Los Pingüinos estarán ambos integrados con un jugador norteamericano, es fácil comprender que este año el certamen adquirirá contornos por demás interesantes.



También Wiston F. C. Guest, que juega de back, tiene ocho goals de handicap. Jugador internacional, pues actuó contra nuestro equipo en 1928 y contra el de Inglaterra en 1930. Hombre de grandes recursos, serenidad y decisión.



Stewart B. Iglehart, perteneció al famoso team de Old Aiken. Tiene siete de handicap y su puesto es de número tres, habiendo actuado en él por espacio de varios años. Su juventud y su vitalidad le han colocado en un plano destacado dentro del polo.



James P. Mills. Se desempeña de número dos y su handicap es de seis. Integrará el cuarteto de Santa Paula.



Michael G. Phipps, juega de número uno. Su handicap son seis goals y ha probado en muchos partidos poseer gran coraje. Es uno de los jugadores norteamericanos de mayor porvenir en este deporte.

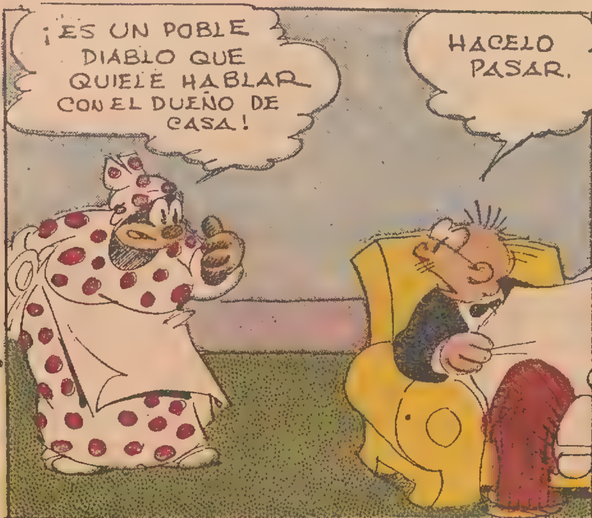


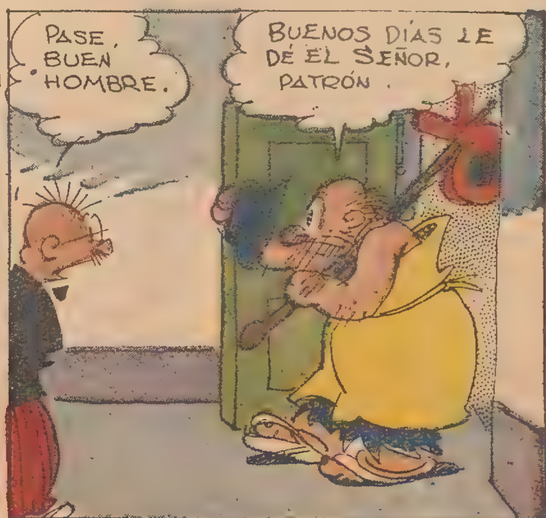
Joseph C. Rathborne. Este año jugó en la India. Tiene siete de handicap y está considerado como uno de los backs más eficientes.

Don Fermín por DANTE QUINTERNO





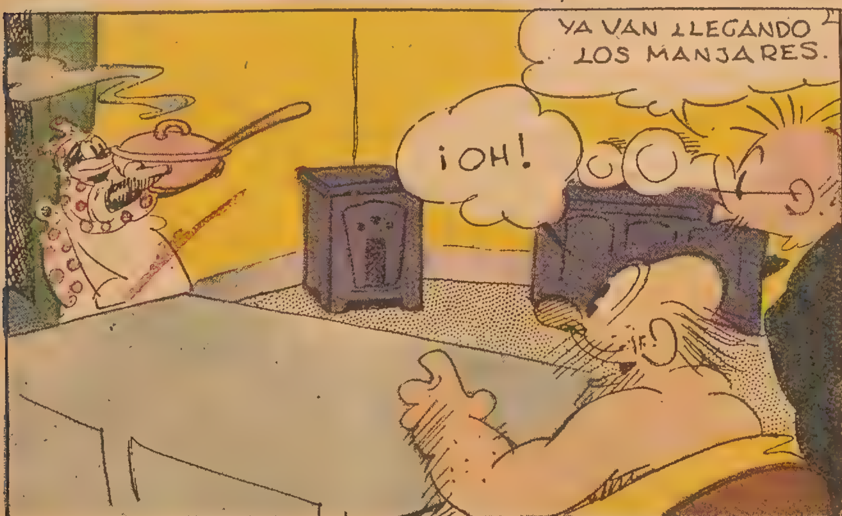


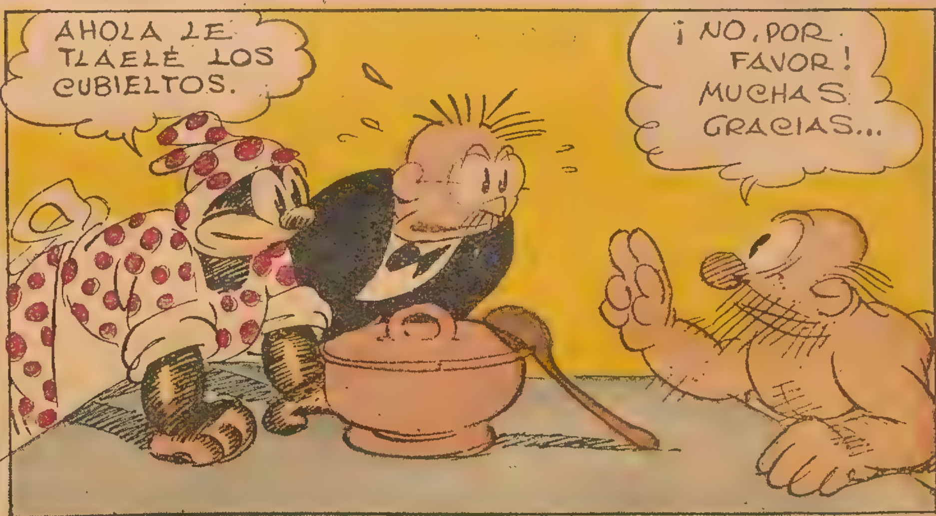


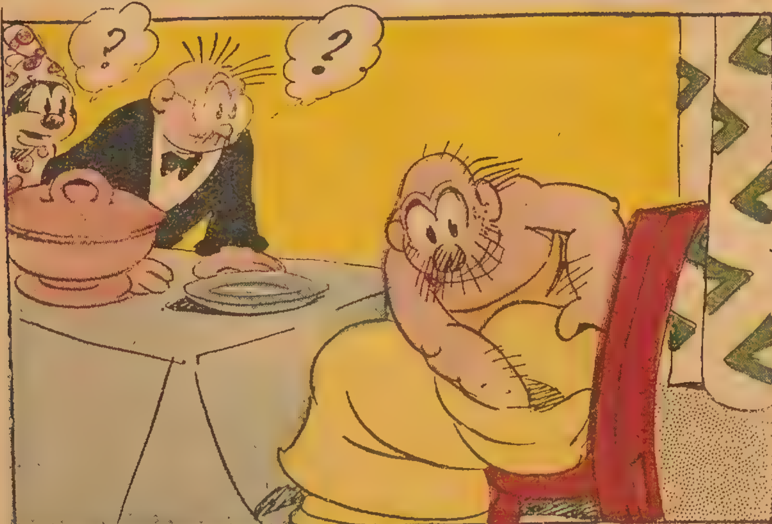














El CHINO MISTERIOSO

Novela policial de J. S. FLETCHER

RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS ANTERIORES:

Jaime Granage, un joven indigente, es comisionado por un desconocido para llevar un mensaje misterioso a un comerciante llamado Holliment, quien, a su vez, le propone que le substituya en el negocio durante su ausencia. Mientras ésta dura, a Jaime le es dado observar la presencia de un chino en la calle, pegado a una de las vidrieras del local. Este personaje le inspira tanto miedo que se dispone a cerrar el negocio y marcharse. En este punto aparece Holliment, quien, sabedor del peligro que entraña la presencia del chino, le propone al joven la fuga, valiéndose de una escalerilla misteriosa adosada a una de las paredes, lo que hacen en el momento en que los enemigos del comerciante invaden el negocio después de violentar la puerta. Recorren ambos varias habitaciones, en una de las cuales cenan. Luego Holliment propone a Jaime llevarlo en su automóvil a Londres y le da de beber algo que debe ser un narcótico, pues el joven, que pierde el conocimiento, al despertarse se encuentra tirado en el campo y ve a su lado una hermosa mujer, que es cuidadora de caballos de carrera, y se llama María Manson, quien lo socorre y lo lleva a su casa, a tiempo que traen la nueva de haber aparecido un auto completamente destrozado en el fondo de un despeñadero próximo, suponiéndose que es el de Holliment. La joven, encantada de Jaime, le consigue el cargo de secretario de lady Renardsmere, la dueña de los caballos que cuida. Transcurren unos días sin novedad, al cabo de los cuales Jaime es interrogado por dos detectives y un miembro de la legación china sobre su actuación en el negocio de Holliment, y al día siguiente recibe la visita de un extraño joven judío llamado Neamore, quien, en una conferencia secreta con su ama, le saca a ésta un cheque por diez mil libras. Comisionado después por lady Renardsmere, lleva Jaime una carta y un paquetito al abogado de la dama, y ya cumplida su comisión, va a cenar a un restaurant concurrido y en él sorprende en otra mesa a Neamore y Holliment. Regresa a su casa, y al otro día un detective viene a buscarlo, informándole de la muerte del comerciante.



—A juzgar por los datos que obtuve en Portsmouth, el individuo es Holliment.

CAPITULO VIII

EL PRIMER CRIMEN

TANTO me sorprendió la brusca e impresionante noticia que durante varios segundos no pude articular una palabra. El portero y el detective me miraron asombrados,

—¡Muerto... Holliment!... ¡Asesinado...! —alcancé al fin a decir. —¡Imposible!... ¡Si ayer por la noche lo vi!...

—Nada es imposible, señor Granage —habló el detective Spiller fríamente.—Desde ayer por la noche hasta hoy por la mañana hay tiempo de matar a muchos hombres. Pero mire...

Sacó un telegrama y me lo extendió para que lo leyera. Confieso que al hacerlo me temblaban las manos y mi imaginación corría velozmente. Veía a Holliment lenta pero seguramente sitiado por sus enemigos.

—Ese papel me lo envió Jifferdene, aquel individuo que estuvo conmigo y con el caballero chino el otro día. ¡Léalo!

Yo leí: "Hombre que casi seguro es Holliment encontrado asesinado esta mañana. Temprano en West End. Busque Granage y tráigalo en seguida."

—Sí—dije luego de una breve pausa, —pero aquí sólo dice que es "casi seguro", de manera que... No; de todos modos debo ir con usted..., pero, ¿por qué? ¡Hay muchas personas en Portsmouth que podrían identificar a Holliment tan bien como yo!....

—Pero no hay nadie allí que sepa lo que usted sabe, señor Granage, con respecto a aquel famoso día —replicó el detective.—¡Vamos! ¡Tenemos que ponernos en marcha!

—Está bien —asentí, —aguárdeme en la terraza. Pero ¿qué excusa le daré a lady Renardsmere? No quiero que sepa que me hallo mezclado en un crimen.

Spiller comprendió mi situación.

—Dígale que cualquier pariente suyo ha sufrido un accidente en Londres y que su presencia allí es indispensable —dijo.—Y pídale licencia por varios días, pues creo que no le será posible regresar antes. Tal vez con eso logre convencerla. Nadie de los que aquí viven me conoce, y, además, si usted quiere, más adelante podrá explicarle la verdad si es necesario.

Fuí al jardín y allí encontré a lady Renardsmere. Con gran satisfacción mía me concedió la licencia sin pedirme explicaciones y ofreciéndome, además, los servicios de su chauffeur. Le expliqué que la persona que había venido a buscarme tenía automóvil, y pocos minutos después nos pusimos en marcha.

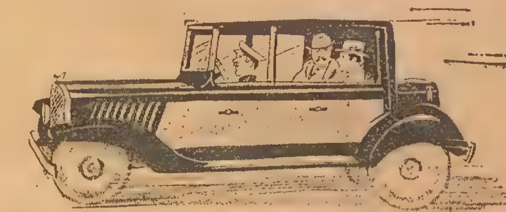
—¡Bonito asunto éste! —exclamó el detective en cuanto nos hubimos alejado un poco.—¡Por Dios que no lo entiendo! ¿Y usted?

—Yo —exclamé —entiendo menos aún. Pero supuse que usted y aquel otro tipo... ¿Cómo se llama?... Jifferdene podría saber algo.

—Sí, sí —exclamó con una sonrisa forzada. —Por desgracia estamos aún en ayunas. El que debe saber algo, sin embargo, es aquel caballero chino que vino con nosotros a verlo a usted. ¡Pero estos orientales!... ¡Es más fácil quitarle un hueso de la boca a un perro que hacer que ellos hablen!

—¿Y cómo fué que trabó relaciones con él? —inquirí. —No pocas veces me lo he estado preguntando.

—Le diré —contestó. —El fué a visitar a Jifferdene en la Sección investigaciones, pocos días antes de que nosotros lo viéramos



Le dió orden al chauffeur de que nos llegara al hotel Langhan.

a usted en las Lomas. Pidió, según parece, informes sobre cierto chino que residía en Portsmouth, y que en la legación china tenían interés en apresar. Se me pidió que hiciera averiguaciones. Por simple coincidencia, veinticuatro horas después descubrí que un chino de bastante buen aspecto había sido visto una o dos veces en compañía de Holliment. Fuimos al negocio y encontramos que habían sucedido allí cosas muy raras y que Holliment había desaparecido. Extendí mis investigaciones, y aquel mozo del "Almirante Hawke" nos habló acerca de un desconocido que había visto en aquel negocio. Dos o tres días después nos visitó para decirnos que había logrado descubrir el paradero del desconocido, que era usted. Vinimos, lo visitamos y usted nos habló del chino que espió por la ventana a Holliment y que luego entró con los demás. Eso es todo.

—¿Todo lo que sabe? —pregunté.

—Todo —me replicó. —Por lo menos hasta ahora. El señor Shen y Jifferdene es posible que sepan algo más.

—De manera —repuse —que con todo esto llegamos a la conclusión de que a quien ustedes perseguían no era a Holliment, sino al chino.

—Exactamente—contestó, —¡al chino! Y, además, la legación china también lo busca... y deben de necesitarlo, porque han puesto en



El señor Cheng nos recibió en su despacho a Jifferdene y a mí.

(Continúa en la página 42)

¿Qué es la TELEVISION?



He aquí un receptor moderno de televisión, invento que podemos calificar como reciente y que progresa y se perfecciona día a día.

LAS fotografías de la televisión, tal cual las vemos en el televisor, no existen en realidad. Es decir, que allí no hay una imagen que podamos ver. Lo que observamos no es más que un truco, una ilusión más de las muchas que la ciencia nos proporciona.

Si con una máquina fotográfica quitáramos una instantánea de la tela en el momento en que el televisor funciona, lo único que obtendríamos sería el registro de un punto de luz no mayor que la cabeza de un alfiler. Sí; eso sería todo. No habría una foto de la imagen tal cual nuestros ojos la ven, porque, tal como lo explicamos anteriormente, la fotografía no existe. ¡Sería imposible fotografiarla!

Esto sucede porque la fotografía televisora está realmente compuesta por una serie de haces paralelos de luz que en los modernos receptores utilizan el rayo cátodo número 120. Los viejos tipos de televisores tienen un límite de sesenta líneas, lo que hace que presenten una fotografía menos detallada. Cada una de estas líneas paralelas consiste más o menos de setenta manchas claras. Por consiguiente, una imagen televisora completa con rayo cátodo consiste aproximadamente de 8.400 de esas manchas claras. Cada vigésima parte de segundo el televisor alínea esas unidades en número de 8.400 sobre las ciento veinte líneas, con lo que logra dar la ilusión de una fotografía.

La serie de artículos sobre televisión que viene publicando MUNDO ARGENTINO permitirá a los lectores interiorizarse con el más moderno de los sistemas de difusión, que no tardará en difundirse, tanto como la radiotelefonía. Están escritos por técnicos en la materia, en forma asequible para todos los lectores.

Por supuesto, la inercia del ojo, el "fenómeno visual", como le llaman los oculistas, proporciona gran ayuda a esa ilusión. El ojo no puede en manera alguna seguir el vestiginoso viaje de las líneas que quedan trazadas, pero, en cambio, puede ver el espacio brillante que dejan, y que parece una fotografía. El efecto es muy similar al que se obtiene sacudiendo de izquierda a derecha y viceversa una antorcha encendida. Al pasar velozmente formará una línea de fuego que será vista claramente por nuestros ojos, a pesar de que la antorcha no está allí.

Una fotografía completa es obtenida en la vigésima parte de un segundo. Luego otra, otra y así en rápida sucesión, lo que le proporciona una continuidad de acción semejante a la existente en una película cinematográfica. Y el ojo en realidad ve algo que no está allí.

EL MOTIVO IDEAL PARA LA TELEVISION

¿Cuál es el sujeto ideal para ser televisado? ¿Será una rubia platinada como Jean Harlow, o un tipo de moreno como Clark Gable? ¿Un prestidigitador haciendo pruebas con los naipes o una instantánea en un match de box?

Aunque parezca curioso, ninguno de estos motivos es el ideal.

El tópico más fácil de ser televisado es el humo de un cigarrillo. La prueba la tenemos en que difícilmente se hace en cualquier parte del mundo una sesión de experimentos televisores sin incluir en ella el humo del cigarrillo. Tal tópico fué accidentalmente descubierto por ingenieros haciendo pruebas con los aparatos. Era costumbre en los grandes laboratorios tener, cuando se efectuaban experimentos con aparatos nuevos, utilizar como "personal artístico" a diversos individuos a quiene se les pagaba un tanto por su trabajo. La misión de ellos consistía en moverse, sonreír, hacer gestos, encender cigarrillos, etc., etc. Fué durante una de estas sesiones que se descubrió que el humo blanco de un cigarrillo televisaba magníficamente bien. Más adelante, una vez que se hubo comprobado su efectividad, se hicieron diversos experimentos ante los periodistas y peritos en la materia, quienes pudieron comprobar personalmente el efecto logrado por el humo en su transmisión fotográfica.

El humo, especialmente el blanco, televisa tan bien porque su forma y tamaño son indefinidos. Colocada sobre un fondo obscuro la nube de humo se eleva enroscándose y formando una masa que parece densa ante el ojo televisor. Como tal es, por consiguiente, reflejada en la pantalla. Precisamente el hecho de que el actual sistema de televisión no permite analizar con prolijidad los detalles, la vaguedad del humo hace que la imagen aparezca ante los ojos del espectador más real aún. Esa es la única razón por la cual el humo de un cigarrillo es actualmente el mejor motivo de televisión. Sin embargo, como ello ha sin duda de progresar enormemente, es muy posible que este tópico ceda pronto paso a los cabellos dorados de alguna actriz de cine o a la sonrisa de algún galán. Si tal cosa sucede, podremos, en verdad, decir que somos dueños de algo realmente maravilloso. El teléfono ha realizado el prodigio de que una voz producida en Nueva York, por ejemplo, sea claramente escuchada aquí. Con la televisión ocurre lo mismo, con la diferencia de que mientras con el teléfono se ha conquistado el sonido, con ella se conquista la imagen.

Elegantes ACCE

4. — Traje para la tarde de corte muy elegante y sencillo. La blusa tiene algunos cortes y una sencilla corbata que le confiere mucha gracia. La pollera está formada por una túnica que en la parte superior se cruza.

5. — Este traje en tela de lana a rayas y adornado con grandes botones, debe llevarse con un tapado largo en color obscuro. Las mangas de éste son ranglan, muy anchas arriba y adornadas con nervaduras; lo cierra con una pequeña corbata de piel.

1 2 3 4 5

Chaleco de corte clásico, muy ajustado al cuerpo. Es cruzado y va sujeto con dos grandes botones. Echarpe de seda blanca con un bordado figurando monograma. Zapato para paseo en antílope marrón.

1. — Sombrero de forma muy moderna y muy sentador, ejecutado en castor en los colores beige y amarillo. El ala cae sobre el lado derecho formando un pliegue a la altura de la copa, sobre el lado izquierdo y hacia atrás está doblada. La copa está adornada con cintas que se reúnen en la parte superior, en un moño.

2. — Castor muy suple y cinta de terciopelo se han empleado para la confección de este modelo, muy apropiado para un sencillo traje de tarde.

3. — Sencillo traje de saco confeccionado en lainage, en un nuevo tono de rosado. Se lleva con una blusa rayada en azul y blanco.

SORIOS *para* LLEVAR *con los* MODELOS *de esta* PAGINA

6. — Precioso tapado de lana verde, adornado con tela igual, en color negro. La cintura es algo ancha y está formada por una trenza de la misma tela. El cuello termina en una solapa negra que se prolonga casi hasta el ruedo, en un efecto originalísimo y muy nuevo.

7. — Trajecito muy chic, confeccionado en lana rayada, en colores blanco y ladrillo. La chaqueta, ligeramente entallada, con un faldón ajustado. Lo completa un gracioso cuello en color blanco y marrón. Los accesorios marrones.

8. — Tapado en crepella azul rey, con solapa cruzada en el hombro, sobre una écharpe de mousli-moussa escocés amarillo y azul. En la parte anterior, lleva un adorno de tres picos negros, el cinturón en el mismo color.

9. — Vestido de tarde realizado en un tejido nuevo llamado perolya, de corte elegante y muy sentador. Está formado por un vestido enterizo, que lleva en el cuerpo adornos de tela marrón. En la pollera incrustaciones de la misma tela que el vestido. Lo completa un bolero de lana marrón.



EL CHINO MISTERIOSO
(Continuación de la página 33)

movimiento nada menos a Scotland Yard. Pero de lo que no estoy enterado es de por qué quieren atraparlo, quién es él y la clase de relaciones que Holliment puede haber tenido con él.

—Spiller — exclamé. — Le apuesto lo que quiera a que si ese muerto es Holliment, su asesino es el chino ése...

—No me cabe la menor duda al respecto — contestó él, mientras lanzaba una carcajada. — ¡Puede usted apostar un millón contra uno y ganará! Pero... ¿Por qué lo habrá muerto?

—No lo sé — contesté yo. — Todo cuanto puedo decirle es que jamás en mi vida he visto a un hombre con la cara de espanto que él tenía cuando le hablé del amarillento rostro y de los oblicuos ojos del chino. Se advertía en él el terror a la muerte..., sí..., a la muerte.

—Y al fin resultó la víctima — dijo Spiller. — Estoy seguro de que usted reconocerá en él a Holliment. Y también espero que cuando lleguemos Jifferdene tenga algunas noticias que comunicarme.

Jifferdene nos aguardaba cuando llegamos a Scotland Yard. Nos condujo a un pequeño salón cuya puerta cerró con llave. Durante nuestra conversación me cuidé bien de no mencionar a Neamore en relación con Holliment, ya que si así lo hacía me vería también en la necesidad de mencionar a lady Renardsmere, cosa que quería evitar a todo trance. Por otra parte, Neamore podía no tener nada que ver en este asunto y en cambio ser sus relaciones con el muerto puramente casuales.

—A juzgar por los datos que de él obtuve en Portsmouth — comenzó Jifferdene — no me cabe la menor duda de que ese individuo es Holliment.

—El señor Granage dice que lo vió la noche pasada — observó Spiller, mirándome.

—¡Ah! ¿Sí? — dijo Jifferdene. — ¿Y dónde?

—En el trocadero. Cenando — aseguré. — Más o menos a las siete de la noche.

—¿Habló con él?

—No, no quise hacerlo. Después de mis recientes aventuras con él no quise volver a verlo. El no me vió cuando me marché.

—Bien — dijo Jifferdene. — De todos modos necesito que lo identifique, señor Granage. Sí, ya sé que hay muchas personas que podrían hacerlo en lugar suyo, pero existen muy poderosas razones para que yo requiera a todo trance su ayuda. Es usted la única persona que vió a aquel chino, quien, en mi opinión, es el criminal.

—¿Y dónde ocurrió el hecho?

—En el camino de Paddingtow, al lado de la pared que bordea el canal y a pocos metros del puente que da a la avenida Warwick con la calle Harrow. A las tres de esta madrugada lo encontró un policía. De acuerdo a lo dicho por el médico que lo examinó, el deceso se produjo media hora antes de ser encontrado. ¡Apuñaleado! ¡Y por cierto que quien lo mató sabía manejar el cuchillo! ¿Por qué? ¡Ese es el dilema! Todos sus bolsillos habían sido registrados y algunos de sus efectos, un reloj, dinero, y otras cosas fueron halladas más lejos, en el suelo. Es evidente que el criminal buscaba "algo", pues hasta los bolsillos del chaleco estaban dados vueltas. Lo que necesitaríamos saber es si lo encontró o no...

—¿Hay huellas? — inquirió Spiller.

—Ni una — contestó Jifferdene. — Aunque la policía continúa buscándolas, trataremos de averiguar si Holliment fué o no visto con alguna otra persona, horas antes de morir. Lo cierto es que hasta ahora no se sabe absolutamente nada.

—¿Y dónde está el cadáver? — preguntó Spiller.

—En la morgue de Paddingtow. Iremos allá y llevaremos el señor Granage para que lo identifique — replicó Jifferdene. — ¡Ah, olvidé decir que no se encontraron sobre él documentos de ninguna especie! Es posible que el criminal los haya llevado, porque supongo que algún papel tendría encima, aunque no fuera más que una simple libreta de apuntes. Pero..., ustedes han hecho un viaje bastante largo. ¿Qué le parece si almorzamos antes de ir allá?

Marchamos a un restaurante de la calle Parlamento donde pude darme cuenta de que los deberes profesionales de ambos detectives no hacían la menor mella en su apetito. Comieron vorazmente, y yo, tratando de olvidarme de la ingrata tarea que me aguardaba, opté por seguir el ejemplo. Y si he de hacerles justicia debo decir que ellos tuvieron el buen tacto de no hablar de tal tema, haciéndolo, en cambio, de la carrera de caballos, ocasión que aproveché para decirles que aportaran a favor de "Rubí", del que les hice una gran descripción. Una vez finalizada nuestra comida, abonamos la cuenta, salimos y tomamos un coche en dirección a Paddington.

—Pronto sabremos a qué atenernos — fué todo lo que Jifferdene dijo en el camino.

Aquel hombre era, en efecto, Holliment. Tenía el rostro completamente blanco y en él había una expresión de horror.

—¡Es él! — murmuré. — ¡Santo cielo! ¡Y anoche mismo!...

Salimos y echamos a andar en silencio.

—El lugar del crimen queda a cinco minutos escasos de aquí. No creo que haya nada de interesante que ver, sólo el sitio... Y, además, hay otras cosas que hacer con usted, señor Granage. Necesito que venga conmigo a visitar a cierto señor chino que vive en el hotel Longham y luego esta noche vendrá también al camino de Linehouse.

—Estoy a su entera disposición — dije, en voz baja.

—Perfectamente — contestó. — Trataremos de terminar cuanto antes para que no pierda usted tiempo... y en cuanto a usted, Spiller, será mejor que regrese a Portsmouth y que siga tratando de averiguar algo más respecto a Holliment y ese chino. Oiga...

Llamó a Spiller, y alejándose ambos varios pasos de mí le habló seriamente.

—Trate de hacer — concluyó — y no olvide de comunicarme cualquier novedad que ocurra.

Spiller me saludó y se alejó con rápidos pasos. Luego que hubimos conversado un poco, Jifferdene llamó un coche cuyo chauffeur recibió orden de ir al hotel Langhan. Cuando entuvimos sentados me habló confidencialmente.

—Este es un caso de los más intrincados que he debido afrontar, joven. Y el hecho de que individuos de raza oriental se hallen mezclados, empeora la situación.

—Spiller me contó que le dijo a usted todo cuanto sabía y le advierto que yo sé muy poco más que él.

—Pero, dígame, ¿no es verdad que él le dijo que quien me puso en la pista de este asunto fué aquel individuo de la legación china? ¡Perfectamente! ¡No lo niego! Pero hay alguien más detrás de esa legación y ese alguien tan poderoso es, según creo, cierto caballero chino que vive ahora en el Langhan y que en su país es toda una personalidad. Lo he visto una vez acompañado del señor Shen y es el mismo a quien vamos a ver. Debe saber muchas cosas.

—Pero, si ese señor sabe tanto, ¿no puede usted hacerle hablar invocando para ello el actual estado de las cosas? Consideremos que hay un asesinato.

—¡Hum! Estos individuos del Oriente no dan a una vida humana la importancia que nosotros le damos — contestó el detective. — Y en cuanto a eso de persuadirle para que hable..., bueno..., ya lo verá a él. Nunca me he encontrado ante su presencia, pero, a juzgar por su aspecto, es más fácil ver a las pirámides de Egipto bailando un fox trot que hacerle decir una cosa contra su voluntad.

—¿Y quién es él? — pregunté. — Dijo usted que en su país era una gran personalidad. ¿Y qué hace aquí? ¿Habla inglés?

—Correctamente. Tan bien como el señor Shen que se ha educado en nuestras Universidades, según tengo entendido — replicó. — Y en cuanto a lo que está haciendo aquí, lo desconozco, aunque es posible que haya venido por asuntos comerciales. Ha alquilado varias habitaciones en el hotel Langhan y algunas de nuestras mejores pianistas lo visitan. Desconozco el grado de su poder, su rango, etc. Lo que sé es que en el hotel lo conocen como el señor Cheng.

—Cheng. Trataré de no olvidarme — dije. ¿Y qué relación puede tener él con este asunto

—Delación de raza simplemente — fué la contestación. — Holliment conocía a un chino en Portsmouth, un chino fué el que usted vió a través de los vidrios, Holliment se horrorizó cuando usted lo mencionó; el chino asaltó la casa rompiendo la puerta... Todo eso lo sabe el señor Cheng. Además voy a decirle que Holliment fué asesinado.

—¿Para ver si con eso él se decide a hablar?

—Quizá sea para eso — murmuró él, indiferente. — Pero de todos modos no hablará si no quiere hacerlo. ¡Si por lo menos pudiera yo sorprenderle algún gesto!... Pero, ¡qué diablos! ¡Tiene una cara que parece de piedra!

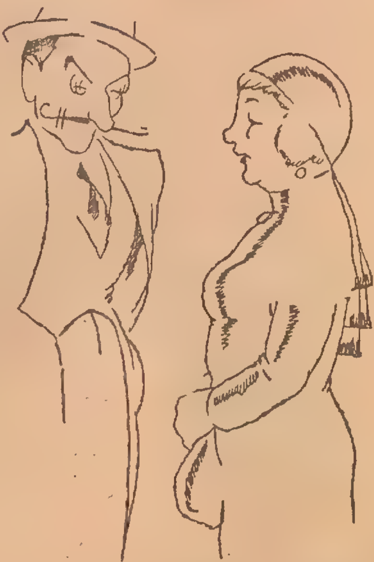
En ese instante llegamos. Una vez adentro, Jifferdene hizo pasar su tarjeta al señor Cheng. No tuvimos que aguardar mucho tiempo, pues a los pocos minutos un joven chino vestido a la

(Continúa en la página 45)

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



CARMEN (S. Vargas). — El finadito era maestro y murió de cálculos al hígado...
SANFELIU (E. Alvarez). — ¡Sin duda se enfermó de tanto calcular cuándo cobraría!...

De "SE CASA LA TROTAMONDOS", éxito del teatro Apolo.



MADAME CHARLOTTE (P. Gómez). — ¡No le da vergüenza querer besar a esta señora, aquí en mi casa..., y lo peor sin éxito!

De "SEÑORA, YA LA HE VISTO A USTED EN ALGUNA PARTE", éxito del teatro Ateneo.



NITA (Evita Franco). — ¡Eres un gato a pesar de tu dinero, de tu parentela, de tus relaciones!.. ¡Un gato con relaciones!...

De "¡CARAY, LO QUE SABE ESTA CHICA!" éxito del teatro Liceo.



DOÑA MATILDE (Felisa Mary). — Conoces la receta para guisar una gaviota?
DON ESTEBAN (O. Caviglia). — Por supuesto que la conozco... ¡Se prepara cuidadosamente la salsa y se tira la gaviota!...

De "¡CARAY, LO QUE SABE ESTA CHICA!" éxito del teatro Liceo.

"Mundo Argentino" entrevista a BERNARD SHAW



¿Qué haría YO si fuese PRIMER MINISTRO?

Un reportaje especial de **MARY LANDER,** *nuestra corresponsal en Londres.*

UN globo atado el extremo de una varita era, en la Edad Media, el cetro del bufón palaciego, la insignia que a su solo contacto ponía en ridículo a la víctima. George Bernard Shaw es hoy "el bufón del mundo", el hombre del globo y de la varita, cuya misión es idéntica a la del bufón que, en aquellas épocas medioevales, se tendía a los pies del soberano para distraerlo con sus dichos satíricos y bromas mordaces, a expensas de los cortesanos.

El antiguo bufón de bonete y cascabeles era un ser privilegiado, debido, en parte, a que las bufonadas ingeniosas y picarescas que hacía estallar como bombas a su alrededor, provocaban la hilaridad del monarca y de sus cortesanos y porque era temido por todos. En efecto, nadie podía saber cuándo sería el blanco de sus agudezas, de su mímica y de su mofa, recibiendo en la cabeza un golpe del absurdo cetro que convertía a quien tocaba en un hazmerreír para entretenimiento del rey. ¡Ni los monarcas mismos eran inmunes a sus sátiras!



El gran humorista inglés aparece aquí haciendo anotaciones durante el ensayo de una de sus piezas, circunstancia que aprovecha, como todas, para poner de relieve su mordacidad.



Viéndolo en esta foto se imagina uno que el Molière del siglo XX ha ingresado en un convento. Pero no hay nada de eso. Lo único cierto es que está descansando tras nadar un poco en la playa donde ha pasado el domingo.

Saludemos en Bernard Shaw al último de los grandes bufones, heredero de su kaleidoscópica sátira. Tiene de ellos la respuesta relampagueante, la misma facilidad para esgrimir su hiriente sátira, la misma habilidad para zaherir a un grupo del populacho y en seguida, mientras la risa aún agita las gargantas del público, volverse rápidamente y herir en igual forma a los que ríen del ridículo de los demás, borrando así todo vestigio de indignación en sus primeras víctimas con el espectáculo del escarnio de los otros. Shaw fustiga a diestra y siniestra sin llevar cuenta de lo dicho. Hoy ataca a los médicos, mañana a los políticos y luego a la gente de Iglesia.



Helo aquí haciendo de Astorga. Bernard Shaw es muy amante de la vida al aire libre y del vegetarianismo. Y aquí, como nunca, aparece hecho un fresco de cuerpo entero.

HABLAMOS DE POLITICA

Recientemente le entrevisté sobre tópicos de actualidad, aunque es de imaginarse la cautela con que le interrogaba, por temor al "golpe de su cetro de bufón". Empezamos hablando de política.

— Sí — me contestó — en efecto, se me ha ofrecido una banca en el Parlamento.

— *¿Y piensa usted aceptarla?*

— En lo que se refiere a la política, no tiene importancia alguna lo que pienso hacer — respondió.

— *¿Por qué?*

— ¡Los electores nunca lo consentirían! — me dijo guiñando el ojo.

— *Pero, ¿suponiendo que usted fuera primer ministro?* — insistí.

— ¿Qué haría yo si fuera primer ministro? *¡Nómbreme y verá!* — dijo.

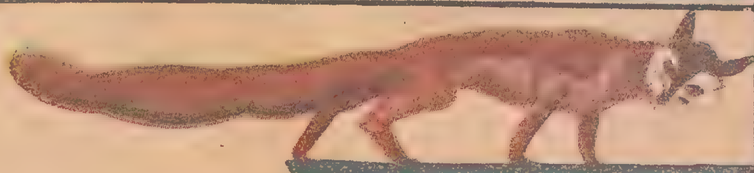
— *¿Qué considera usted, señor Shaw, la cosa más deseable en la vida?* — le pregunté.

— Nunca he tenido tiempo para considerar qué es lo más deseable de la vida — dijo Shaw — pero creo que es ciertamente muy agradable seguir nuestra vocación; aunque no sea seguro que el éxito corone nuestra elección. Recuerde las palabras de Dean Inge: "Nada fracasa tanto como el éxito." Creo sinceramente en la vocación para la gente que la tiene, pero una ocupación es más necesaria que una vocación. No tengo vocación alguna para levantarme a la mañana y lavarme, pero sin embargo, hallo que es esto una ocupación muy necesaria.

Atreviéndome, me aventuré a cambiar el tema por otros de más vuelo.

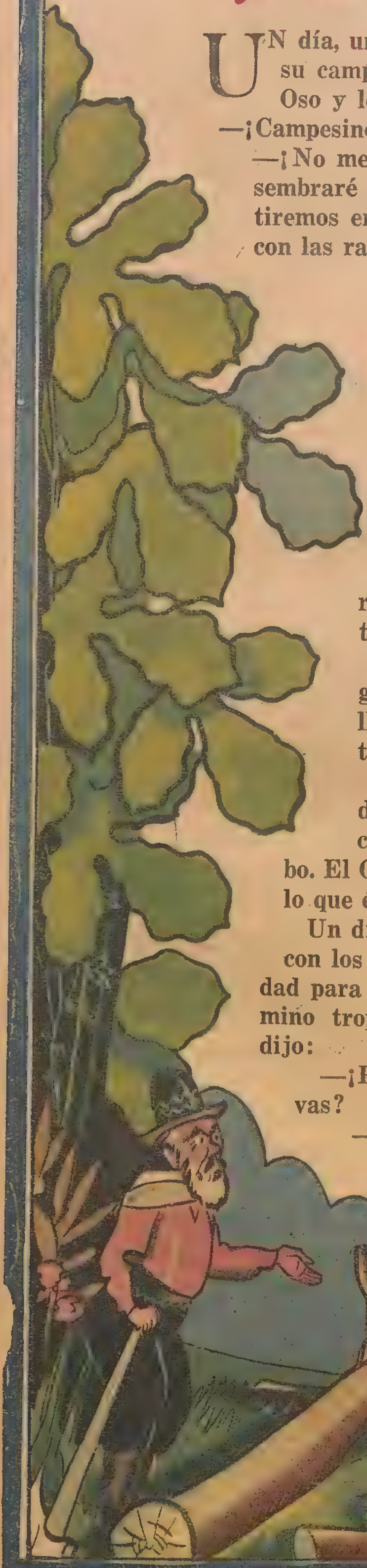
— *Ahora bien, señor Shaw* — dije. — *En lo que se refiere a la*

(Continúa en la página [illegible]



CUENTO PARA LOS NIÑOS

El CAMPESINO, *el* OSO *y la* ZORRA



UN día, un campesino estaba labrando su campo, cuando se acercó a él un Oso y le gritó:

—¡Campesino, te voy a matar!

—¡No me mates!—suplicó éste.—Yo sembraré los nabos y luego los repartiremos entre los dos; yo me quedaré con las raíces y te daré a ti las hojas.

Consintió el Oso y se marchó al bosque.

Llegó el tiempo de la recolección. El campesino empezó a escarbar la tierra y a sacar los nabos, y el Oso salió del bosque para recibir su parte.

—¡Hola, campesino! Ha llegado el tiempo de recoger la cosecha y cumplir tu promesa — le dijo el Oso.

—Con mucho gusto, amigo. Si quieres, yo mismo te llevaré tu parte — le contestó el campesino.

Y después de haber recogido todo, le llevó al bosque un carro cargado de hojas de nabo. El Oso quedó muy satisfecho de lo que él creía un honrado reparto.

Un día el aldeano cargó su carro con los nabos y se dirigió a la ciudad para venderlos; pero en el camino tropezó con el Oso, que le dijo:

—¡Hola, campesino! ¿Adónde vas?

—Pues, amigo — le contestó el aldeano,—voy a la ciudad a vender las raíces de los nabos.

—Muy bien; pero déjame probar qué tal saben.

No hubo más remedio que darle un nabo para que lo probase. Apenas el Oso acabó de comerlo, rugió furioso:

—¡Ah, miserable! ¡Cómo me has engañado! ¡Las raíces saben mucho mejor que las hojas! Cuando siembres otra vez, me darás las raíces, y tú te quedarás con las hojas.

—Bien — contestó el campesino, y en vez de sembrar nabos sembró trigo.

Llegó el tiempo de la recolección y tomó para sí las espigas, las desgranó, las molió, y de la harina amasó y coció ricos panes, mientras que al Oso le dió las raíces del trigo.

Viendo el Oso que otra vez el campesino se había burlado de él, rugió:

—¡Campesino! ¡Estoy muy enojado contigo! ¡No te atrevas a ir al bosque por leña, porque te mataré en cuanto te vea!

El campesino volvió a su casa, y a pesar de que la leña le hacía mucha falta, no se atrevió a ir al bosque por ella; consumió la madera de los bancos y de todos sus toneles; pero al fin no tuvo más remedio que ir al bosque.

Entró sigilosamente en él y salió a su encuentro una Zorra.

—¿Qué te pasa?



— le preguntó ésta. — ¿Por qué andas tan despacito?

— Tengo miedo de encontrar al Oso, que se ha enojado conmigo, amenazándome con matarme si me atrevo a entrar en el bosque.

— No te apures, yo te salvaré; pero dime lo que me darás en cambio.

El campesino hizo una reverencia a la Zorra y le dijo:

— No seré avaro: si me ayudas, te daré una docena de gallinas.

— Conforme. No temas al Oso; corta la leña que quieras, y entretanto yo daré gritos fingiendo que han venido cazadores. Si el Oso te pregunta qué significa ese ruido, dile que corren los cazadores por el bosque persiguiendo a los lobos y a los osos.

El campesino se puso a cortar leña, y pronto llegó el Oso corriendo a todo correr.

— ¡Eh, viejo amigo! ¿Qué significan esos gritos? — le preguntó el Oso.

— Son los cazadores que persiguen a los lobos y a los osos.

— ¡Oh, amigo! ¡No me denuncies a ellos! Protégeme y escóndeme debajo de tu carro — le suplicó el Oso, todo asustado.

Entretanto la Zorra, que gritaba escondiéndose detrás de los zarzales, preguntó:

— ¡Hola, campesino! ¿Has visto por aquí a algún oso?

— No he visto nada — dijo el campesino.

—¿Qué es lo que tienes debajo del carro?

— Es un tronco de árbol.

— Si fuese un tronco no estaría debajo del carro, sino en él y atado con una cuerda.

Entonces el Oso dijo en voz baja al campesino:

— Ponme lo más pronto posible en el carro y átame con una cuerda.

El campesino no se lo hizo repetir. Puso al Oso en el carro, lo ató con una cuerda y empezó a darle golpes en la cabeza con el hacha hasta que lo mató.

Pronto acudió la Zorra y dijo al campesino:

— ¿Dónde está el Oso?

— Ya está muerto.

— Está bien. Ahora, amigo mío, tienes que cumplir lo que me prometiste.

— Con mucho gusto, amiguita; vamos a mi casa y allí te daré las gallinas.

El campesino se sentó en el carro y se dirigió a su casa, y la Zorra iba corriendo delante.

Al acercarse a su cabaña el campesino silbó a sus perros azuzándolos para que agarrasen a la Zorra. Esta echó a correr hacia el bosque, y una vez allí se escondió en su cueva. Después de tomar aliento empezó a preguntar:

— ¡Hola, mis ojos! ¿Qué habéis hecho mientras corría?

— ¡Hemos mirado el camino para que no dieses un tropezón!

— ¿Y vosotros, mis oídos?

— ¡Hemos escuchado si los perros se iban acercando!

— ¿Y vosotros, mis pies?

— ¡Hemos corrido a todo correr para que no te alcanzaran los perros!

— Y tú, rabo, ¿qué has hecho?

— Yo — dijo el rabo — me metía entre tus piernas para que tropezases conmigo, te cayeses y los perros te mordiesen con sus dientes.

— ¡Ah, canalla! — gritó la Zorra. — Pues recibirás lo que mereces! — y sacando el rabo fuera de la cueva, exclamó: — ¡Comedlo, perros!

Estos agarraron con sus dientes el rabo, tiraron, sacaron a la Zorra de su cueva y la hicieron pedazos.

FIN

EL CHINO MISTERIOSO

(Continuación de la página 42)

usanza europea nos recibió, nos hizo subir varias escaleras, nos condujo a una pequeña habitación y luego de rogarnos que tomáramos asiento nos indicó que el señor Cheng pronto nos atendería personalmente. Desapareció y nosotros aguardamos cinco, diez minutos. Una puerta se abrió, por fin, para dar paso a un caballero de distinguido aspecto, quien cruzando el salón desapareció por donde nosotros habíamos llegado. Jifferdene se inclinó hacia mí.

— ¿Conoce a ése? — me preguntó.

— No — repuse. — ¿Quién es?

— Lord Mickleborough, presidente de la Compañía de Desenvolvimiento Oriental, uno de nuestros financistas más poderosos — fué la respuesta. — Su firma...

Se interrumpió de improviso, y rápidamente, luego de oír un ligero ruido tras de nosotros, se levantó. Yo hice lo propio y pude ver entonces que en la puerta por la que el financista había salido se hallaba parado un chino de venerable aspecto, vestido con su traje típico. No fué su figura, en general, sino su rostro lo que más atrajo mi atención. Un rostro amarillento e impávido. Parecía tener por lo menos cien años. Me incliné hacia él y luego de acercarme un poco pude observar que sus ojos eran vivaces y alertas, como los de una persona joven.

— ¿Quieren tener la bondad de pasar?

Su voz, aunque suave y lenta era firme y clara. Penetramos en el salón; nos indicó dos sillones y él se sentó en otro colorado, justamente a nuestro frente. Hizo desaparecer sus manos en sus amplios bolsillos, y dirigiéndose a Jifferdene, preguntó:

— ¿Tiene novedades para mí?

— Sí, señor Cheng — contestó el detective. — Aquel individuo Holliment de quien le hablé antes... fué asesinado.

Ni pestañearon los ojos del chino. Su rostro permaneció importurbable tal como si Jifferdene le hubiese hablado de la estabilidad del tiempo.

— ¿Dónde fué? ¿En Londres... o en Portsmouth? — inquirió.

— En Londres, señor. Esta madrugada entre las dos y media y las tres. Pero no fué el robo el motivo del crimen — contestó el detective. — Todos sus efectos de valor fueron hallados no lejos de él. Se le registró minuciosamente como si el criminal buscara algo.

El rostro del anciano permaneció impasible. Pero sus ojos estaban alertas, vivaces y observadores.

— ¿Hay alguna huella?

— Ninguna, señor Cheng, pero yo me voy a permitir sugerirle algo. En mi opinión, el que lo mató es el chino que espiaba por la vidriera del negocio de Holliment y el mismo que usted busca.

— Probablemente así sea — asintió. Jifferdene indicó mi presencia.

— Este es el caballero que vió su rostro a través del vidrio.

El anciano me miró y no sé por qué me pareció que su expresión se dulcificaba.

— ¿Y este caballero podría reconocerlo otra vez? — preguntó.

— No — advirtió Jifferdene. — O por lo menos así dice él. Pero de todos modos, señor Cheng, trataremos de encontrarlo.

— ¿Por qué medios? — inquirió el chino.

— Este... buscando en los barrios chinos de Londres — repuso Jifferdene. — Empezaremos por ahí. Y..., señor Cheng; he sabido que usted tiene personal interés en encontrar a cierto compatriota suyo... ¿No podría facilitarme... este... algún pequeño detalle que nos ayudara en la pesquisa.

Durante un minuto el señor Cheng guardó silencio. Luego, acercándose a nosotros y bajando la voz, murmuró con lentitud:

— El hombre que yo busco ha perdido la mitad inferior de la oreja izquierda.

¿Quién es, en realidad, el señor Cheng? ¿Y quién, es, además, el hombre al que le falta media oreja? ¿Por qué fué muerto Holliment? ¿Qué pasa en la residencia de lady Renardsmere? Lea en el próximo número el capítulo noveno.

La crisis nos obliga...

(Continuación de la página 10)

meno promisor. Los 51 pesos con 98 centavos que correspondían a cada habitante de 1915, se convirtieron en 1931 en 137 pesos con 14 centavos.

FRENTE A LA CRISIS

La pregunta que, desde luego, fluye inmediatamente, es ésta:

¿Por qué habiendo 1571 millones de pesos depositados en cajas de ahorros, el Empréstito Patriótico no se ha cubierto en veinticuatro horas?...

Se explica. Estos ahorros pertenecen en su inmensa mayoría a centenares de miles de seres modestos. Representan en estos momentos para miles y miles de hogares, el único puerto seguro donde protegerse contra los embates de la crisis. Además se respalda en ellos el cumplimiento de numerosas y menudas obligaciones. Es hermoso, es emocionante, acudir en auxilio del Estado, con la confianza ilimitada que suponen las fuentes de riqueza de un país próspero como el nuestro. Pero los vencimientos apremian. El trabajo no abunda. Hay que tener unos pesos disponibles para afrontar las ciento y una contingencias de la vida...

Aquellos 1571 millones se descomponen en cantidades ínfimas, la mayoría de las veces en sumas irrisorias que sólo reunidas constituyen un caudal impresionante. Hace ya tiempo que sus dueños han echado mano de estos ahorros para poder ir tirando.

SOBRE CADA 4 HABITANTES HAY 1 QUE AHORRA EN LA CAPITAL FEDERAL

Desde hace diez y siete años, una institución bienhechora, la Caja Nacional de Ahorro Postal, surgida de la ley 9527, cuyo autor fué el diputado Bas, ha tomado a su cargo la tarea de instruirnos en las virtudes del ahorro. Algo se ha conseguido, en efecto. Además los bancos particulares han reforzado su propaganda en este sentido.

Lo que tiene de más simpático aquella caja es que estimula el pequeño ahorro, la economía del centavo, mediante estampillas que coleccionan en boletines, los niños de las escuelas. Hay 3600 escuelas habilitadas con valores de ahorro en todo el país. 545 mil boletines se distribuyeron en 1931.

El 60 por ciento de las operaciones realizadas, consisten en depósitos que no pasan de cinco pesos. Los que pasan de 500 representan apenas el 0.87 por ciento de la cifra total. ¡Ni el uno por ciento!...

Hoy día sobre cada 4 habitantes hay uno que ahorre en la Capital Federal. En la provincia de Buenos Aires, en Mendoza y en los territorios nacionales la proporción es sobre cada 8 habitantes. En San Luis es sobre cada 9 y en Entre Ríos hay 1 sobre cada 10 habitantes.

¿POR QUE AHORRA USTED?...

Hay quien ahorra en previsión de posibles enfermedades. Otros pensando que algún día puede aparecérseles el fantasma de la desocupación. El de más allá piensa en la vejez, en la esposa, en los hijos. Ahorra para pagar el terrenito que compró en los suburbios. El terrenito en Ciudadela o en Lanús.

—Cuando menos que "eso" les quede si yo muero...

Hombres y mujeres economizan para casarse. El amor lo puede todo. Después irán lejos los dos de acuerdo a convertir el cheque en una mueblería...

Hay también una clase de "ahorradores" que persiguen otros ideales más despegados de las necesidades de la tierra. Son los "epicúreos". Los que ahorran para comprar el auto módico. Las muchachas que sueñan con el tapado de piel. Los que tienen alma viajera, y viven torturados por el fascinante anuncio de los pasajes de turismo.

Pero ningún aspecto del ahorro emociona tanto como aquel del muchacho inmigrante que no se olvida de los seres queridos que dejó en el terruño, y, mensualmente, un año y otro año, gira la preciosa remesa reunida a costa de grandes privaciones, y que es como el bálsamo que allá los alivia de su ausencia renovando la esperanza recóndita de recobrarlo antes de morir...

FIN

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

Arturo Vázquez Cey: "Mientras los plátanos se deshojan"

El señor Arturo Vázquez Cey, poeta fecundo y crítico sagaz, constituye en nuestra literatura una personalidad de difícil comprensión. Sus versos, correctos y sabios, no se entregan al lector con la cordialidad que éste desea. Huraños y obscuros, herméticos y esotéricos, mantienen siempre una actitud de desdeñoso alejamiento. Para el que no se acerca al señor Vázquez Cey con simpatía, la lectura de "Mientras los plátanos se deshojan" constituye por eso una prueba penosa y quizá *insurmontable*. Como esos pintores que juran "ver" violeta allí donde todo el mundo ve amarillo, el señor Vázquez Cey canta sus emociones en un lenguaje que le pertenece casi por completo. Los "sigilos acuosos" y los "nácares de ausencia" se suceden en una profusión que aturde. El ritmo preciso y la rima opulenta acentúan el desconcierto ante aquel desfile de metáforas incomprensibles o de captación dificultosa. Tanto dominio del instrumento, tanta severa gravedad en la marcha no se acompañan a menudo con esa sibilina concertación de tropos y alusiones.



Arturo Vázquez Cey

No empleamos voluntariamente la expresión "rebuscado" o "afectado". Tales calificativos llevarían consigo la implícita acusación de deslealtad. El caso del señor Vázquez Cey es muy distinto. Poeta encerrado en un mundo interior que gusta cultivar celosamente, tiene por lo mismo una manera de asociar difícilmente traducible. Si esa misma sinceridad es una fuerza, no deja también de convertirse en un obstáculo. Para llegar hasta la emoción que se esconde por debajo de sus versos, el lector necesita un contexto que lo ilumine, una guía que lo introduzca. A ese contexto y a esa guía, el señor Vázquez Cey los desaprueba, los niega terminantemente. Tal como nacieron, sin traducción alguna, sin desarrollo inteligible, sus versos se presentan al lector. Nada tiene de censurable por lo tanto, si después de un esfuerzo fatigoso el lector contempla "deshojar los plátanos" con innegable respeto, pero con profunda frialdad.

Ricardo Caillet-Bois: "Bibliografía de Albert Mathiez"

El señor Ricardo Caillet-Bois es uno de los estudiosos más serios que existen en el país sobre los problemas relativos a la Revolución francesa. Meritísimos trabajos publicados en diversas ocasiones han puesto a prueba ya la vastedad de su cultura y la escrupulosa prolijidad de sus investigaciones. Nadie, pues, mejor que él para ralizar en memoria de Albert Mathiez, el homenaje incalculable que representa esta extraordinaria labor en torno de 26 obras, 7 opúsculos, 474 artículos, 600 juicios bibliográficos. La labor, cierto es, le estaba en gran parte facilitada por la profunda versación que en varias ocasiones había demostrado el señor Caillet-Bois sobre la vasta obra del ilustre autor de "Girondins et Montagnards". Pero esa coincidencia del señor Caillet- Bois con el maestro de su predilección no hace sino aumentar la cordialidad del homenaje.

Ricardo Caillet-Bois

Bien lo merecía por cierto, el gran historiador que acaba de morir en plena cátedra, dictando clase en la Sorbona ante un auditorio numeroso y devoto. No hace mucho tiempo, el público argentino pudo apreciarlo directamente con motivo de su viaje. Pero entre nosotros, frente a un público de aficionados y curiosos, el maestro no pudo desplegar la totalidad de sus dones. Albert Mathiez era, en efecto y ante todo, un erudito prodigioso, un removedor de archivos, un alerta pesquisante de memoriales y de epístolas. Cada una de sus afirmaciones, de sus sugestiones, de sus hipótesis se asienta por eso en sillares inconmovibles. Aun para los enemigos, su obra inspiraba un respeto profundo. Se la temía tanto como se la admiraba o denigraba.

Porque este extraordinario historiador que revivía con nitidez alucinante el pasado grandioso de la Revolución, no conoció jamás ni la preocupación de la carrera ni el respeto hipócrita de las mentiras sociales. Su verdad la dijo siempre tal como la descubrió, sin preocuparse en ningún instante si viejos ídolos se venían al suelo, y si figuras escarnecidas hasta entonces se presentaban de pronto con un alma admirable. Su demolición definitiva de Danton y su rehabilitación generosa de Robespierre representan una de las obras más hermosas de la historiografía. Por eso la ciencia oficial le fué por cierto hostil.

Un grupo de hombres jóvenes, seducidos por su sabiduría y su dignidad, le formaron, en cambio, una escuela magnífica. Trabajos de una gran solidez empezaron a salir bajo su inspiración, y como si eso no fuera ya bastante, admiradores lejanos y estudiosos desconocidos lo saludaban a la distancia como orientador y guía. Si algo reconforta al estudioso desinteresado, es, precisamente, esa solidaridad en la cultura que se extiende más allá de las fronteras, y de la cual el señor Ricardo Caillet-Bois acaba de dar un testimonio edificante.

¿QUE HARIA YO SI...

(Continuación de la página 43)

vital cuestión de las relaciones entre el hombre y la mujer, sinceramente, ¿cuál de ellas considera usted más importante, el amor o la amistad?

En este momento, sentí el latigazo de su varita de bufón.

—Vamos, vamos, pórtese usted bien — me reprendió el maestro.

Desesperadamente cambié de rumbo.

—Dígame — exclamé: — *¿aprueba usted la pena capital?*

—¿Aprobarla? — me respondió casi a gritos — yo no apruebo ningún castigo. Las personas que son molestias sociales, debieran ser simplemente eliminadas y no tan sólo castigadas.

LA VIDA DE HOGAR

Considerando prudente pisar en terreno más seguro, le pregunté si creía que la civilización moderna tiende a destruir la vida de hogar y, de ser así, si lo consideraba bien.

—Los zorros tienen cuevas — contestó enigmáticamente — los pájaros del cielo tienen nidos, pero el hijo del hombre abandonó el hogar, prefiriendo no tener dónde reposar su cabeza...

Abandonado el tema en este punto, le pregunté al más grande de los socialistas si tenía puntos de vista doctrinarios del socialismo, y cuando exclamó:

—¿Cuál es el punto de vista socialista? — me pareció ver la sombra de su cetro de bufón.

Siendo un dramaturgo de renombre y conocedor, por lo tanto, del mundo de la escena, le pregunté:

—¿Cuál es a su criterio la mejor obra teatral de los últimos cinco años?

Con un gesto modesto, Shaw contestó tímidamente.

—No puedo darle una opinión desinteresada — y agregó: — No creo que el público se haya hecho menos ingenuo en estos últimos años. Se conserva exactamente igual. No exige argumentos más escabrosos o más sutiles.

"¿La música? ¡Claro que me gusta! Se me enseñó a considerarla como una necesidad en la vida."

—Y de los Estados Unidos, ¿qué me dice señor Shaw? ¿Cree usted que los americanos tendrán interés en leer estas observaciones?

—¡No sea tonta! — dijo el gran bufón con desdén — (plaf). — Todo lo que digo tiene un interés americano.

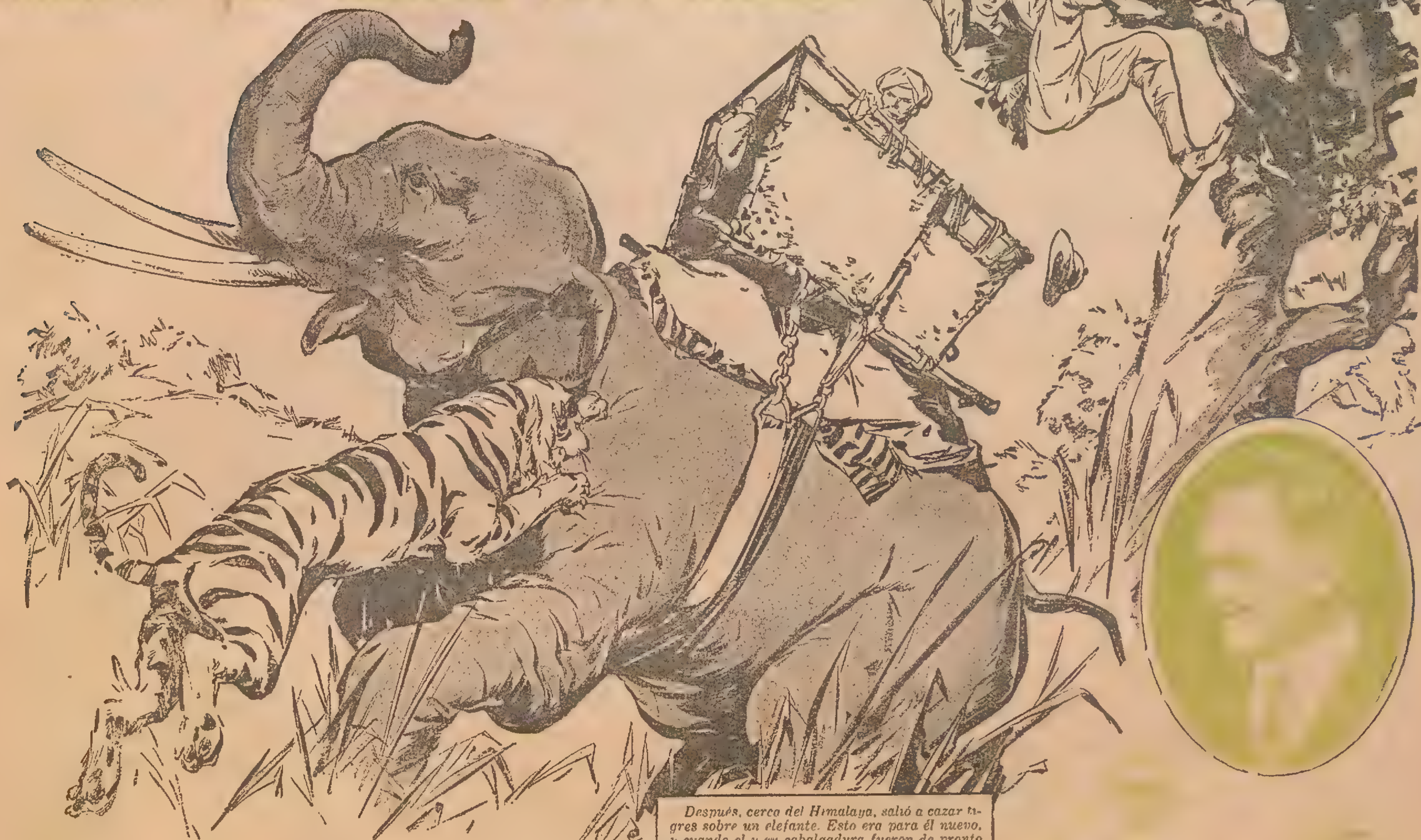
Una vez que recuperé mi serenidad volví al ataque.

—¿Cuál ha sido la hora más feliz de su vida?

Esperé, temerosa hasta de respirar, la mirada fija en sus labios, aguardando que hablara el oráculo, en expectativa de una gran revelación. Durante largo rato permaneció en silencio como en un ensueño, entregado a recuerdos lejanos, escudriñando el pasado en busca de la hora suprema de felicidad, del

(Continúa en la pág. 52)

Gordon MAC CREAGH, el hombre que nunca tuvo miedo



Después, cerca del Himalaya, salió a cazar tigres sobre un elefante. Esto era para él nuevo, y cuando el y su cabalgadura fueron de pronto atacados por un tigre furioso, no supo qué hacer El terrible felino atacó al elefante con todas sus garras. En el mismo instante en que el tigre se abalanzaba sobre el elefante, Mac Creagh dió un salto. En realidad no supo lo que le pasaba, pero se encontró colgando de un árbol, mientras el tigre y el elefante peleaban desesperadamente a sus pies.

Fué una lucha terrible Al terminar ésta, el elefante estabo herido malamente, y el tigre muerto. Como Mac Creagh se encontraba cazando por cuenta del gobierno, recibió una fuerte recompenso por este hecho

VIDA y MILAGROS de GRANDES AVENTUREROS

COMO todos los muchachos, Gordon Mac Creagh tuvo siempre el deseo de conocer mundo; tal vez esto fuera lo más natural, ya que era descendiente del célebre clan escocés Wild Mc Lead. Abandonó el hogar paterno, en Perth, al cumplir los diez y siete años, y se dirigió a la India, donde comenzaron sus aventuras.

Trabajaba para una compañía. Un día, al llegar la noche, su barco varó en un banco de arena, en el río Hooghly. Los diez trabajadores hindúes que tenía a sus órdenes volvieron a bordo atacados de peste bubónica. Cinco murieron, y los otros cinco le robaron el único bote de que disponía escapándose en la obscuridad y dejándolo solo a bordo con los cinco muertos. Por milagro no se contagió. Fué salvado pocos días después por otro barco.



Después de ensayar varios empleos, consiguió un puesto para la caza de mariposas raras destinadas al Museo Británico. Se ocupaba también en otro negocio de provecho; el de cazar y vender sus piezas a los cazadores de poca suerte. Pero esto le duró poco y se marchó con un compañero hacia la frontera de Burma. Ahí los dos organizaron una especie de teatro al aire libre para los nativos. Como éstos no tenían dinero, pagaban sus localidades con gallinas y palomas. Todo fué muy bien hasta que un nativo le entregó en pago una cabra. Mac Creagh pensó un rato; luego le dió su boleto y cinco gallinas como vuelto de la diferencia.

Realizadas numerosas aventuras en Burma, Siam y las Indias holandesas, Mac Creagh se alistó con Mulford en su expedición a Sud América para explorar el alto Amazonas. Un día él y una pequeña parte de la expedición salieron en bote por el río, dirigidos por los indios. Los nativos se detuvieron en una isla; entonces se dieron cuenta de que se hallaban en la tierra de los indios tique, que odian a muerte a los extranjeros y los asesinan sin ninguna consideración Los indios, asustados, tomaron los botes y se marcharon rápidamente, dejando a los blancos en poder de sus temibles enemigos.

Los blancos, entonces, se construyeron una barricada y se pasaron toda la noche en vela, creyendo ser atacados a cada momento Pero nada sucedió Al llegar la mañana, apareció un pequeño indio, y Mac Creagh levantó un palo en forma inclinado en señal de amistad Entonces, de todos los árboles comenzaron a caer salvajes; conferenciaron un momento y la lucha fué innecesaria.



Poco después, Mac Creagh se encontraba en un campamento indio de Chapalta, en el interior de Bolivia, buscando reliquias prehistóricas. Los indios, locos por el efecto de los licores y el fanatismo religioso, celebraron el antiguo y grotesco baile "del cóndor" Por este hecho Mac Creagh y su compañero de aventuras se dieron cuenta de que los indios tenían la intención de matar a todos los blancos que encontraran.

Los dos aventureros se atrincheraron y se prepararon para defender sus vidas. Los gritos y el ruido de los indios crecían; al llegar la noche, los salvajes estaban ya cerca de ellos. Mac Creagh y su compañero se preparaban para tirar, pero de pronto el tumulto cesó y los indios se retiraron.

A la mañana siguiente supieron lo que había ocurrido. Puestos en camino para darles muerte, los indios, completamente borrachos, habían decidido matar primero a los otros indios sus enemigos legendarios, que se hallaban en la ciudad, y durante la lucha habían olvidado por completo la idea de hacer lo mismo con Mac Creagh y su compañero.

Mac Creagh, a quien con justicia se llamó "el hombre que nunca tuvo miedo", cuenta actualmente 46 años de edad, y vive en Long Island, deseoso de realizar más aventuras, y, si es posible, más peligrosas. Ha escrito varios libros y artículos en los que relata todos sus hechos más notables de hombre valiente.

ALGUNOS DE LOS QUE QUEDAN DEL "90"



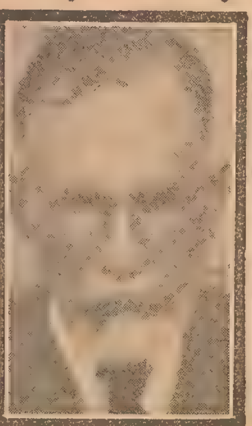
Lisandro de la Torre inició su actuación cívica en la revolución del 90, donde, como tantas otras veces, jugó su vida por las libertades públicas. Fué uno de los conjurados civiles que se apostaron en el parque de artillería hizo cuarenta y dos años ayer.



Nicolás Repetto descubrió en la jornada del 90 su fervorosa vocación cívica. Enterado del movimiento, abandonó la casa paterna y se presentó como voluntario a las fuerzas revolucionarias, donde revistó luego en calidad de practicante del servicio médico.



Marcelo T. de Alvear también fué uno de los civiles que participaron entusiastamente en la revolución. Pertenecía al comité de la Juventud de la Unión Cívica, que fué el promotor de la agitación civil precursora del estallido revolucionario.



Francisco A. Barroetaveña está considerado, con justicia, como el inspirador principal del levantamiento contra el gobierno juarista. Indignado por el banquete "de los incondicionales", escribió un artículo periodístico que levantó a la juventud.



Manuel Carlés también "mojó" en la asonada. Romántico como es, no podía abstenerse. La noche del 25 de julio estaba en una fiesta, y Felipe Elizalde lo fué a buscar: — ¡Hermano, estalla la revolución! — Y allá se largaron todos a pelear...



El general Agustín P. Justo, nuestro presidente actual, intervino igualmente en las luchas del 90, aunque "sin comerla ni beberla". Era cadete del Colegio Militar, y le tocó, por lo tanto, defender al gobierno, desde los cantones levantados en la ciudad.



Sobre la actuación de Hipólito Yrigoyen en la revolución del 90 se ha discutido mucho, y él, con su hermetismo acostumbrado, no contribuye a dilucidar la polémica. Se sabe, eso sí, que era el jefe de policía del proyectado gobierno revolucionario.

El origen de las BOINAS RADICALES

Una nota de GERMAN GARCIA HAMILTON

Un soneto, ya olvidado, de Diego Fernández Espiro—cuyo final procuraremos reconstruir de memoria—, expresó épicamente, en versos que resuenan como una diana, la emoción del pueblo de Buenos Aires, en aquel trágico despertar del 26 de julio de 1890. Decía así, el poeta grandilocuente y bohemio, profetizando mejores días para la república:

¡Soberbio amanecer tuvo aquel día! — Heroico clarinear el aire hendía, — ¡Como una inmensa aspiración de gloria! —

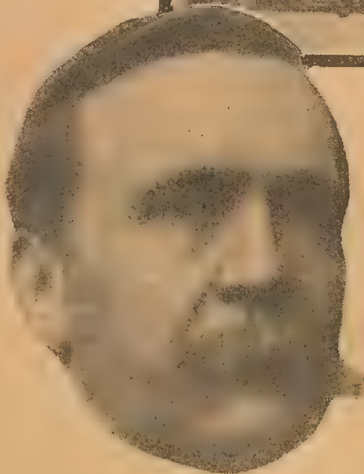
¡Y del civismo la fulgente espada, — Trazó con sangre la primer jornada — Que el rumbo marca a la final victoria! —

Cuarenta y dos años acaban de cumplirse ayer, de aquel cívico pronunciamiento. Pocos son los sobrevivientes del mismo, y menos aún los que conocen el origen de las famosas "boinas del Parque", original distintivo de la Unión Cívica, en la memorable jornada, y expresión metafórica, en las actuales luchas políticas. Uno de ellos — el doctor José Camilo Crotto, figura descollante del partido radical, — es quien nos ha referido ese episodio de la Revolución del 90, que vamos a documentar en esta nota conmemorativa.

Fué precisamente en la mañana del 27 de julio — es decir en esta misma fecha, y al siguiente día de iniciado el movimiento que provocó la caída del gobierno de Juárez Celman, — cuando se notó que la cinta tricolor (verde, blanco y rosa), que llevaban "los cívicos" en el ojal de la solapa, era poco visible, lo que daba lugar a frecuentes y peligrosas confusiones.



Interior del parque de artillería, ubicado donde están ahora los tribunales, que fué el cuartel principal de los revolucionarios del 90. Desde allí combatieron, hace exactamente cuarenta y dos años, muchos argentinos que ahora son conocidos hombres públicos.



El doctor Carlos Pellegrini, vicepresidente de Juárez Celman, que asumió después la primer magistratura. El doctor José Camilo Crotto cuenta en esta nota que Pellegrini le envió un "confite" que estuvo a punto de mandarlo al otro mundo. Le mordió el ala del sombrero.

Entonces fué que se le ocurrió al doctor Crotto — y lo propuso a sus compañeros, que aprobaron la idea, — adquirir las célebres boinas, para repartirlas entre los revolucionarios. Oigamos, ahora, las palabras del mismo protagonista:

—Serían, más o menos, las 10 de la mañana, y un vivo fuego de fusilería sonaba en casi todos los cantones. Salí del antiguo Parque de Artillería, ubicado frente a la plaza Lavalle, donde se levanta hoy el Palacio de Justicia, tomando por la calle Talcahuano, en dirección al Sud de la ciudad. Me acompañaba Luis Lagos, un viejo compañero de lucha ya fallecido. Después de visitar, sin éxito, algunas tiendas de la calle Buen Orden, llegamos a la esquina de Victoria y Tacuarí, en la primera de cuyas calles estaba ubicada la casa comercial de Guinea, García, Leguineche y Cía., que subsiste con la firma modificada ahora, donde adquirí y aboné todas las boinas blancas existentes en los depósitos de ese registro. Unas dos mil, más o menos. Recuerdo que me las vendió personalmente don Pablo Guinea, que todavía permanece junto al mostrador, después de 42 años...

"Por si pudieran interesarle a usted algunos detalles más del asunto, le diré que esa carga la condujimos nosotros mismos al Parque, en un coche de plaza. El changador que nos ayudó a colocarla sobre la capota, fué un tal Rivero, el que, si no me engaño, vive aún."

—Tiene usted, doctor, una memoria admirable...

—Es que los recuerdos de la juventud no se borran nunca... Y, a propósito de esa imprudente aventura: cuando llegamos a la esquina de Victoria y Buen Orden (permítame que continúe empleando la antigua nomenclatura de nuestras calles), observamos que avanzaba hacia nosotros, a galope tendido, un sargento de policía, con la

(Continúa en la pág. 52)



El doctor Crotto evoca en esta nota muchos interesantes episodios de la revolución del 26 de julio. Para desquitarse del balazo de Pellegrini estuvo a punto de enviarle otro, pero se lo impidieron con una orden terminante.

La RIQUEZA no es SINONIMO de FELICIDAD

Por MISIA REMEDIOS

LOS que vivimos en la época actual estamos predestinados a ver confirmado un vulgarizado aforismo, según el cual la fortuna no entraña necesariamente la conquista de la felicidad. Más aún, cada día nos prueba que no solamente la gran riqueza no trae aparejada la felicidad personal, sino que está como saturada de toda suerte de tragedias personales.

Hemos visto en el transcurso de pocos años el suicidio de tres de los hombres más ricos de la época; hombres que, al parecer, eligieron una salida violenta de un mundo que en la época de su aparente culminación en poderío, encontraron insoportable.

Esos tremendos ejemplos parecerían indicar que no sólo la adquisición de desmesurada fortuna personal en lucha contra la estructura social del universo, sino, también, sus ramificaciones resultan demasiado complicadas hasta para la resistencia mental de los llamados capitanes de la industria.



Lowenstein, el belga; Kreuger, el sueco y Eastman, el norteamericano, fueron hombres de tremenda vitalidad mental, que, sin embargo, no pudieron resistir las presiones y drenajes de índole variada impuestas por las complejidades sociales, mentales y espirituales de la terrorífica fortuna.

Generalizando, es valedero el axioma económico de que la fortuna en cantidades fabulosas no puede ser acumulada por el individuo, sino la resta a la gran fortuna de los cuerpos, energías, mentalidades y corazones de las clases obreras. Esto lo conoce el pueblo, y tiene por inevitable coronario la atmósfera de antagonismo contra la cual debe luchar el hombre enormemente rico. Puede él hallarse rodeado por sicofantas; su mano de hierro podrá hasta detener el más leve conato de sublevación de su miles de obreros, pero incesantemente lo batirá y azotará, marea invisible, el convencimiento de que los hombres no miran con buenos ojos el monopolio de vastas fortunas por el individuo.

Los poderosos en el reino de las finanzas se van convenciendo de ese rasgo humano y comienzan a devolver al pueblo grandes partes de la fortuna adquirida, donándola a la ciencia, la humanidad y el arte. Vale decir, que hasta en nuestra llamada era del capitalismo, los ricos se compenetran cada vez más de la necesidad de compartir sus dineros.

—¡Ah — dicen aquellos que siempre vieron vacíos sus portamonedas, — es una historia antigua; el dinero podrá no adquirir la felicidad, pero contribuye grandemente a hacerlo!

Aun eso es discutible. Hay una historia sobre los nietos de uno de los hombres más ricos del mundo que es verdaderamente patética.

Aquellos niños ricos, privados por el hecho de ser herederos de los pequeños placeres de los que disfrutan la mayoría de los de su edad, se hallan protegidos contra la saciedad en la siguiente forma: con toda solemnidad se les entrega la cantidad de veinticinco centavos oro para sus gastos de la semana. Un ejército de profesores, institutrices y servidores vigilan para que no caiga un centavo extra en manos de esos jóvenes.

Cuidadosamente, una vez por semana se les conduce a la calle para que inviertan sus venticinco centavos en la forma que más les agrade, en juguetes caramelos, obsequios a otros niños o como lo encuentren conveniente.

Se toman toda clase de precauciones para proteger a esos niños del triste dilema de la saciedad y el aburrimiento. En sus hogares tienen pocas oportunidades de desear las pequeñas cosas que doran la vida. Nadie se sacrifica para que ellos vayan al colegio. No esperan con ansiedad una pelota de football, ni un par de guantes de abrigo para el invierno. No saben del padre tendido de espaldas en la mañana del domingo "arreglando el auto", mientras la familia aguarda con esperanzada paciencia que termine para que el "pic-nic" proyectado se convierta en hermosa realidad.

¿Qué vale la alegría artificial de los nietos de uno de los hombres más ricos del mundo, comparada con la alegría delirante de una pandilla de chiquillos que han logrado reunir lo suficiente para comprar una pelota o tomarse un helado cada uno?

Ambos extremos: gran riqueza y profunda pobreza son peligrosos.

Los males de la negra pobreza están constantemente ante la vista de un mundo cansado, pero la calamidad de la gran riqueza empieza a ser considerada un mal de igual gravedad, y despierta envidias y animosidad.

Conviene meditar sobre tales sucesos y considerar las causas determinantes del malestar imperante, reveladoras de errores básicos en la estructura social, y, sobre todo, tener siempre presente que la riqueza no es sinónimo de felicidad, como lo prueba el suicidio de tres de los hombres más ricos del mundo, en el espacio de pocos años: Lowenstein, Kreuger, Eastman.

FIN

Los HEREDEROS de CARUSO mantienen OCULTA la mayor

FUE un pobre campesino napolitano. Su madre tuvo veintiún hijos. En su niñez corría descalzo por las carreteras, y tal vez en ellas se le llenó de sol el alma, y tal vez por eso también fué siempre un niño candoroso, sensitivo y voluntarioso. Este niñito napolitano, descalzo y haraposo, bronceada la tez, negros los cabellos y los ojos reidores, llevaba en su garganta un tesoro estupendo que habría de conducirlo al pináculo de la gloria artística: el precioso don natural de los ruiseñores y los zorzales, ¡era un cantor; el más soberbio de los cantores! Su vida es demasiado conocida, pertenece a la fama, a la leyenda. No fué un artista, ni siquiera un tenor, aunque sus cuerdas vocales tuvieran ese registro. Fué algo más grande, más excelso: Caruso..., el único, el insuperado.

Todos los grandes escenarios del mundo lo vieron triunfar. Cobró diez mil pesos oro por cantar una noche y médio millón por actuar en una película. Vivió como un gran señor, pero como era italiano y recordaba la prístina miseria, supo economizar y llegó a ser rico, muy rico. Largos años estuvo en Nueva York. Allí se casó y allí permaneció los últimos años de su vida. Salió para volver a Nápoles. Era supersticioso y algo le anunciaba, él lo decía, que debía regresar a su Nápoles querida y soleada. Italianísimo, como tal vivió y murió. Tenía gran cariño por el público argentino. Aquí en Buenos Aires se afirmó definitivamente su fama. Llegó el 7 de mayo de 1899, en el antiguo "Regina Margherita", y debutó el 14 con "Fedora". El lo recordaba:

—Yo temblaba esa noche. La "cábala" me era adversa. Un tenor de nombre Carusoni había dejado muy mal recuerdo en la Opera porteña y... yo me llamaba Caruso y era "anche" tenor.

Fué tan grande el éxito de aquella noche que tuvo que volver a aparecer con "Fedora" ¡veinticinco noches seguidas! El gran "divo", emocionado, lloró la de su debut.

Cinco años seguidos vino a nuestra capital. Después Nueva York lo acaparó con las redes del oro y las más fuertes aún del amor. Una jovencita de pocos años se enamoró de él. Sus padres eran multimillonarios y se oponían al enlace, sobre todo porque Dorotea Park Benjamín contaba veinte años y Caruso cuarenta y cinco.



Tres astros del arte reunidos por el famoso pintor T. Styka: Caruso (al centro), el tenor sin par; Titta Ruffo (a la izquierda), el reputado barítono, y a la derecha el formidable bajo ruso Teodoro Chaliapine.



Caruso era un eximio dibujante, como lo demuestra la auto-caricatura que reproducimos.

DEJO UN TESTAMENTO VIEJO

El 2 de agosto de 1921 Caruso falleció en Nápoles. ¡Aquel fué un día de duelo para el arte! Dejó, como ya queda dicho, una gran fortuna y un testamento algo viejo, pues era anterior al nacimiento de su hijita, Gloria Caruso. Los tribunales italianos abrieron la sucesión; hubo una reunión de la familia Caruso. El testamento llevaba la fecha del 4 de enero de 1919, y, naturalmente, no mencionaba a su hija, que aún no había nacido. Después de proveer para su esposa, dejaba la mayor parte de su fortuna a su hermano Juan y a dos hijos naturales mayores de edad. Después de la conferencia de la familia, se realizó un arreglo por el cual la mitad de la herencia sería entregada a Gloria y el resto dividido por partes iguales entre la viuda del tenor, el hermano y los dos hijos naturales.

La viuda tuvo la ocurrencia de escribir un libro biográfico "Alas del canto", en el cual dice, refiriéndose a la existencia de los hijos naturales, lo siguiente.

—Me habló (Caruso) con cierta vacilación de sus dos

El glorioso tenor en el papel de duque de Mantua de la ópera "Rigoletto".



Caruso, posando especialmente para "El Hogar", en una fiesta que le fué ofrecida en la residencia del señor Ameliño Motarazzo (San Paulo) Brasil.

parte de la FORTUNA que les DEJO el insuperable DIVO



Caruso con su esposa e hijita a bordo de un transatlántico.



Uno de los más difundidos retratos del divo que electrizó a tantos auditorios.

hijos. Me parece que creía que esa parte de su vida pudiera resultarme desagradable, pero yo lo admiré y respeté más por ello. No había podido legalizar su situación con la madre de sus hijos, pero se apresuró a reconocerlos ante los tribunales de Milán y a darles un nombre."

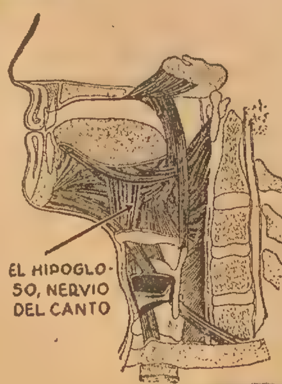
El secretario privado de Caruso reveló el nombre de la madre de aquellos hijos, Ada Giachetti, una cantante italiana. Caruso le instaló una casa y las relaciones continuaron durante once años. Ella abandonó a Caruso, y en cierta oportunidad se le apareció en Nueva York y le exigió dinero, que él le entregó. Más adelante lo demandó en Italia por abandono y pago de pensión alimenticia y él continuó remitiéndole fondos hasta su fallecimiento.

AVENTURAS DE LA VIUDA DE CARUSO

Dos años después del deceso de su esposo, la señora Dorotea Park Benjamín Caruso se volvió a casar con el capitán Ernesto Ingram, un escocés acaudalado, con quien se había encontrado en la playa del Lido. La relación comenzó mientras el militar británico enseñaba a la viuda a perfeccionarse en natación. Tuvieron una hija, Jaquelina Ingram, que vive con su madre y su hermanastra Gloria en la Riviera francesa. Poco duró el idilio: en 1924 el matrimonio Ingram se disolvió por sentencia de divorcio de los tribunales de París.

Dos años después del divorcio circularon rumores según los cuales la viuda de Caruso iba a contraer enlace con Alejandro P. Moore, propietario de diarios en Pittsburgh, ex embajador norteamericano en España y ex marido de Lilian Russell. No se efectuó la boda porque Moore falleció, dejando a la ex señora de Ingram un legado de 25.000 dólares y una sortija que había pertenecido a la famosa actriz que fué su primera esposa. ¡Mal obsequio el de la joya y destinado a causar molestias a su legataria!... La hija de Lilian Russell entabló una demanda reivindicatoria, alegando que su madre se la había dejado en realidad a ella y que sólo había estado en poder de Moore en calidad de depósito.

Auto - caricatura de Caruso.



Esquema del organismo vocal del célebre "divo", en el cual se constata el desarrollo del músculo hipogloso, o del canto. Nunca se conoció otro mayor.

La viuda de Caruso se defendió sosteniendo su derecho a usar la sortija tan cuestionada, declarando que Moore se la había dado como anillo de compromiso, y más adelante, al distanciarse, poco antes de la muerte de él, le había rogado que la guardara y usara como recuerdo.

33.000 PESOS ORO POR AÑO PARA GLORIA CARUSO

A tales líos sentimentales se agregaron otros de índole legal, determinados por el deseo de la señora de mantener a su hija Gloria.

"De acuerdo con la existencia a que está acostumbrada y con la fortuna dejada por su padre, de la cual, a su debido tiempo recibirá su parte."

En 1927 la viuda reveló en los tribunales de Nueva Jersey — los bienes de Caruso estaban casi totalmente en los Estados Unidos — que necesitaba 33.500 pesos oro por año para atender a la educación de Gloria. Hacía notar que sus rentas personales, provenientes de donaciones que le hiciera en vida el gran "divo" apenas alcanzaban a 9.000 pesos oro, y que por el sólo concepto de educación tenía que invertir 13.000 en Gloria Caruso, 29.200 en mantener su hogar y que, de acuerdo con un fallo de los tribunales italianos Gloria debía pasar, por lo menos, cuatro meses del año en Italia. Los gastos que podrían llamarse personales de Gloria eran los siguientes:

Una nurse	$ oro 1.500
Escuela	" " 600
Francés e italiano	" " 1.100
Baile	" " 100
Asistencia médica	" " 500
Vestidos	" " 5.000
Viaje anual a Italia	" " 4.000
Total:	$ oro 12.800

La lista de gastos "inevitables" de la señora de Caruso Ingram se descomponía así:

Alquiler de un departamento	$ oro 6.000
Servicio doméstico	" " 4.500
Seguros	" " 500
Luz, teléfono y varios	" " 2.000
Alimentación	" " 7.200
Vestidos	" " 5.000
Automóvil	" " 4.000
Total:	$ oro 29.200

Deducía del total los 9.000 pesos de rentas que ella poseía y cargaba los 20.200 restantes a Gloria, lo que hacía un total general de pesos oro 33.500.

Los tribunales de Nueva Jersey le negaron esa suma, y le



En ocasión de una fiesta infantil, dada en casa del magnate neoyorquino Frank Henderson, la nena Gloria Caruso y su media hermana Jaquelina (en recuadro), fueron fotografiadas con los demás concurrentes a la reunión.

acordaron 12.000 pesos oro por año del dinero de Gloria.

Cuando falleció, Caruso tenía propiedades valiosas en Nueva York apreciadas en 295.000 dólares, pero los derechos e impuestos y las entregas a herederos y otros gastos redujeron esa cifra a 33.000 pesos oro, y el tutor norteamericano de Gloria se queja de que la viuda de Caruso haya pagado de esa suma 18.000 pesos al hermano de Caruso, Juan, y a uno de sus hijos, Rodolfo, lo que no deja lo suficiente para asegurar a Gloria su parte en derecho. El mismo tutor se opuso al pago de 10.000 pesos oro de gastos administrativos, ordenado por la justicia italiana.

Aunque Caruso murió en Italia y fué italiano, el hecho de haber dejado gran parte de su fortuna en los Estados Unidos, fué causal para que los tribunales de este país intervinieran en el asunto y se trenzaran en agrias disputas con las autoridades italianas.

La pequeña Gloria tuvo en cierto momento tres guardianes o tutores legales: uno en Nueva York, otro en Nueva Jersey y el tercero en Italia, situación, como se comprenderá fácilmente, muy complicada, sobre todo si se agrega a ella la tutela natural de la madre.

CARUSO NO ERA IGNORANTE

Se ha dicho que Caruso fué un hombre ignorante y tosco. Nada más incierto. Tal vez su cultura no fué grande, ni siquiera completa, pero tampoco es posible negársela. Era demasiado sensitivo, noble y bondadoso para ser tosco. Además su amor a las colecciones de objetos de arte revelaba un gusto exquisito. Reunió en su residencia de Nueva York esmaltados de Limoges, relojes, bronces italianos y cristalería antigua, libros, miniaturas y retratos y caricaturas hechos por él mismo. Sus colecciones se vendieron en 1922, en remate público, produciendo 30.000 libras esterlinas.

Era, también, un buen dibujante y se entretenía en hacer autocaricatura.

Se dice que hasta ahora la mayor parte de la fortuna es mantenida oculta por la viuda y demás herederos de Caruso para evitar el pago de los fuertes impuestos a la herencia.

FIN

DEBEMOS SABER...

(Continuación de la página 23)

Conseguir el tono exacto que matizará con el cutis es bastante más difícil. Puede hacer la siguiente prueba que la ayudará muchísimo.

Pellizque la piel en la parte interior de la muñeca hasta que enrojezca por completo. Póngase un poco de rouge que haya elegido como el suyo, mismo al lado. Si matiza con el rojo de la mancha producida por el pellizco, es su tono de rouge. Si no, tendrá que probar hasta conseguir el efecto deseado.

El mismo rouge que traerá un sonrosado natural a las mejillas servirá para los labios, y, en general, se debiera emplear. Si usted prefiere una pequeña diferencia, debiera elegir tonos un poco más claros u obscuros del usado en las mejillas.

Para hacer juego el rouge con los labios (si es que no usa el mismo elegido para las mejillas), escoja un lápiz del mismo tono que la parte interior del labio inferior. Al elegir lápiz para los labios, tenga también cuidado que no cambie de color después que haya sido aplicado. Con muchos sucede esto, quedando después una sombra azulada.

Póngase un poco de rouge en la parte interior del brazo y esfúmelo cuidadosamente, media hora más tarde observe el manchón de rouge para ver si aún conserva su colorido fresco, rojo, o si ha tomado un leve tono azulado. Si usted tiene dificultad en decidir, cierre los ojos hasta que esté mirando por entre las pestañas. A menudo, se hallará que el rouge aparentemente rojo o anaranjado parece azul o morado.

Consejos generales para el sombreado de los ojos... azul para personas de ojos grises o azules; marrón para aquellas con ojos marrones; el verde es especialmente bueno para mujeres rubias o de cabellos rojos con ojos claros; el morado es bueno para uso general durante la noche. Las mujeres de ojos verdes pueden usar azul o marrón, según el que les quede mejor después de experimentar.

FIN

EL ORIGEN DE LAS BOINAS RADICALES

(Continuación de la pág. 48)

evidente intención de detener nuestra marcha. ¡Todavía me parece que lo veo! Era un hombre grueso, aindiado, de barba cerrada y corta. Cuando ya se encontraba a pocos metros de nosotros, Lagos le abocó su revólver de caballería, diciéndome en voz baja: "Voy a matar a este indio". Vi en sus ojos una resolución tan firme de hacerlo, que detuve su mano rápidamente, cuando ya iba a oprimir el disparador, casi a boca de jarro; salvando así una vida anónima.

"Pocos minutos después, y luego de pasar nuevamente bajo los fuegos del cantón de Talcahuano y Piedad, que mandaba Mariano de la Riestra, estábamos de regreso en el Parque, y las boinas aparecían detrás de parapetos y barricadas, sirviendo de blanco a las tropas de Juárez Celman. ¡Muchas se tiñeron de rojo!...

—¿Y no recuerda, usted, doctor, algunos otros episodios dignos de la letra de molde?

—¡Son tantos!... Le referiré uno que casi me cuesta la vida y que pudo tener consecuencias históricas. Me encontraba yo en la azotea del Parque, sobre el ángulo de Lavalle y Uruguay, conversando con Francisco Reineri, a quien había ido a pedirle un cigarrillo, a riesgo de servir de blanco a los cantones que tiraban contra nosotros. Teníamos prohibición terminante de disparar desde allí un solo tiro, aunque nos estaban quemando a balazos. El fuego se había generalizado en toda la zona de combate. De pronto un proyectil enemigo, me mordió el ala del chambergo, en un golpe de rebote. Había dado contra un tornillo del techo de cinc que se levantaba casi a la altura de nuestras cabezas, desviándose algunos centímetros de su natural trayectoria. De lo contrario, no podría darle ahora los informes que usted me solicita.

—¿Tendrán razón, entonces, nuestros criollos, cuando dicen que "las balas vienen con nombre y apelativo"?...

—Aun sin ser fatalista, uno tiene que creer, a veces, en esa clase de predestinaciones. Hay cosas que parecen realmente providenciales. Y aquí viene lo de la trascendencia histórica que pudo tener ese incidente, a primera vista sin importancia, y natural en tales casos. ¿Sabe usted quién fué el que me obsequió con aquel confite de plomo? ¡El doctor Carlos Pellegrini! Hacía rato que su gigantesca figura se destacaba sobre un cantón de la calle Charcas, entre Uruguay y Talcahuano. Tiraba a cuerpo descubierto, sin esquivar el bulto. Era valiente "el gringo"... Pero no logramos identificarlo hasta después de unos días, por referencias y cálculos de posición, que no dejaban lugar a dudas... Cuando yo sentí pasar tan cerca ese chumbo, zumbando como un moscardón, levanté instintivamente el remington, apuntando hacia un blanco que me parecía inerrable. Le aseguro, sin jactancia, que tiraba muy bien entonces... Y ya estaba a punto de hacer fuego contra Pellegrini, cuando me contuvo Reineri, con estas palabras: "Tenga cuidado, amigo; mire que ese hombre tiene una puntería endiablada, y ya nos ha volteado a varios. Hay orden terminante, además, de no disparar un solo tiro, y no olvide que estamos bajo severas disposiciones militares."

"Y bajé el fusil de mala gana. ¡Era tan tentador el blanco!... Ya ve usted cómo una onza de plomo, puede variar, a veces, el curso de la historia."

FIN

¿QUE HARIA YO SI...

(Continuación de la página 46)

instante maravilloso, del punto culminante de su vida. Después...

— Recuerdo claramente la hora más feliz de mi vida — dijo con toda calma, y luego, esbozando una picaresca sonrisa, — fué cuando mi madre me anunció que iríamos a vivir a Dalkey Hill.

¿Se estaría burlando de mí? Pero no me hizo mella y volví a la carga.

— *¿Cuándo se sintió más cerca de la desesperación?*

¿Estaría escarbando su pasado para revelármelo? ¿Excavó en las profundidades de su madura experiencia para confesar su terrible momento? No, no lo hizo, sólo me respondió paradójicamente:

— Me parece recordar el proverbio o más bien las sagradas escrituras que dicen: "Aquel que nunca ha tenido una esperanza, no puede desesperar".

NO TUVO UNA ESPERANZA

¡Pobre Bernard Shaw! ¡No haber conocido nunca el dulce consuelo de la esperanza! ¿O se había burlado nuevamente de mí?

—*¿Tuvo usted que luchar para obtener fama?*

— No — respondió ingenuamente — soy demasiado perezoso para luchar. — Y encogiéndose de hombros, agregó: — Además, ¡es una falta de educación!

— *¿Cuál fué el punto decisivo de su carrera?*

— ¡Qué pregunta tan estúpida!

Como verán, no tenía para mí ni un ápice de clemencia.

— Ha habido varios, no solamente uno. ¡Podría en igual forma hacerle esa pregunta a un murciélago!

(Continúa en la página 61)

El SINO

Un cuento campero de JUAN M. PRIETO

HACIA cinco o seis años que había dejado de andar de un lado para el otro, viviendo del abigeato, del juego, cansado de hacer fechorías, de correr aventuras y de andar peleando con o sin razón por cualquier causa, y aun sin ella. El Sur de la provincia de Buenos Aires era su cancha y por sobre ella se extendía su fama de bandolero audaz, a quien ya circundaba una aureola de romance creada por la imaginación popular.

Los comisarios y encargados de destacamentos de campaña tenían orden de capturarlo por cualquier medio. Pero la orden no se cumplía. El hombre no había sido visto, aun cuando se paseaba por frente la comisaría y se permitía saludar a los representantes de la autoridad con una sonrisa burlona que de provocadora iba diciendo quién era.



— Mientras se esté quieto — decían los guardadores del orden, — lo mejor es dejarlo. Con eso se evita alguna desgracia y el tener que andar a tiros; no hay que apurarse... Tanto dar güelta, algún día va a caer como sapo al pozo.

Algunos milicos con más coraje que el que puede infundir el uniforme, habían quedado boca arriba o boca abajo, con el cuero agujereado por las balas o el facón de Gervasio Pintos, a quien las armas policiales parecían respetar o dañar apenas.

— El gaucho Pintos ha de tener un Dios aparte — decían los que lo conocían.

Y los que no lo conocían aseguraban:

— ¡Es hombre de suerte! En cuanto ésta se desentienda d'él, veremos lo que hace. ¡Lástima no anduviera por aquí! Tal vez se le acabaran los cortes...

Pero llegado el caso de que el paisano se aparecía como traído para probarlos, todos trataban de captarse su simpatía, de hacerse amigos y de adularlo, porque no convenía andar mal con nadie, ni meterse en cosa ajena...

Bastaba que al hablar dijera, como era su costumbre presentarse:

— Es Gervasio Pintos el qu'habla — para que el silencio se hiciera en torno suyo y el mayor respeto se posesionase de los circunstantes.

Se reía si él reía y se aprobaban sus hechos sin analizarlos; se festejaban sus ocurrencias y se admiraba como una señal de valor la cicatriz que sombreaba sobre su frente el ala de su chambergo.

Aquella cicatriz estaba relacionada con una aventura amorosa. Habíasela hecho una mujer, una gaucha, en circunstancias que no son para descriptas; mas Gervasio decía que había sido peleando con una comisión policial.

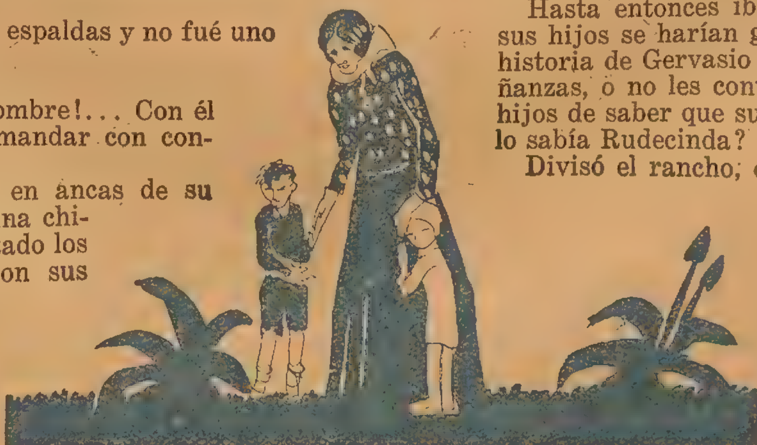
No pocos caudillos lo tuvieron como guarda espaldas y no fué uno solo el que tuvo que lamentar su pérdida.

Solían recordarlo de esta manera:

— ¡Gervasio Pintos! ¡Ese sí que era un hombre!... Con él se podía estar seguro en cualquier lado y mandar con confianza.

Montando bueno y bien aperado, llevóse en ancas de su malacara, o de un tílburi prestado, más de una chinita de los ranchos, después de haberle calentado los oídos en un baile, o haberla enamorado con sus guapezas y su figura de mozo bien plantado.

Ahora, a caballo en un zaino, mientras orillaba la laguna para llegar a su rancho, más allá de los pajonales, recordaba, haciendo balance de su vida en los últimos tiempos.



Desde que dejó su malandanza había conquistado tranquilidad, dos brazos cariñosos y alentadores, donde refugiar su fatiga, y nombre de honrado, de bueno, de infeliz acaso en "Güeso Grande", lugar al que llegó arreando una tropilla de overos y donde por primera vez dejó de decir: "Es Gervasio Pintos el que habla", para decir simplemente a la primera presentación:

— Santiago Pérez, un servidor...

Sonrió al recordar la historia que se contaba de él en "Güeso Grande" a su llegada, y donde conoció a la que ahora era su mujer, y las bravatas de muchos, que jamás pudieron sospechar que aquel Santiago Pérez que los escuchaba con tanta atención y hacía preguntas sobre la vida del bandido, fuera el mismo Gervasio Pintos.

¡Ah, si él no hubiera estado tan cansado de aquella vida de pellejerías y hubiera dicho: "Es Gervasio Pintos quien habla", cómo se habrían cosido las bocas y hecho humo las bravatas!...

Pero él había llegado allí dispuesto a echar un toldo sobre su existencia pasada; de Gervasio Pintos apenas si le importaba, y hasta se permitió hacer algunos chistes a su costilla...

Una bandada de patos que se levantó de la laguna lo distrajo; más adelante, su caballo dió una espantada al levantar el vuelo un flamenco, y Gervasio le palmeó el cogote.

— ¡Chiiis!... Chi, chi, chi... ¡Aino!... ¡Chiis!...

Luego volvió a pensar.

Ahora tenía menos plata, más obligaciones, dos hijos a quienes criar y una mujer a quien querer. ¡Una mujer! Él, que había tenido tantas, se había encariñado con ésta como se encariña cualquier bicho cuando la mano que se acerca sólo sabe de caricias.

De Gervasio Pintos no quedaba ni la sombra; hasta el mundo parecía olvidado de él, y como lo siguiera olvidando, estaba seguro que iba a acabar sus días cristianamente, rodeado de sus hijos y con un campito y un rancho de su propiedad, fruto de su sudor y del alentador consejo de su dueña.

Hasta entonces iba a trabajar, si Dios quería; después sus hijos se harían grandes, y él les contaría la verdadera historia de Gervasio Pintos, para que fueran sacando enseñanzas, o no les contaría nada. ¿Qué necesidad tenían sus hijos de saber que su padre había sido un bandido? ¿Acaso lo sabía Rudecinda?

Divisó el rancho, e inclinándose un poco, echó el caballo al galope.

Unas pinceladas rosadas ponían en el cielo la anunciación del crepúsculo; en la laguna las pinceladas rosas parecían descansar bajo el agua.

Cuando se apeó, dos bracitos tiernos se abrazaron a cada una

(Continúa en la página 55)

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

ENROJECIMIENTO DE LA NARIZ

Con los fríos de la estación actual es frecuente el enrojecimiento de la nariz, y, naturalmente, no es nada grato ostentar enrojecido el apéndice nasal. Ello puede remediarse evitando las comidas muy abundantes y sobre todo muy cargadas de especias, como asimismo el abuso de las bebidas alcohólicas, y la presión del cuerpo mediante ropas estrechas.

He aquí detallada una receta con la que puede usted combatir el enrojecimiento de la nariz de su hija, que tanto le molesta:

Oxido de cinc	50 gramos
Glicerina	2 "
Agua de rosas	120 "
Esencia de rosas	15 gotas.

Cdo. a "Pituca", de C. Rivadavia.

● ●

EL ESPIRITU INFANTIL

El espíritu de los niños es, en efecto, muy impresionable. De ahí que surtan tan gran efecto en ellos las alabanzas y las reprensiones.

Para no ensoberbecerlos ni acobardarlos, lo mejor es tratarlos con suavidad, sin que lo que se les dice, bueno o malo, pueda ser motivo de variar sus sentimientos. Trate a su niño con dulzura, hágale comprender qué cosas están bien hechas y cuáles están mal; corríjale y no le permita que haga su voluntad; de esta manera su niño tendrá conciencia de lo que hace y será obediente y respetuoso.

No olvide lo que le decimos al principio: el espíritu de los niños es muy impresionable, y surten gran efecto en él, tanto las alabanzas como las reprensiones. Sea moderada en una y otra cosa. Nada más.

Cdo. a "Señora de Pereyra", de Alberdi.

HAY MUCHAS COSAS DIFICILES PARA UNA MADRE: UNA DE ELLAS ES LA EDUCACION DE SUS HIJOS.

● ●

LA TEMPERATURA DE LOS BAÑOS

Nos pregunta usted cuál es la temperatura de los baños. Como esto es de gran importancia, tanto para usted como para todas las madres, vamos a detallarle a continuación las diversas temperaturas de los baños:

Se considera baño frío todo aquel cuya temperatura no excede de diez a quince grados; pasando de quince hasta veinte puede considerarse fresco; templado es todo aquel que oscila entre veinte y treinta; de treinta a treinta y cinco ya es caliente, y de los treinta y cinco a los treinta y nueve, muy caliente.

Estas son, en general, las temperaturas de los diferentes baños. Es muy importante tenerlas en cuenta cuando se trata de bañar niños.

Cdo. a "Silvia R. de M.", de Saladillo.

Los NIÑOS GOLOSOS



Los niños son por naturaleza golosos, y no dejan pasar ocasión de apoderarse de los dulces y confituras que las mamás guardan en sus despensas o sus alacenas. Esto, además de ser un feo vicio, entraña también sus peligros. En efecto, se han dado muchos casos de que, confundiendo un plato o una botella, han comido o bebido un tóxico que ha puesto en grave riesgo su vida.

Como si esto fuera poco, alcanzar estas golosinas siempre es expuesto. Las madres, por previsión, suelen guardar éstas en el lugar más alto de sus armarios. Los niños, en su afán de alcanzarlas, se ven obligados a hacer innumerables proezas sobre una silla, una mesa o cualquier objeto, en constante peligro de caer y ocasionarse una lesión más o menos grave.

Recomendamos, pues, a las madres que cuiden mucho este detalle; que vigilen a sus niños, sobre todo si son golosos, y en todos los casos les hagan ver qué peligros corren, aparte de que adquieren un feo vicio. Porque no hay peor vicio que el de ser goloso y comer lo que la mamá guarda para postre o para convidar a las visitas que espera.

LAS ESPINAS DE PESCADO

En el número del 29 de junio respondemos a su pregunta, bajo el mismo título con que ahora le contestamos. Sírvase consultar dicho número.

Cdo. a "Amelia M. de G.", de Santos Lugares)

● ●

PARA DESINFECTAR LAS HABICIONES

A continuación detallamos la receta que usted nos pide para desinfectar y desodorizar las habitaciones:

Esencia de eucalipto	20 gramos
Esencia de lavanda	10 "
Esencia de romero	10 "
Formol al 40 %	10 gotas.

Esta mezcla se usa del siguiente modo: se enrojece una plancha y sobre ella se derraman unas gotas.

Cdo. a "Ulsa", de Arrecifes.

● ●

LAS COMIDAS

No, señora; no debe dar a su nena todavía esa clase de comidas. Continúe dándole el pecho mezclado con sopitas de cereales, harinas, etc.

En cuanto a la demora con que, a veces, contestamos las preguntas, ello se debe a la gran cantidad de cartas que nos llegan diariamente.

Cdo. a "Ella", de Venado Tuerto.

● ●

CONTRA EL DOLOR DE CABEZA

En efecto; el dolor de cabeza también puede combatirse mediante la aspiración por la nariz de los vapores del amoníaco. No pierde nada con ensayar.

Cdo. a "Eugenia", de Carlos Casares.

● ●

LA LACTANCIA

Somos de opinión que, salvo causa de fuerza mayor, no le suspenda a su bebé el pecho. En último caso, si, como nos dice en su carta, su situación económica es desahogada, búsquele a su nene una nodriza hasta que llegue a esa edad en que le sea posible alimentarle con sopitas y mamadera.

Cdo. a "Madrecita joven", de Ayacucho.

EL INVIERNO Y LA NEURASTENIA

Los días grises del invierno y los bruscos cambios de temperatura influyen enormemente sobre los neurasténicos, cuya excitación se hace mayor a medida que el barómetro bruscamente cambia sus indicaciones. Siguiendo en sus alteraciones de tensión y de depresión nerviosa a todas las oscilaciones del medio cósmico pasan del bienestar absoluto a la más dolorosa angustia.

Estos enfermos en vibración continua, a quienes los más fútiles motivos exaltan o abaten, no sufren males imaginarios, insomnios, dolores, tristeza, abulia, fatiga, ineptitud para el trabajo, todos esos complejos síntomas mórbidos, que varían para cada individuo, son absolutamente reales y muy dignos de tenerse en cuenta.

Si la fatiga de un trabajo excisivo cae sobre un organismo predispuesto, inmediatamente aparecerá la neurastenia. Pasará la fatiga, pero quedará la agitación nerviosa, y su sueño se verá turbado, y sus digestiones serán laboriosas, y quedará inútil para el trabajo y para todo ejercicio físico. La imaginación del enfermo hará lo demás, y considerará como definitivo su estado transitorio.

Es indescriptible el tormento de una vida que se arrastra entre las angustias de la neurastenia. Y, sin embargo, el organismo no se deteriora mucho, y por preocupado que el enfermo esté, si pudiera hacérsele observar: que ni su peso, ni sus fuerzas decrecen realmente; que sus músculos y su inervación están correctos, cómo lo prueban experimentos eléctricos o dinamométricos, curará con tal rapidez, que parecería una verdadera resurrección.

Sería larga la descripción de un tratamiento médico, y la enumeración de los remedios que preconiza la terapéutica para estos casos; pero lo esencial es insistir en la necesidad de restaurar la voluntad del neurasténico. Este es como una dínamo cuyos órganos estuvieran intactos, pero cuyo voltaje fuera irregular o insuficiente. Y como el cerebro es el órgano productor de la corriente, sobre el cerebro hay que actuar, enseñando al neurasténico a *querer* y habituándose al ejercicio de la voluntad, no por un esfuerzo de que sería incapaz, sino por el raciocinio, que es la forma más durable de la voluntad. La curación es difícil; pero será eficaz si colaboran a ella con el médico todos los que rodean al enfermo. Cuando éste empiece a convencerse de que es su imaginación el principal aliado de su decadencia física, y cuando se habitúe a mirar sus males, no con vidrios de aumento, sino con vista natural, entonces la curación estará muy avanzada, y será definitiva si se persiste en el tratamiento alentador.

LOS NIÑOS APRENDEN TODO LO QUE SE LES ENSEÑA Y TODO LO QUE VEN. NO DEBE NINGUNA MADRE OLVIDAR ESTO.

TODO lo que HAGA por sus HIJOS lo HARA por Vd. MISMA

EL SINO (Continuación de la página 53)

de sus piernas y una boca fresca le humedeció los labios.

—Hace rato han venido a preguntar por vos.

—¿Por mí? — preguntó extrañado.

—Sí — respondió Rudecinda. — ¡Güen susto me llevé!

—¿Susto?

—Claro, pues, si el que preguntaba por vos era polecía.

—No tengo cuentas con ella.

—Por eso m'asusté.

—¿Y quién fué el que vino?

—Fué un cabo chinote, 'e bigote chuzo, medio gordote y panzón, bastante chueco. Yo no lo conozco; ha 'e ser nuevo en el pago.

—¿Chinote, panzón y chueco?... No lo ricuerdo.

—Ni yo tampoco. Ha de ser forastero.

—¿Y preguntó por mí? ¿Tas segura?

—¡Cómo no voy a estar!... "¿Vive aquí Santiago Pérez?", jué su primera pregunta. "Aquí vive", dije yo; y él: "Venía a buscarlo pa que me acompañara a la comesaría; hay una denuncia de un vecino." No sé lo qu'habrás hecho...

—Nada, Rudecinda.

—¿Entonces?

—Alguna mala interpretación.

—Vaya a saber uno quién lo quiere bien o mal.

—Cierto...

—¿Y vas a dir?

—Claro que sí, si el cabo güelve a buscarme.

—V'a golver; dijo que golvería... ¡Yo toy d'asustada!...

—No tenés por qué; si voy, he de golver pronto; no m'han de tener detenido por puro gusto. Lleváte estos mocosos pa dentro, y prepará algo 'e comer en tanto desensillo. Vaya, m'hijito, sueltemé.

—¿No les has tráido nada?

—Sí.

Y mientras comenzaba a desensillar aflojando el cinchón, sacó un paquete de caramelos de un bolsillo.

—Tomá. Hay de tuitos los colores, pero 'e sabor son lo mesmo.

Tiró al suelo el sobrepuesto y se quedó pensando, haciendo memoria para recordar dónde había visto él aquel policía chinote, panzón y chueco. En "Güeso Grande" seguramente, en la misma "esquina" el día que se corrían las sortijas. Ahora recordaba: el cabo lo había estado observando. Dos o tres veces se le había aproximado para decirle algo y una para pedirle fósforos... Pero ¿antes? Él lo había visto anteriormente. ¿Cuándo?

El zaino levantó la cabeza y enderezó las orejas, volviendo el pescuezo hacia el poniente. Era señal de que alguno se acercaba por ese lado.

Gervasio, siguiendo con la vista el movimiento de su caballo, divisó al policía. Ahora, viendo al milico acercarse al galope, lo recordó de pronto: había querido llevarlo de una pulpería de Juancho, hacía años, y sólo llevó la marca de su cuchillo en el pecho. ¿Cómo diablos no había muerto? ¡Y era de ley el milico! Había peleado como bueno; solamente por la fatalidad de un resbalón pudo sacarle ventaja cuando ya el chinote lo tenía medio apurado. Pero, ¿qué haría ahora? ¿Vendría a llevárselo por la fuerza?... ¿Y él?... ¿Iba a seguirlo mansamente, como Santiago Pérez, o iba a descubrirse ante los suyos y a empacársele a lo Gervasio Pintos?...

Ladraron los dos perritos nutrieros y Rudecinda salió del rancho; detrás de ella salieron los chicos, prendidos de su pollera; lloraron y trataron de ocultarse tras la madre apenas vieron al cabo.

—Güenas tardes.

—Güenas — respondieron a un tiempo Rudecinda y Gervasio.

—Venía a molestarlo, don Santiago.

—Ya sabía, ya; me lo ha dicho mi mujer. Pero abajesé, que no lo van a morder los perros.

—Vengo a buscarlo por una denuncia. Va a tener a bien de acompañarme; es cuestión de poco...

—¿No podría dir mañana? — intervino Rudecinda.

—El oficial no v'a estar mañana, señora; m'ha recomendao que vaya hoy. Es asunto 'e poca importancia; v'a golver en seguida...

—Siendo así — contestó Gervasio, — estoy a sus órdenes; pero yo creo, amigo, qu'ha d'haber alguna confusión de por medio...

—Tal vez... Yo también creo; he recogido güenos informes d'usté...

—No se mete con nadie.

—Así es.

—No es chupador.

—Lo sé, señora. Tiene muy güena menta su marido en "Güeso Grande". Ha 'e ser una equivocación no más, como él dice.

Gervasio había vuelto a montar.

—Si tardo en golver, no te aflijás — díjole a Rudecinda. — Atrancá la puerta 'el rancho. Ya sabés ande está el rególver y la caja 'e balas; no te v'a hacer falta, pero si t'hace, ya sabés... Yo he de golver en seguida, si Dios quiere...

Y volviéndose al cabo, preguntó:

—¿Vamos?

Rudecinda alzó hasta él los chicos, uno a uno, para que los besara, y aquella acción emocionó a Pintos. No; él no iba a dejar que sus cachorros quedaran desamparados. Ya se arreglaría para volver a las casas; lo haría por ellos; si en sus manos estaba torcer el destino a su favor, lo torcería.

Echaron a andar al tranco, como aparceros; pasaron el pajonal conversando, refiriendo casos donde la justicia había condenado a inocentes creyéndolos bandidos porque las pruebas, las circunstancias y todo estaba en contra de ellos. Orillaban la laguna, la noche se arrastraba sobre el campo, se deslizaba sobre el agua, los envolvía.

Gervasio sacó cigarrillos y convidó.

Pronto los cigarrillos fueron dos luciérnagas sobre los labios. Ya no hablaban; el silencio les caía encima como una llovizna sobre un techo de cinc.

Si hubiera sido de día, Gervasio habría visto el reflejo de una sonrisa de triunfo en la boca del milico, y éste, a su vez, algo siniestro tras los ojos de Gervasio.

Al llegar a cierto sitio, el paisano dijo:

—Se puede vadear la laguna por aquí y cortar camino; no hay más que "huncos", un poco 'e barro, pero se va bien; ahorramos como veinte cuadras.

—¿Ta seguro?

—Conozco todo esto como el piso 'e mi rancho.

—Tengo el caballo cansao, pero es mejor seguir orillando.

—¿Me disconfía?... No pensará que quiero escaparme. No tengo por qué.

El cabo sonrió. ¡Si sabría él!... Pero no era cosa de dejar adivinar sus sospechas ahora que todo marchaba tan lindo.

—Vamos — dijo.

Hubieron de castigar las cabalgaduras para hacerlas entrar; los animales se negaban, y apenas pusieron los remos en la laguna, resoplaron y avanzaban recelosos. A los pocos metros de la orilla, dijo el milico:

—Me parece que vamos mal. ¿No hay barro blando?

—¡Qué v'a ver! — contestó Gervasio, a tiempo que detenía su caballo, y en seguida gritó:

—¡Espere! ¡Espere! ¡Hay un pozo áhi mesmo! ¡Hágase a un lao! ¡Hacia la izquierda! ¡Ahura ricuerdo! ¡Es un pozo fierazo! Hágase a la izquierda! ¡Pronto!... ¡Se le v'a dir 'e manos el mancarrón! ¡Zaino!

E hizo creer que lo seguía, pero no movió el animal.

El cabo obedeció, desvióse unos metros, y el caballo viejo y flaco se hundió hasta los encuentros, dió unos pasos más y se quedó; quiso volverse, en un esfuerzo que le arrancó un quejido prolongado, pero fué inútil: el barro, maneándolo, se lo tragaba.

El policía saltó de su cabalgadura, chapaleó en el fango un segundo y quedó prisionero en él.

Horrorizado, rogó a gritos:

—¡Salváme, bandido!... ¡Me hundo!... ¡Por tus hijos!...

—¡Por ellos no te salvo! — contestó Gervasio. — ¡Por ellos no quiero pudrirme en la cárcel! ¿Vos sabés quién soy?

—¡Gervasio Pintos! ¡Salváme!... ¡Tiráme el lazo!... Seguirás siendo Santiago Pérez; naide a no ser yo, te conoce...

Sacaba fuerzas de la desesperación para salir a flote y a cada movimiento suyo el barro abría más sus fauces para engullirlo. Gervasio volvió su caballo hacia la orilla.

Los ojos del infortunado milico se agrandaron como charcos para mirar a la muerte, se acordó que llevaba revólver, y exclamó:

—¡Vas a morir vos tamién! ¡Vamo a morir juntos!

Tiró casi sin apuntar sobre el bulto del gaucho. Hubo un alboroto de alas en la orilla y en el aire. Gervasio volvió la cabeza sorprendido, miró hacia el lugar donde debía estar el milico y no vió nada más que una mancha negra arriba del agua: debían de ser los hombros y la cabeza del policía, quizá la del caballo...

—¡Es el destino de que debo continuar siendo Santiago Pérez! — murmuró. — ¡Por suerte, no m'ha herido! Más vale así; hay que creer en el sino... ¡Él me ha salvao, el sino!...

Al pisar tierra firme, se apeó.

—Hay que hacer tiempo pa que Rudecinda crea qu'he llegao hasta la comesaría.

Desensilló perezosamente, tiró el recado al suelo, se sentó encima del cojinillo, a lo turco, cruzando las piernas, encendió otro cigarrillo, y teniendo al zaino del cabestro, púsose a mirar la laguna que volvía al silencio.

Después, por la marcha ascendente de "las tres Marías", calculó el tiempo, y cuando ellas estuvieron casi sobre su cabeza; volvió al rancho, tranquilo, sin remordimiento, como un hombre bueno.

FIN

El Mensajero

EN aquel crudo y terrible invierno del año 1920 ya no vivíamos en nuestra casa de campo, grande y cómoda, sino en un pequeño edificio aislado. Alejandro Glébovich, después del segundo ataque, no se movía del sillón. No teníamos leña para encender las estufas; cuando empezaba a obscurecer yo iba al bosque para juntar un poco de ramaje seco. La leña no alcanzaba para encender las enormes estufas holandesas, y gracias al padre Agapyt pude conseguir que me hicieran una pequeña estufa de ladrillo que humeaba, pero, en cambio, calentaba muy bien.

Alejandro Glébovich tenía siempre los pies helados. Yo acercaba su sillón hasta tenerlo pegado a la estufa, y en la mesa colocaba su preferido juego de paciencia, "Rouge et noir".

A veces, cuando el frío era más intenso, él pasaba toda la noche en el sillón. Pensábamos en nuestro querido Gleb, pero no nos atrevíamos a hablar de él. Ni sabíamos cómo nombrarlo en nuestras plegarias: si rezar por su salud o por la tranquilidad de su alma, pues ignorábamos si pertenecía a los vivos o a los muertos. Sólo Dios lo sabía.

Fuera del padre Agapyt, nadie venía a nuestra casa, lo que nos alegraba, pues ya éramos viejos para contraer nuevas amistades, y con los familiares que nos habían abandonado nos comunicábamos en las sesiones de espiritismo.

Cuando éramos jóvenes, Alejandro Glébovich se burlaba de mí, llamándome chiflada, y trataba de demostrármelo apoyándose sobre los postulados de la ciencia. Pero después, cuando sobrevino toda una serie de desgracias, terminó él mismo por "creer", por lo menos a veces.

El padre Agapyt me reprendía:

— Deben saber ustedes que los santos padres de la Iglesia prohiben estas sesiones.

... Pero, ¿qué le vamos a hacer? Sé que es un pecado, pero me acostumbré a comunicarme por este camino con los que nos habían abandonado, y no podría dejar de hacerlo ahora cuando ése era nuestro único consuelo. A más debo advertir que no los molestábamos mucho, pues siempre preguntábamos:

— ¿Quién quiere y puede hablar con nosotros?

— Me imagino — contestó el padre Agapyt, — quién en este caso venía...

— ¿Y qué hay? Si era algún espíritu travieso y sospechoso, con una plegaria lo espantábamos y él se iba... Pero, en cambio, ¡qué alegría si venía alguno de los nuestros!... A menudo venía la madre de Alejandro Glébovich, el tío Pablo Cirilovich, nuestra hijita Natálochka, que apenas tenía dos años cuando nos dejó. Repetía de una manera encantadora: "Papito, papacito"... Después de verla, Alejandro Glébovich dormía bien toda la noche. Nuestro querido Gleb no venía, y esto me alegraba, pues significaba que estaba todavía sobre la tierra.

Alejandro Glébovich decía:

— No sé por qué nunca viene Gleb.

Y fruncía el entrecejo.

Una vez de noche, mientras Alejandro Glébovich formaba su juego de paciencia, yo preparaba las papas para la cena. Me miró por encima de los lentes, y dijo:

— Deja eso, de todos modos no las voy a comer, y tus manos se ponen como las de una cocinera.

Yo recordé otros tiempos, cuando los donjuanes de entonces me besaban las manos. Y recordé al conde Pedro.

— Quizá quieres hablarle — me preguntó Alejandro Glébovich. — A ver, Mascha, probaremos; quizá hoy tengamos más suerte.

Nos sentamos, tomé el lápiz. Poniendo su mano sobre la mía, Alejandro Glébovich dijo:

— Conde Pedro Sergeevich, si quieres y puedes, conversa un rato con nosotros.

El lápiz no se movía...

— No quieres, viejo amigo — rezongó Alejandro Glébovich, — nadie quiere conversar con nosotros, Mascha, nadie nos quiere...

El lápiz, de repente, se movió, dejando sobre el papel las siguientes palabras:

"Yo...,
yo..., yo..."

El viejo se rió.

— Otra vez algún sospechoso, algún asesino o político ahorcado. Solamente estos aparecen...

Yo me persigné. De nuevo el lápiz rozó el papel.

"Yo...
yo..., yo..."

El lápiz corrió por el papel, rompiéndolo y trazando en la punta de la hoja la palabra "Mensajero".

— ¿De quién y con qué?

El lápiz trazó una espiral interminable... Esperamos... En el completo silencio de la noche se oyó solamente el roce del lápiz sobre el papel. Y de repente aparecieron las letras que formaron la palabra: "Anunciación".

— ¿Será algún cura? — bromeó Alejandro Glébovich.

Tomamos de nuevo el lápiz... Aparecieron las palabras:

"No..., no..., no..."

— Quiere decir que no lo hemos comprendido bien. ¿Qué significa, entonces?

De nuevo corrió el lápiz...

"Yo..., yo..., yo... Mensajero... Anunciación..."

Después apareció una palabra que empezaba con una G y no se podía descifrar más. Pero yo ya lo había comprendido...

— ¿Quiere decir que recibiremos buenas nuevas de nuestro hijo? — preguntó Alejandro Glébovich.

Y aparecieron las palabras:

"Sí..., sí..., sí..."

Yo apenas me entretuve... Las lágrimas corrían por mis mejillas.

Alejandro Glébovich murmuró:

— Al fin, al fin nos han oído...

Y yo ya estoy segura que vive mi hijo, que Dios lo salvó de manos asesinas...

— Hay que preguntar quién es el mensajero, que se nombre — dijo, poniéndose nervioso Alejandro Glébovich.



—A duras penas llegué hasta aquí— dijo con voz ronca.
—Usted, seguramente, se resfrió; entre rápido...

— No, no preguntemos más, es demasiado...

— Sí, sí, hay que preguntar...

De nuevo tomamos el lápiz, pero sobre el papel no vimos más que espirales... Ni una letra... Nada... No nos quieren decir nada de nuestro pobre hijo... El enfermo, enojado, movía el sillón...

— Otra vez alguna broma de algún espíritu travieso y sinvergüenza...

— ¡Por Dios, no hables así!

— Yo no puedo más. Solamente tú tienes la paciencia de un ángel; yo estoy harto... Noches enteras sin dormir por el hijo que está en la tumba...

— Acuérdate, Santo Tomás decía: "No sabemos dónde vas"...

Un cuento de JORGE PESKOV

Él dirigió hacia mí su cara ruborizada y lastimera.

—Y Jesús le contestó: "Yo soy el camino, la verdad y la vida."

—Tienes razón, Mascha, gracias.

Así estábamos los dos pidiendo a Dios que nos perdonara el pecado de Santo Tomás.

—Dígame sólo si está vivo — grité a través de la puerta.

—Sí, sano y salvo; esté tranquila...

Con el pie él sacaba la nieve amontonada. Sentí el esfuerzo que él hacía para abrir la puerta, lo recuerdo muy bien, como también la enorme alegría que inundaba todo mi ser. La puerta se abrió, pero no toda, de modo que él apenas pudo pasar; toda su figura estaba cubierta de nieve.

—A duras penas llegué hasta aquí — dijo con voz ronca.

—Usted, seguramente, se resfrió; entre rápido, debe tomar algo caliente.



Afuera rugía la tormenta de nieve, aullaba en la chimenea el viento, y parecíamos Alejandro Glébovich y yo los únicos sobrevivientes de ese caos... Pero yo ya sabía que no estábamos solos... De repente algo golpeó en el vidrio de la ventana... En la obscuridad nada se veía... Me senté de nuevo esperando sobresaltado alguna novedad. Se oyó un golpe en la puerta, pero no de la terraza, sino de la puerta interior.

—¿Quién será a esta hora y con este tiempo? No abras sin preguntar quién es...

De nuevo un golpe... Con dificultad abro la ventana helada y veo a un hombre desconocido.

—¿Qué desea?

Él me miró silenciosamente. Comprendí en seguida, y me arrojé sobre la puerta tratando de abrirla; la nieve de afuera lo impedía.

—¡Por Dios, no se incomode por mí!...

Rápidamente se sacó la capa y entró en la pieza. Vestía uniforme de oficial, sobre sus hombros brillaban las charreteras. Por la cara de Alejandro Glébovich vi que se daba cuenta de quién era, y silenciosamente le dió un apretón de manos.

—¡Nuestro Gleb está sano y salvo! — dije llorando.

Lo hice sentar, le serví el té y todo lo que tenía; nada le preguntamos: había que dejarlo descansar. Él no se sirvió nada. Recién entonces noté que estaba temblando.

—¿Está usted enfermo?

—Siento escalofríos...

—¡Ah! ¡Dios mío, usted se enfermó por nosotros!

Daba miedo mirarlo, como si fuera una persona que durante varios días no hubiese comido, las mejillas hundidas, la piel pegada a los huesos, la nariz y la barba azuladas, los ojos apagados e inmóviles miraban fijamente un solo punto.

—Usted tiene mal semblante...

—Estoy enfermo, tengo tifus — dijo tranquilamente.

—¿Cómo? ¡Tifus! ¡Dios mío! ¿Cómo, entonces, lo dejaron salir?

—Me han mandado — rectificó él.

—Pero es espantoso; usted debe acostarse en seguida, yo trataré de llamar un médico.

—No, no hace falta, el médico no me puede ayudar y yo no puedo quedarme... Permítame transmitirle el mensaje y me voy...

—Yo por nada lo dejaré ir ahora...

—Claro que es imposible que se vaya así — agregó Alejandro Glébovich,—espere aunque sea hasta mañana. Además tiene que cuidarse: usted está de uniforme, no sé cómo ha podido pasar inadvertido.

—Ahora ya puedo usar cualquier traje...

—Usted se equivoca... Si viene de allá...

—Justamente, por eso...

—Lo tomarán preso, me extraña que todavía no lo hayan hecho.

—¡Que prueben a hacerlo! — sonrió él con desprecio y amargura.

—Habría que sacarle aunque fuera las charreteras — seguía insistiendo Alejandro Glébovich.

—Créame que no tiene importancia... Tengo el encargo de decirle lo siguiente: Yo soy, discúlpeme si no me presenté antes, teniente del regimiento de Drosdovsky, me llamo Serikoff, soy el amigo de su hijo, Gleb Alejandrovich. Lo vi por última vez en Simferopol, antes de la llegada de los rojos. Por varias causas, de las que no hablaremos, yo estaba obligado a quedarme en la ciudad cuando la estaban evacuando. Desde entonces estuvimos separados... No hay motivo para dudar que su hijo dejó Crimea y está ahora fuera de peligro. Es todo lo que sé, pero si usted quiere conocer más detalles, le puedo dar la dirección de la hermana de caridad... El lazareto con los enfermos desahuciados (una mueca torció sus descoloridos labios) quedaba a merced de los rojos, así que esta señorita, la hermana Schirintzeva no quiso abandonarlos... Se quedó con nosotros...

—¡Qué horror! ¿Y qué hicieron con ellos los rojos?

Él me miró con sus apagados ojos.

—Yo no estuve en aquel momento allí, pero sé que con ellos se habrán portado como siempre en casos análogos. La hermana hasta ahora trabaja bajo las órdenes de los rojos, claro que contra su voluntad... Pero sucedió algo curioso... Ella era la novia de vuestro hijo (una mueca de dolor nuevamente pasó por sus labios). ¡Como él le imploraba, suplicaba que se salvase juntamente con ellos por Crimea, amenazaba con suicidarse!... Ella no quería irse... "No importa — decía, — la otra hermana es bonita, alegre, lo consolará." Y ella, ella tenía otro destino: no quiso irse con su novio, a quien amaba, para quedarse con aquel a quien no quería, para bendecirlo y acompañarlo en el supremo momento de la muerte...

Aquel hombre hablaba como delirando, afiebrado. Nos miró como si recién ahora se diera cuenta de nuestra presencia; se levantó y se rió con risa falsa y desagradable.

—¡Bien! Tengo que irme; anoten la dirección si quieren...

Yo la apunté.

—Quédese aquí, por favor; yo lo cuidaré.

—Es imposible...

Apretó mi mano... Recuerdo el contacto de sus fríos y húmedos dedos. Se acercó a la puerta parándose de repente.

—Si le va a escribir, dele saludos míos...

Quiso agregar algo más, pero nada dijo, y

(Continúa en la página 61)

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

Y. G. DE BRAGADO. — **Los parentescos que provienen de parte del padre o de la madre son iguales, siendo del mismo grado.**

● ●

MANOLO. — Ignoramos sus aptitudes. Está usted en condiciones de gestionar su ingreso a la Escuela de Mecánica del Ejército o de la Armada.

● ●

DOS V. DE SAN LUIS. — No damos direcciones particulares.

● ●

LECTOR ASIDUO. RIO CUARTO. — Diríjase al Consulado de Polonia, Junín 1243, Buenos Aires.

● ●

ESTUDIANTE DE TERCER AÑO. — Los moluscos son animales no segmentados. Está bien ese apunte.

● ●

ROGER D'ARTON. — Diríjase a una librería jurídica de esta plaza o a cualquier buen establecimiento del ramo.

● ●

DESCREIDO. — La más importante de las ciudades vascongadas es Bilbao.

● ●

UNOS CUANTOS LECTORES. — Cada región tiene sus animales característicos. Imposible indicarles ninguna si no especifican qué animales desean cazar.

● ●



Tipo caucásico del campo.

MUCHAS GRACIAS. — La caucásica es la raza más numerosa de la Tierra. Tiene cerca de 950 millones de representantes, siguiéndole en orden la mongólica, con más de 500 millones. Los tipos más definidos que pueden distinguirse en la raza caucásica, han sido agrupados así: "Raza mediterránea", de cutis moreno, cara fina, cabellos negros. "Raza nórdica europea", cutis claro, ojos azules, cabello claro, estatura alta. "Raza oriental europea", braquicéfala, cabellos negros, ojos obscuros; se advierte en ella la mezcla de razas de Oriente como hunos, bávaros, magyares, turcos, etc. Creemos que basta, pues si entramos a indagar en la etnografía...

● ●

PREGUNTONA. PRINGLES — Diríjase a la Escuela de Enfermeras y Masajistas, Hospital Ramos Mejía, Urquiza 609.

● ●

TRABAJADOR. — El Asilo de Alienadas a que se refiere queda en Lomas.

ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.



LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

MARPLATENSE. — ¿Que por qué se sostienen sobre el agua los animales aéreos, a pesar de su peso? La explicación es la siguiente: "Los animales aéreos de poco peso que se posan sobre la superficie del agua apoyando su cuerpo o la extremidad de sus patas, deprimen, cuando no son mojados, la superficie líquida, provocando una reacción vertical, que cuando no es inferior a su peso los sostiene sobre el agua." Arévalo. "La vida en las aguas dulces".

● ●

JUAN TEALDI. LABOULAYE. F. C. P. — Envíe el retrato de ese bebé a nombre de la Dirección de "Mundo Argentino", significando que desea la devolución del mismo. La publicación de la foto queda a criterio de la Dirección y no le ocasionará a usted gastos de ninguna naturaleza.

● ●

GRINGA. — No podemos darle la información que nos solicita. No está dentro de la índole de esta sección.

● ●



Víctor Hugo

UN PROVINCIANO. — La obra de Víctor Hugo es enorme. Tendríamos que revisarla toda (tarea casi imposible) para asegurarle si ese texto que se transcribe corresponde a alguna de sus obras. Por el carácter del mismo, nos inclinamos a creer que es del autor de "Los Miserables".

● ●

RAUL. — Para ser diputado se requiere ser argentino de origen o tener cuatro años de ciudadanía en ejercicio. Haber cumplido los 25 años de edad. Ser natural de la provincia que lo elija o tener dos años de residencia inmediata en ella.

MEDICO A PALOS. — Respecto a su consulta, le ofrecemos estas afirmaciones de Michael Haberlandt: "A. de Humboldt, en su "Evaluation numerique de la population du Nouveau Continent" (1825), estimaba la población de las dos Américas en unos 34 millones, esto es, 13 millones de blancos, 6 millones de mestizos, 9 millones de indios y 6 millones de negros. En virtud de su natural crecimiento, pero, sobre todo, como consecuencia de la formidable inmigración europea, la población de América se había elevado a fines del siglo XIX a unos 137 millones de almas, correspondiendo 80 millones a los blancos, 37 millones a los mestizos, 10 millones a los indios puros y 10 millones a los negros. En la actualidad la cifra total de habitantes del doble continente se aproxima a 200 millones, con un 60 % de blancos y otro 25 % de mestizos. Aunque los indios puros son relativamente poco numerosos (un 5 % de la población), constituyen el elemento más interesante desde el punto de vista etnográfico."

● ●

ESTUDIANTE. — En la tercera persona masculina de plural, la forma regular del acusativo es "los", pero "les" ocurre con tanta frecuencia en escritores célebres de todas épocas, que sería demasiada severidad condenarla. (Bello.)

Ejemplos: Cervantes ofrece multitud de ellos: "Era la noche fría de tal modo, que "les" obligó a buscar reparos para el hielo." "El mar "les" esperaba, sosegado y blando."

● ●

UN SUBSCRIPTOR. — Aunque creemos en su necesidad, acaso como usted, pues en casi todas las legislaciones modernas existe, no podemos precisarle, por escapar a nuestra voluntad y a nuestros medios para averiguar lo que ocurrirá en el futuro, cuándo será sancionada una amplia ley de divorcio entre nosotros.

EL ARTE DE CONTESTAR

CHACARERITA. — Si las gallinas comen buenos alimentos y no presentan síntomas de resfrío o de moquillo, es probable que la diarrea que sufren provenga de que toman agua muy fría, sobre todo para esta época.

● ●

CARA BLANCA. — Puede usted definir los caracteres de la raza negra, en esa composición, tomando en cuenta estos datos: Pigmentación fuerte de la piel, cabello ensortijado, iris de un negro intenso, pelos escasos y como lana en la barba y el resto del cuerpo. La forma del cráneo en los negros es dolicocéfala, con cara muy prognata. La estatura es mediana o alta. Son raros los negros bajos. Las piernas son, por lo general, finas. El área principal de los negros más típicos está entre los dos grandes desiertos africanos de Sahara y Kalahari. Por otra parte, es evidente que, como ocurre en todas las razas, en la negra, los caracteres son muy fluctuantes, y a veces hay una gran diferenciación del tipo entre diversas familias.

● ●

Colocando el tutor a un arbolito recién plantado en la vereda.

DISCUTIDORES. — El palo que se coloca en los arbustos tiernos para que crezcan derechos, se llama tutor.

● ●

CARMENCITA. — Lamentamos no poder proporcionarle ese informe. Lea los avisos de "Mundo Argentino".

● ●

NO HAY PARA MAS. — El Ibicuy desemboca frente a la costa correntina.

● ●

UNO QUE NECESITA EL DATO. — La Asociación Pro Bares Automáticos funciona en la calle 24 de Noviembre 20. Teléfono 62 Mitre 2230.

● ●

ANNABEL. — La elección de senadores por las provincias se hace a razón de dos por cada estado, elegidos por las legislaturas correspondientes. En cambio, la elección de los senadores por la Capital Federal (también dos) se hace en la forma prescripta para la elección de presidente de la Nación.

● ●

GALIMATIAS. TANDIL. — El maní japonés se siembra como el maní común, en líneas. Cuando se inicia la floración del mismo es cuando se aporca.

UN CORREDOR. — **Escríbale a dicho corredor al Club Ciclista Nacional.**

• •

VECINO. LANUS SUD. — Los presidentes argentinos, desde Bartolomé Mitre, por su orden, son: Sarmiento, Avellaneda, Roca, Juárez Celman, Pellegrini, Luis Sáenz Peña, José Evaristo Uriburu, Roca, de nuevo, Quintana, Figueroa Alcorta, Roque Sáenz Peña, Victorino de la Plaza, Hipólito Irigoyen, Alvear, Irigoyen, de nuevo, general Uriburu (presidente provisional) y Justo.

• •

DECONSOLADO G. — Esa máquina sufre, probablemente, las consecuencias de una mala lubricación.

• •

DOS QUE DISCUTEN. — Carlos Gardel es el mismo que formaba parte del dúo Gardel-Razano.

• •

OJOS TRISTES. — Efectivamente, se recomienda cortar parejas las puntas de las pestañas para que crezcan con vigor.

• •

UN LECTOR INDECISO. — Usted no nos dice en qué ciudad está esa casa. Nos envía su dirección sin especificarlo. Sospechamos que se trata de La Plata, pero no podemos responder con exactitud, mientras carezcamos de ese dato preciso. Vuélvanos a escribir.

• •

DUEÑA DE CASA. — Los ravioles de pescado se preparan como sigue: Se hace el relleno con pescado carnoso. Después de limpio se corta en pedazos, se coloca en una cacerola con un poco de aceite, sal, pimienta, perejil picado, jugo de limón y una cucharada de agua, se tapa bien y se cuece lentamente.

Luego se sacan los trozos de pescado, se quita la piel y las espinas. La carne obtenida se coloca en una fuente y se pica o deshace con un tenedor; se mezcla con el jugo que resultó de la cocción, se agrega media cucharada de fécula diluída en una cucharada de agua y luego que esté cocida se deja enfriar. La pasta se prepara con harina, agua y un poquito de aceite. Se trabaja bien hasta obtener una masa como para tallarines. Se extiende con el rodillo en dos hojas. Con una cucharita se colocan montoncitos de relleno sobre una de las hojas, se tapa con la otra, se comprime alrededor de los montoncitos y se cortan los ravioles. Se cuecen luego en agua salada hirviendo. Se escurren bien y se condimentan con la siguiente salsa: Se frie con aceite un poco de cebolla o de ajo bien picado, y cuando está dorada, se agrega perejil picado, un puñado de hongos secos remojados en agua tibia, dos o tres anchoas lavadas y sin espinas, y se deja cocer bien.

• •

CAPITAN KIDD. — Diríjase a la Escuela Militar de Aviación, de Palomar.

• •

LIA. VENADO TUERTO. — Efectivamente, existen discos con lecciones de idiomas, en diversas lenguas.

¡HOLA!...

¿Con quién hablo?



Raúl. — De verdad, primita, no sé qué contestarte.
Carmen. — Me imagino que estás desconcertado con la confesión.
Raúl. — Estaba desprevenido, a pesar de que tu estado de alma en estos últimos días era como para prevenir a cualquiera.
Carmen. — ¿Qué me notabas?
Raúl. — Un desasosiego extraño en ti, un silencio más extraño todavía.
Carmen. — ¿Sabes si lo notaron todos?
Raúl. — Tía Silvia, por lo menos. Pero puedes estar tranquila; le echó las culpas a tus nervios, al exceso de trabajo mental, a todo eso que tu profesión permite.
Carmen. — Te advierto que esa prevención de que esté tranquila, está sobrando. Te aseguro que no me importaría que leyeran mis pensamientos.
Raúl. — ¿Estás loca? ¿Y tu situación social, tu nombre?
Carmen. — Palabras.
Raúl. — ¿No temes que el amor sea también palabra?
Carmen. — ¿Estás loco? El valor de mirar de frente haciendo de algo que puede parecer pecado, la razón de existir, la sagrada razón de ser buena, ¿crees tú que pueda ser palabra?
Raúl. — No estás en situación de reflexionar. Te aconsejo que dejes a tus impulsos y a tus pensamientos que marchen hasta el límite de lo que es moral y el tiempo te quitará el embrujo. No te olvides tu condición de mujer casada.
Carmen. — Por acordarme de ella es que hay un límite en mi conducta, puedes estar seguro, pero te olvidas que hay divorcio.
Raúl. — Que tú no puedes probar, antes que te llegue el momento de la serenidad.
Carmen. — Es brava la lucha, estoy obsesionada, embrujada con sus palabras, con sus promesas.
Raúl. — ¿No serán promesas y nada más?
Carmen. — ¿Sabes que ayer me ofreció realidades antes que yo resuelva nada?
Raúl. — ¿Aceptaste?
Carmen. — Pedí prórroga.
Raúl. — Haces bien, primita, veo que tu mal no es tan grave. El teléfono es amigo desleal. ¿Estarás sola esta tarde?
Carmen. — ¿Te espero?
Raúl. — Iré. Conversaremos largamente. Tendrás el desahogo de la confesión total, eso quizá te calme. Y, hasta entonces... disimula tu estado de alma y no te dejes llevar por el "embrujo". Hasta luego.
Carmen. — Hasta luego.

....

Ismael. — Dos horas ocupado.
Carmen. — ¡Cómo corre su reloj! Apenas cinco minutos.
Ismael. — Hace dos meses que mi reloj marca horas, no existen los minutos sino cuando la veo y la oigo.
Carmen. — Me prometió no llamarme más.
Ismael. — Promesas...
Carmen. — ¿Como todas?
Ismael. — No sutilice, por Dios. Arriésguese y verá si las "otras" son promesas. Anoche, después que la dejé, me fuí al puerto, a ese puerto que tanto le gusta y que ahora tanto me gusta a mí también. Pasé un momento de desesperación, de tragedia espiritual. Tuve impulsos de correr a buscarla, y de embarcarnos juntos por el mundo... ¿Por qué no me contesta?
Carmen. — Porque no puedo.
Ismael. — Quiero verla esta tarde, necesito verla.
Carmen. — Es mejor que no, amigo mío.
Ismael. — Por favor, le prometo no decirle nada, quedarme calladito, oírla hablar y mirarla, nada más.
Carmen. — ¿Adónde vamos a parar con esta locura?
Ismael. — No sé, no quiero pensarlo. ¿Tomaremos el té? ¿Dónde?
Carmen. — En la confitería de ayer.
Ismael. — ¿A qué hora?
Carmen. — A las seis.
Ismael. — Va mi mano y con ella yo.

....

Carmen. — Te aseguro que no puedo.
Raúl. — ¡Pobre mocosita! Yo que quiero para ti todas las felicidades, te veo debatirte en una lucha cruda que te hará daño.
Carmen. — O me hará bien.
Raúl. — Ojalá sea así. ¿Dejamos la confesión para mañana?
Carmen. — Si tú eres tan bueno...
Raúl. — Trata de que no sea tarde para la absolución.
Carmen. — Descuida, los amores como este son de una fuerza que impide todo. Ella me defiende y lo defiende de locuras hasta que el tiempo separe o una como Dios manda.

La TELEFONISTA INDISCRETA

CHAQUEÑA. — Los churros a la madrileña se preparan en la forma siguiente: se hace hervir un litro de agua con sal. Luego se saca del fuego y se le va agregando harina hasta formar una pasta espesa. Se saca luego de la cacerola y se amasa agregándole siempre harina hasta que esté bien compacta la mezcla. Mediante la "forma" que se usa para los churros se van depositándose éstos en aceite bien caliente. Cuando están dorados se retiran del fuego y se espolvorean con azúcar impalpable.

• •

SOCIA DE GIMNASIA Y ESGRIMA. — El primer campeonato nacional de atletismo comenzó el 9 de octubre de 1927.

• •

C. M. P. — Diríjase a esa persona, a la dirección de esa oficina pública.

• •

ARTURO BROLIN. PUNTA DEL LAGO. SANTA CRUZ. PATAGONIA. — No se puede practicar como dentista ni aprender la profesión en ninguna academia o escuela, que no sean las oficiales. Para seguir esta carrera, deberá usted tener aprobado el bachillerato e ingresar, previo el examen correspondiente como está establecido, en los cursos de odontología de la Facultad de Medicina. Para obtener título habilitante, se requiere haber aprobado los cuatro años de estudios que establece el reglamento.

• •

IGNORANTE DE LAS ARMAS. — No hay reglas sociales fijas al respecto. El ofrecimiento de domicilio nace de circunstancias y motivos amistosos, y no puede hacerse teniendo en cuenta jerarquías ni privilegios de antigüedad en el vecindario.

• •

RICARDO H. — Para saber si la corriente de su casa es continua o alternada, bastará que usted consulte a la compañía. Si usted desea saberlo por sus propios medios, hay un método muy sencillo. Consiste en acercar, a la lámpara incandescente, un imán. Si la corriente es continua, los filamentos de la lamparilla se desvían cada vez que se aproxima el imán. Si la corriente es alternada, el filamento vibra sincrónicamente.

• •

LECTORA DE "MUNDO ARGENTINO". — Los barritos obedecen a impurezas del cutis y de la sangre. Se eliminan dándose vahos faciales y pasándose luego una toalla o trapo ligeramente humedecido en agua con alcohol.

• •

ANTIFAZ. — Los calendarios de los mayas y aztecas se diferenciaban muy poco entre sí. Si entre esos que usted sospecha reproducen los sistemas mayas y aztecas hay mucha diferencia, ya tiene un punto de partida para sus investigaciones.

• •

UNA LECTORA SANCRISTOBALENSE. — Por fallecimiento de un cuñado o concuñado se llevan seis meses de luto

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR













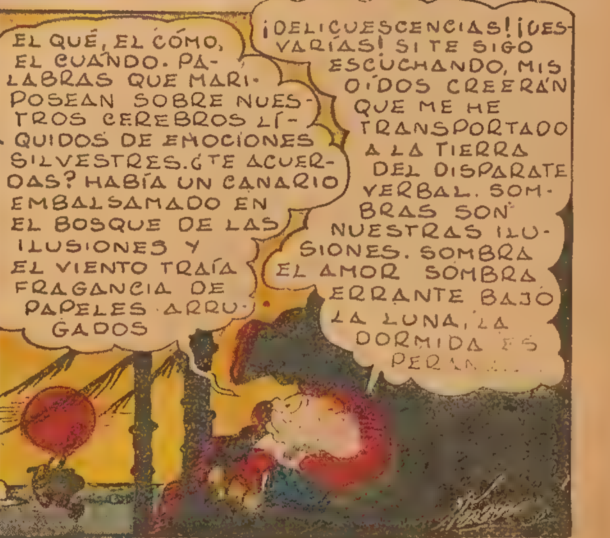












EL MENSAJERO...

(Continuación de la página 57)

salió. Después de cerrar tras de él la puerta, volví a la pieza. Alejandro Glébovich miraba fijamente la silla donde se había sentado el oficial.

—Escríbele a esa hermana, quizá sabe algo de Gleb y de éste... Por él también hay que preguntar...

—¿Y preguntar qué?

—¿Qué? Pues quién es y por qué se quedó con los rojos. ¿Te acuerdas?, decía: "Yo no estaba allí". Quizá es algún espía, desertor...

—No hables así, no hagas enojar a Dios; él nos trajo una buena noticia y tú...

—¿Acaso sabemos quién es?

Al otro día por la mañana vino el padre Agapyt. Cuando le conté de la visita de la víspera, movió con desconfianza la cabeza.

—Es poco claro todo esto, María Stepanovna. ¿De dónde podía venir ese mensajero? ¿Cómo es que usa sin temor el uniforme? ¿Cómo es que no lo arrestaron? Muy bien sabe usted que nosotros, sin tener culpa de nada, caminamos mirando con angustia por todas partes, esperando a cada momento nuestro fin... Yo no he visto sus huellas en el umbral, ¿quizá la tormenta las borró con la nieve?

—Quizá habrá entrado por el patio interior...

—¿Por el patio interior? ¿Y cómo entró al jardín?

—De veras, Mascha — interrumpió Alejandro Glébovich. — ¿Cómo habrá entrado? ¿Tú le abriste el portón?

—Yo no...

—¿Quién podría abrirle — dijo el padre Agapyt, — si apenas se lo ve bajo la nieve?... — Después de callar un rato, agregó:

—Ustedes no deben celebrar estas sesiones diabólicas, nada de bueno pueden traerles; no escuchó usted a los padres de la Iglesia y los espíritus malos reinan a su alrededor...

Cuando el padre se fué, yo sin decir una palabra me puse a escribir una carta a la hermana Schirintzeva. Dos semanas más tarde llegó una carta con el sello de Simferopol. Tuve miedo de abrirla. Más tarde tuve que romperla, pero la leí y releí tantas veces que la sé de memoria.

"Mi estimada María Stepanovna:

"Tuve un gran placer al recibir su carta. Puedo decir que fué la primera alegría después de que se fueron los nuestros. Pero mucho de lo que usted escribe es para mí confuso, poco claro. Más de lo que usted sabe no puedo decirle de su hijo. Me es muy doloroso recordar mis relaciones con Gleb Alejandrovich. ¿Para qué? De todos modos no se puede volver sobre el pasado. No lamento ni me arrepiento de mi conducta. No he podido proceder de otro modo... En cuanto al teniente Serikoff debe haber alguna confusión: el teniente Serikoff murió de tifus en mi lazareto la misma noche que se fueron los nuestros. Es verdad que él y Gleb Alejandrovich fueron amigos; se disgustaron unos días antes de la llegada de los rojos. De eso también me es muy doloroso hablar.

"Cuando Gleb Alejandrovich vino a despedirse de mí, Serikoff estaba ya sin conocimiento, el alcanfor ya no ejercía su acción. Fué entonces que tuvimos la conversación de la que usted habla en su carta. Pero, ¿cómo pudo usted llegar a enterarse de ella si en la pieza no estábamos más que nosotros tres? De mi vida actual no puedo escribirle. Si quiere y puede, perdóneme. Suya: Zoia Scherintzeva."

Entregué la carta a Alejandro Glébovich. Al leerla él se puso pálido, después enrojeció.

—¡Así es! Como lo he previsto. Es algún sinvergüenza — gritó.

—¡Pero si él ha muerto!

—Sí, ha muerto, pero algún sinvergüenza aprovechó su nombre para averiguar algo de nuestro hijo... Yo no soy loco para que los muertos vengan a hacerme una visita... ¡Aunque tú eres capaz de volver loco a cualquiera!

A la noche de nuevo vino el padre Agapyt.

—Padre — le dijo Alejandro Glébovich — di mi palabra de no ocuparme más de espiritismo...

—Muy buena resolución: hace tiempo que debía haberla tomado. Si es por distracción, mejor es jugar a los naipes; menos grave es el pecado.

—No es por el pecado, padre, sino para no volverse loco, sobre todo en mi estado. Si ella hasta me obligaba a hablar con Julio César y yo hablaba el latín. ¡Palabra de honor! Y llegó hasta el punto de llamar a nuestra casa a los espías y quiere que yo los tome por venidos del otro mundo. Y se ofende si se le discute... ¡Es como para volverse loco de veras!...

—¡Que Dios nos guarde! — murmuró el padre persignándose — póngase un sinapismo en la nuca.

La misma noche escribí otra vez a Simferopol, pero no recibí contestación. Mandé cartas certificadas el médico mayor del hospital, pero no he recibido nada. Nada he podido saber de la hermana Schirintzeva que amaba a nuestro hijo, pero más a Dios y a su deber. De mi querido Gleb tampoco sé nada. Cada vez que trato de comunicarme con los que se han ido, llamo al teniente Serikoff. Pero él nunca viene. Santo Tomás no creyó hasta no ver, y nosotros dudamos después de haber visto y puesto nuestras manos sobre las heridas. ¡Dios mío, perdónanos el pecado de Santo Tomás!...



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAI

LA VIDA

Hay que vivir la vida, cuidándola mucho, con precauciones inifinitas, vigilando no maltratarla, como si fuera una joya que un golpe puede lastimar.

Hay que administrar los días y las horas, como se administran las fortunas, evitando los déficit, precaviendo los despilfarros.

Hay que creer que la vida es un barco, con brújula, timón y hélice, y llevarla celosamente, atravesando, con precaución, los peligrosos mares, y afrontando con coraje y maestría los grandes peligros.

Hay que procurar que la vida tenga un poco de dicha, por medio del amor, porque la vida sin amor no tiene objeto de ser vida.

El amor es la mejor gala de la existencia, y no debe renunciarse al derecho de amar, ni confundirle con el absolutismo del amor.

Las horas pasadas en enconos, son horas de vida perdida; las riñas no nos dejan mejor de lo que antes estábamos, sino peor, además arrebatan la serenidad física y roban a la belleza corporal su mejor penacho: la juventud; su mayor atractivo: la dulzura.

Hay que vivir la vida con extremos cuidados, con precauciones infinitas, administrando los días y las horas. No hay que olvidarse que la vida es como los ríos, y que los ríos se van... y no vuelven...

HOMENAJE

Paseábamos las calles solitarias y húmedas de la tarde invernal, del largo e indefinido crepúsculo parisiense. Se filtraban al exterior las voces sacras de Notre Dame, apagadas cual las luces al través de los "vitreaux"; oprímiste mi brazo, y dijiste: "entremos". Solitarios en aquella hora en que moría ya el día, recorrimos suave y silenciosamente las naves de piedra y mármol. Yo dije: "Me encoge el alma y temo a tanto desamparo." Tú dijiste: "Algún día este recuerdo te será cálido."

Hoy, a través del vasto tiempo tuviste, tú, razón... Porque en esta primera tarde de invierno hostil y áspera, en la soledad del corazón que palpita sin eco... Recuerdo la tarde del crepúsculo interminable, de la tarde aquella, en que las voces sacras; en que las notas de órgano escapando por las altas torres, nos confundieron; y nos preguntamos: ¿es que descienden del cielo, o suben hasta él desde la tierra? Cálido es el recuerdo distante, mas no disperso por el tiempo, en esta semiluz de mi estancia, mientras el viento ruge como lobo furioso y temible acechando mi ventana, casi amenazando la paz de mi espíritu donde surges tú, como esperanza que fué.

Bajo la luz de mi lámpara, mi mano aún pretende escribir tu nombre; mientras que, de mi pluma, por cada gota de tinta que cae, cae a gotas el recuerdo mío.

Hospitalario templo... ¡Horas pasadas!... ¡Ilusión que se rompió, interrogante abierto entre tú y yo..., entre la vida y la muerte!

¿QUE HARIA YO SI...

(Continuación de la pág. 52)

Traté de hacerle hablar sobre sus proyectos para el futuro, pero con mucha cautela contestó:

—Siempre estoy trabajando y mi trabajo es siempre literario y acerca de la vida moderna.

—*¿Hace poco visitó usted Rusia, señor Shaw?...*

—¡Ah, sí!, es cierto, visité Rusia... — contestó.

—¿Tuvo usted una desilusión?

—No, porque no tenía ninguna ilusión. Es claro que creí haber visto el *verdadero* Moscú y no una versión bolsevique cuidadosamente preparada. Es una pavada hablar en esa forma. ¿Usted cree estar viendo el Londres genuino y verdadero o una versión de Ramsay Mc Donald cuidadosamente preparada?...

—*Bueno, entonces, ¿se apartó usted de la ruta labrada?, ¿penetró usted en campo sencillo?, ¿habló con los campesinos de ideas imparciales?, ¿logró usted adentrarse bajo la superficie de Rusia?...*

—¡Un momento! — gruñó Shaw. — ¡Una pregunta por vez! En efecto, anduve por la campaña, visité las aldeas, pero lo que es conversar con la gente de allí, con los campesinos, ¡imposible! — y riéndose, agregó: — ¡Ellos me conversaron a mí! ¡No me dieron tiempo a decir una palabra!

Y esto háceme pensar que los campesinos rusos han descubierto la forma de neutralizar a Shaw, de burlar al maestro de los bufones, al asestador de hirientes golpes. Para lograr esta hazaña, hay que empezar a conversar en cuanto George Bernard Shaw aparece en escena y continuar infatigablemente hasta que haya desaparecido el último vestigio de su sombrero... más allá del lejano horizonte.

Asimismo, sin embargo, sólo se va para poder escribir sobre uno...

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA

LA POLITICA AL PELO Y CONTRAPELO



—¿Qué le parece, don Mandinga, si nosotros también ensayáramos un análisis del momento político, ya que eso está de moda?

—*Lo dejo a su cargo, ya que usted es el de la iniciativa.*

—Bueno, agarro viaje; usted sabe que con todo lo que uno oye aquí, en el "salón" (de 3 por 4) al cabo del día, se convierte, al cabo de la semana, en una verdadera autoridad en la materia.

—*Empiece nomás...*

—Por otra parte, como los radicales interpretan el momento político de un modo, los socialistas de otro y los conservadores de otro, la única manera de que a uno no le metan la mula y tener un criterio exacto sobre el particular, es hacerse uno mismo su composición de lugar



—*Bueno, don Giácomo, no se me vaya en aprontes, como si le hubieran dado a comer el caballo del comisario, y largue el rollo.*

●●●

—Yo creo, sinceramente, don Mandinga, que el actual momento político es el más impolítico de todos los que se nos han presentado en estos últimos tiempos. Hemos llegado a un grado tal de elasticidad política, que ya no se sabe ni a qué partido pertenecen los diputados.

"¿Qué le parece la "concordancia parlamentaria"?

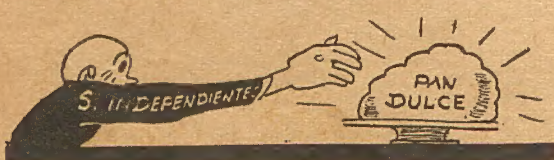
—*Lo que usted diga.*

—Lo que yo digo es que, en otras circunstancias, el partido socialista independiente ya habría reventado. Y, sin embargo, ahí están los muchachos... ¡tan fresquitos! Y ¿sabe por qué?

—*No, don Giácomo.*

—Porque a los socialistas independientes ya no les importa ni la derecha ni la izquierda; lo único que les interesa ahora es el pan dulce, ¿me entiende? El presupuesto...

"¡Quién nos iba a decir que los dirigentes del socialismo independiente iban a acabar inventando una "concordancia" que no es otra cosa que un acuerdo oficialista para compartir cómodamente los gajes del gobierno!



"¿Quiere pruebas? Apenas la "concordancia" quedó formalizada y se aconsejó el rechazo de la intervención a Buenos Aires, con el voto del representante socialista que integra la Comisión de Negocios Constitucionales, ya empezaron a sonar candidatos del mismo partido para importantes cargos administrativos y con eso se conforma a los correligionarios, para que no griten. ¡Claro! Cada candidato tiene sus candidatitos, a los que ha prometido acomodar en cuanto él se acomode.

"¿Y los principios? ¿Y la ética? ¿No eran esos mismos dirigentes socialistas independientes los que poco antes decían a gritos que iban a votar en contra de la intervención a Buenos Aires, porque ellos no podían solidarizarse con el fraude ni con los derechistas del viejo régimen? ¡Cómo cambian los tiempos!

●●●

"Los radicales impersonalistas fueron los que más se hicieron rogar para entrar en la concordancia, a pesar de que eran los más interesados en que se formara, puesto que a los que mejor les guarda las espaldas es a ellos, que tienen en sus manos la mejor tajada de la administración.

"A eso de estarse relamiendo de gusto y hacerse desear al mismo tiempo, le llaman habilidad, "cancha", tacto político..."

—*¿Y a qué se debía la resistencia de los impersonalistas?*

—A que como cada uno de los "concordancistas" sacaba su parte, ellos también querían que les tocara algo.

"¿No ve? Los conservadores se quedan con Buenos Aires, los socialistas independientes, liquidados por liquidados, se acomodan..."

—*¿Y?*



—Y en cuanto a los impersonalistas les ofrecieron la intervención a Santa Fe, entraron.

—*De manera que la estabilidad del gobierno se ha arreglado con una repartija.*

—Ni más ni menos; el reparto de la antigua Polonia...

—*Pero... ¿estamos arreglados?*

—Hasta por ahí nomás. Ahora viene don Marcelo, y si en vez de entenderse con el presidente se abraza con Irigoyen, vamos a tener otro menco.

"Usted sabe, don Mandinga, ¡cómo les gusta el queso a los personalistas! Y a don Marcelo, que toda la vida ha sido generoso, le gusta repartir.

"El caso es que tampoco los personalistas están muy seguros del lado que se pondrán el poncho. Con esto de que los dirigentes andan tan entreverados...

Por

El Viejo Mandinga

"Así que ya ve, don Mandinga: ¿se puede decir que este es un momento político? Yo diría, más bien, que es el momento... del acomodo, sin preocuparse de la política.

●●●

"El otro día estuvieron aquí dos viejos clientes míos, que son también antiguos caudillos de la parroquia y estuvieron hablando de lo mismo."

—*Del momento impolítico.*

—Eso es. Uno decía:

"—Para mí que Alvear va a venir a dividir otra vez a los radicales.

"—Ese, amigo—responde el otro,—es como el cuajo: no sirve más que para cortar. Todo lo contrario del doctor Naón, que es como la leche fresca: cuanto más lo hacen hervir, más se levanta. Ya ve el trabajo que le está dando al ministro del Interior para salir del tarro.



"Dicen que el intendente y el jefe de policía—sigue la conversación—no son de los que aflojan a dos tirones...

"—¿El jefe? ¡Ese sí que es como el peludo! Cuanto más lo tironean para sacarlo, más fuerte se agarra adentro de la cueva.

"Con todas estas cosas, qué malos momentos pasará el presidente, ¿no?"

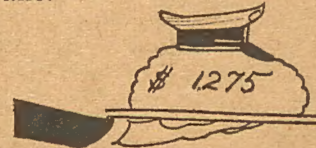
—*No crea, amigo: el presidente es como la nafta, que disuelve las manchas de grasa, pero se neutraliza ante las de azúcar; de manera que la vida, por amarga que parezca, se le pone dulce.*

●●●

El "servicio" toca a su término.

—¿Ha visto, don Mandinga, con qué rapidez se acuerdan las pensiones militares?

"En menos de tres meses ha "salido" una de 1.275 pesos mensuales para la viuda de un general. Las viudas de los empleados civiles a lo mejor tienen que andar dando vueltas un año."



—*No crea, don Giácomo: también con los civiles se hacen excepciones.*

—Bueno, eso no se lo voy a discutir porque también es cierto. Pero lo que yo no comprendo es por qué a las viudas de los funcionarios civiles les dan la pensión por sólo quince años, y a las de los militares no solamente se la dan por toda la vida, sino que todavía pasan a las hijas solteras. ¿No son todas argentinas? ¿No son todas igualmente capaces de abnegación y heroísmo en caso necesario? Todavía antes, cuando había guerras y las revoluciones eran sangrientas...

"¡Plaf! ¡Plaf! Que pase el primero."

¿QUIEN PREPARO EL AGUA DE COLONIA POR PRIMERA VEZ?

La primera agua de Colonia fué preparada por S. M. Farina, de Colonia, a principios del siglo XVIII, destilando flores de espliego, sumidades de melisa, de mejorana, hisopo y ajenjo con flores de cardamomo, de anís, de comino, de hinojo, de alcaravaca y además nuez moscada, clavo, corteza de cidra, canela y raíz de angélica, mezclado todo con alcohol de 85 grados. En 1717, el sucesor de Farina, Pablo Jamminis, modificó algunas de las substancias que entraban en la fórmula primitiva, suprimiendo unas y variando las proporciones de otras y agregando alcanfor, pétalos de rosa, espíritu de jazmín y esencia de nerolí.



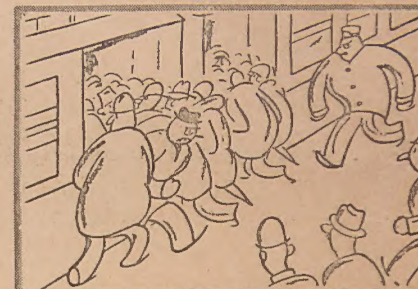
Las dinastías: el rey y la reina. ¿Dónde está la reina? Si usted desea encontrarla, dé vuelta la revista.

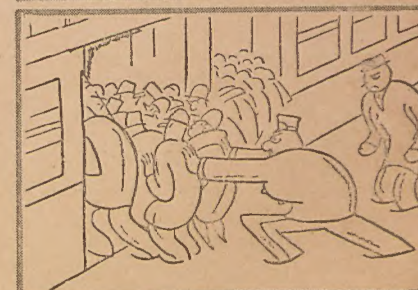
(De "Collier's")

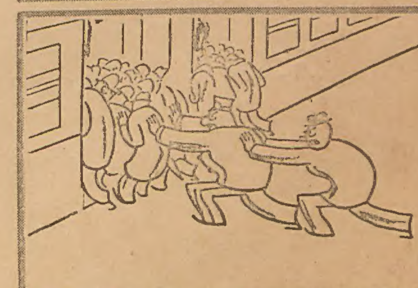








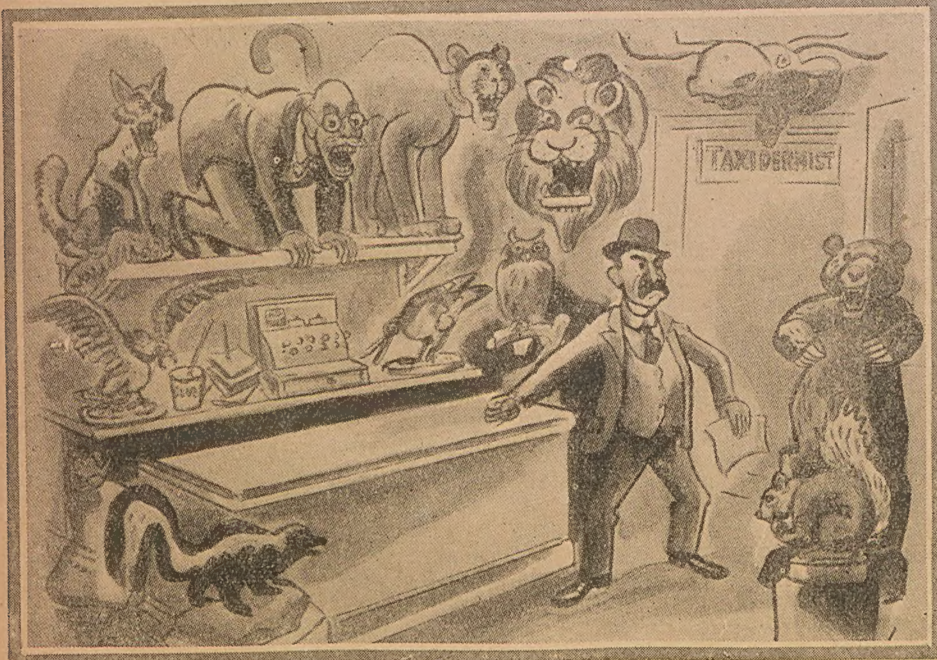






La venganza del pasajero.
(De "Life", Nueva York)

SALPICON



El disecador de animales se esconde, para burlar a uno de sus más feroces acreedores.
(De "Judge", Nueva York)

UNA MULTA CURIOSA

Entre las multas más curiosas merece citarse la que hubo de abonar una señora en Berlín. Viajaba en un ómnibus. Al subir un pasajero le pisó un pie. Irritada por el dolor, le dijo "que andaba como las gallinas". El del pisotón se ofendió, llamó a un guardia, y la dama fué condenada a treinta marcos de multa por emplear semejante forma de reproche.

TESTAMENTOS ORIGINALES

En el siglo XVIII se hicieron en Francia dos testamentos muy curiosos. Uno de ellos fué el de un juez que dejó cien mil francos a una casa de locos, diciendo:

"Este dinero lo he ganado merced a las personas que pasan la vida pleiteando. Al legárselo a los locos, no hago más que una restitución."

El otro testamento curioso fué el de cierto señor Colombier, que legó 1.200 francos a una señora de Ruan por haberle negado su mano veinte años antes, "permitiéndole — decía el testador — vivir feliz e independiente en mi soltería."

LA ANECDOTA NACIONAL

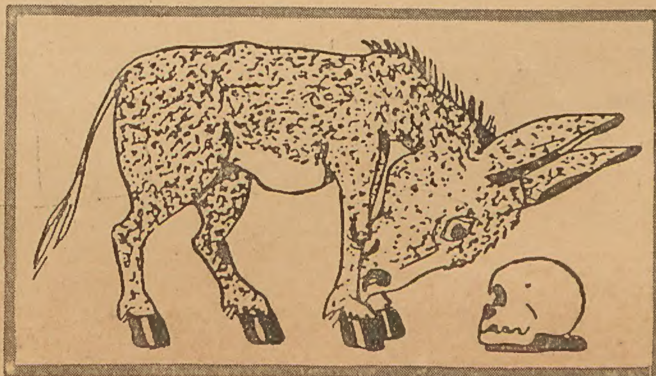
El popular actor Angel Walk, nos ha relatado la siguiente anécdota:

"Hallábase en Mar del Plata, filmando, con su esposa Olga Casares Pearson, la película "El caballero de la Rambla", cuando les aconteció un lance curioso.

"El lugar de la acción era "El Torreón", pero abajo, entre las rocas, a orillas del mar, donde tomaron ubicación para interpretar una intensa escena amorosa. El director y el operador, apartados, quedaban ocultos por unas rocas, de modo que las personas que se asomaban por la parte alta del Torreón sólo los veían a ellos, muy amartelados, y próximos a darse un beso que el director no acababa de aprobar.

"Esta escena atrajo a muchas personas, que no salían de su asombro al ver a un par de enamorados que desafiaban impávidos el furor de las olas ¡tan apretaditos!

"Hasta aquí ambos artistas no se habían percatado de nada, pero de pronto vieron llegar a un señor acompañado de un agente, que vociferaba por aquello que juzgaba un atentado a las buenas costumbres..., tirándose la plancha más grande al enterarse que sólo se trataba de tomar una escena para una película."



El burro. — ¡Válgame Dios lo que somos!
(De "Variedades", Lima)

COPLA

Al verla muerta, lloré
sin poderlo remediar,
y me dijo mi conciencia:
—¿Por qué lloras, animal?

José López Silva.

¡Imperdonable!



FRECUENTEMENTE oímos decir a ciertas personas que andan por ahí exhibiendo un resfrío: "No vale la pena que yo me preocupe de este ***simple resfriadito.*** Es tan insignificante que no necesito cuidarlo ni tomar remedio alguno."

Y lo dicen con el aire de quien está convencido que actúa heroicamente.

¡Qué error más profundo! ***No atacar a tiempo los síntomas iniciales del resfrío es imperdonable.*** En primer lugar porque se pone en peligro la salud propia, ya que un simple resfrío puede convertirse fácilmente en una pulmonía fulminante. Además, **por la consideración que debemos a nuestros seres queridos y al prójimo,** pues los gérmenes del resfrío son muy contagiosos.

Y resulta más imperdonable aún, en estos tiempos modernos, si pensamos que tomando dos tabletas de FENASPIRINA y repitiendo la dosis después de tres o cuatro horas, cualquier resfrío se alivia con notable rapidez y seguridad.

Escuche la interesante audición CAFIASPIRINA los días lunes, miércoles, viernes y domingo, por L. R. 4 Radio Splendid, a las 21 hs.

Nota importante: Si no se atacó a tiempo el resfrío y se agravó, debe llamarse al médico sin pérdida de tiempo.

FENASPIRINA

eliminador eficaz de resfríos

Este es el original y legítimo "SOBRE BAYER"
Limpio · Cómodo · Higiénico · Seguro
FENASPIRINA
FENASPIRINA 20 TABLETAS DE
BAYER

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda., S. A.